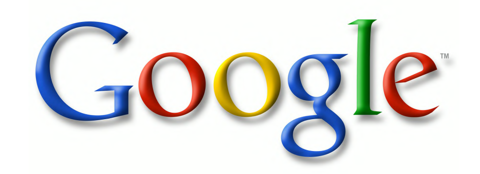
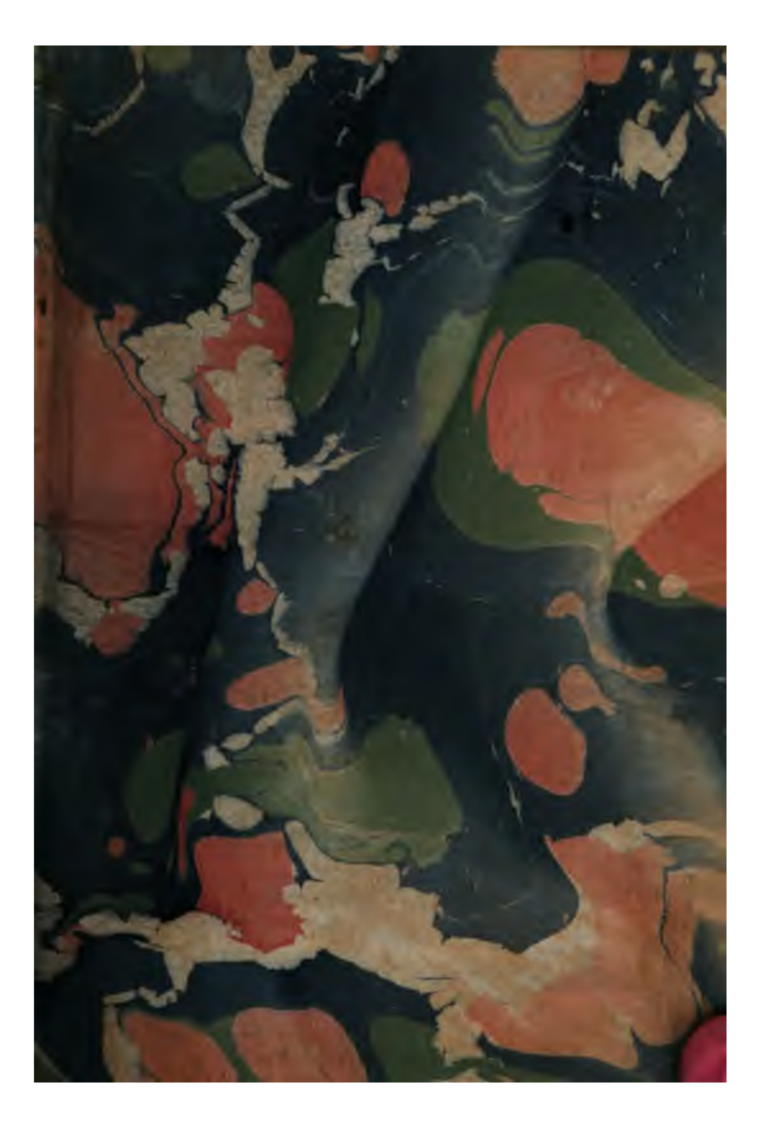



TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA




TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA



EL HEROE ESPAÑOL,

HISTORIA DEL EMPERADOR

TEODOSIO

ÉL GRANDE,

SACADA DE LA QUE DIÓ Á LUZ
en lengua Francesa el Ilustrísimo
Flechier, Obispo de Nimes.

POR

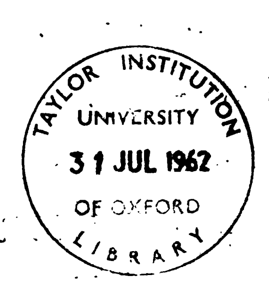
*EL PADRE JOSEF FRANCISCO
de Isla, de la Compañia de Jesus.*

TOMO SEGUNDO.

DEDICASE

AL ILUSTRISIMO SEÑOR
Don Francisco de Perea
y Porras.

Con Licencia en Madrid: Por Miguel Escribano.
Año de 1783.





AL ILUSTRISIMO SEÑOR

DON FRANCISCO DE PEREA

Y PORRAS,

ARZOBISPO DE GRANADA,

DEL CONSEJO DE SU MAGESTAD.

SEÑOR ILUSTRISIMO.

ESta, que es segunda parte en la division de la Historia; pero que es primera, y principal, en la série de las heroicas acciones, que celebra el mun-

do todo, en el Cesar Andaluz, Teodosio el Grande; se vá á poner en manos de V. S. I. con aquel mismo natural respeto con que se pondria en ellas el mismo Grande Teodosio.

El fue aquel celebrado Príncipe, que halló medio para hacer mayor la misma Soberanía, reconociendola subordinada al Orden Episcopal, con tan christiano rendimiento, que parecia no acertaba á ser Emperador, sino en quanto se lo permitian los Prelados de la Iglesia; y si tal vez el engaño, ó la lisonja, le hicieron desatender á sus ruegos, y advertencias, supo despues desquitarse su piedad, dando exemplos de congojoso dolor, y penitencia, capaces de enseñar, y confundir el orgullo de los que sienten, ó practican lo contrario.

Veneró á los Prelados Eclesiasticos con religiosa humildad, y los defendió con invicta fortaleza contra la malicia, y la impiedad, armada, tal vez, del Soberano poder. Puedese decir, que fue su Imperio, el Imperio de la disciplina Eclesiastica, y que jamás vió el mundo siglo tan feliz para los Obispos Santos,

tos,

tos, doctos, y zelosos; como, ni tan dichosamente desgraciado, para los que no poniendo los ojos en lo que tiene de Santo su dignidad sublime, los divertian ácia la ambicion, ácia el error, ó la embidia. Para el Gran Teodosio fue siempre mas apreciable, que la misma Diadema Imperial, qualquier Prelado en quien resplandeciese una piedad notoria y grande, una sabiduria exquisita, una prudencia consumada, un zelo ardiente y vigoroso, con una integridad constante.

Si yo fuera tan temerario, que pretendiese hacer el Panegirico de V. S. I. diria solamente que, segun estas señas, como V. S. I. hubiera alcanzado los dichosos tiempos de este sabio Emperador, entraria tambien á hacer una no pequeña parte de sus delicias, en compañia de aquellos grandes nombres de Heroes, los Ambrosios, Gregorios, Nectarios, Marcelinos, y Melecios; pero ni soi tan atrevido, que ose emprender el arduo asunto de elogiar dignamente á V. S. I. (y mas quando yá me enseñó en otra ocasion la experiencia, que es-

ta empresa es mui superior á mis mayores esfuerzos) ni tampoco he de ser tan condescendiente, que dexe de decir, que este Principe tan amante, y tan defensor de la Santa Iglesia, con ninguno estará mejor, que con un Príncipe de la Iglesia misma, que lo sabe ser, aun menos que por su elevada dignidad, por su crecido merito, y christianamente magnánimo corazon.

Ni la discreta elegante pluma del Ilustrísimo Señor Flechier, podia encontrar mas digno admirador, que el que, aun en lo material, la tiene tan admirable, como V. S. I. y por otra parte, si lo que yo he echado á perder necesita de abrigo, ¿quién mejor cubrirá con su sagrado palio los desaciertos de un hijo de la Compañia, que el que hace empeño de solicitar por todos caminos, que ésta brille, ó no se deslustre?

Finalmente, Señor Ilustrísimo, aunque me hago cargo de que una, poco mas que pura construccion, es corta obra para que salga apadrinada de tanto nombre; tambien me le hago, de que yo, en las presentes circunstancias, no pue-

do

do emprender mas que construir, sin salir de mi clase. Fuera de que, no siendo facil encontrar oferta proporcionada á la elevacion de V. S. I. en todas es forzoso dexar que supla lo mas la veneracion, y el respeto.

Restaba aora, por cumplir con la costumbre, dar razon de los motivos que tengo para tomarme la honra de ilustrar esta version con el nombre de V. S. I. pero solo con advertir, que es V. S. I. el Señor Peréa, y yo Jesuita, está satisfecha esta obligacion.

Solo quiero añadir lo que debiera callar, si diera oídos al dictámen de mi propria confusion; es á saber, que V. S. I. ha hecho un alto desperdicio de su generosidad, empleandola en los especiales excesivos favores, con que ha querido honrarme á mí. Conocese quán de sobra tiene ese corazon la bizarría, quando así la desbarata. No he podido menos de publicar este descuido de V. S. I. para que sea esta la primera Dedicatoria, en que la modestia tenga menos que hacer, que el sufrimiento; y logro tambien con esto, que en esta carta lea V. S. I. alguna

cosa, que grata á su corazon humilde, á quien no descubro otro modo de lisongear, que poniendole de molde sus faltas, ó sus excesos.

Con profundísima veneracion soi

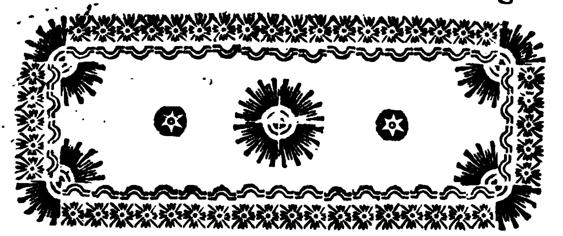
ILUSTRISIMO SEÑOR

Segovia á 21. de Marzo de 1731.

Reverente humilde siervo de V. S. I.

✝
JHS.
Josef Francisco de Isla.

HIS-



HISTORIA DE TEODOSIO EL GRANDE.

LIBRO TERCERO.

REINABA Teodosio pacificamente en el Oriente, y sus Pueblos vivian seguros en el reposo, y alegres entre los placeres de la abundancia, teniendo por aliados á los que antes trataba como enemigos, y mientras que todo el mundo respetaba su grandeza, ó temia su poder, él atendia con cuidadoso desvelo al gobierno militar y político, sin descuidar del Eclesiástico, y miraba la paz de que gozaba el Estado, como premio de la que habia dado á la Iglesia.

 Ni

Ni fuera menos felíz el Imperió de Occidente, si la flaqueza, ó el descuido de los Emperadores, no hubieran dado ocasion á las rebueltas y guerras civiles, que con llama casi inextinguible, miseramente se encendieron. Valentiniano, cuyo dominio se extendía á las Provincias de Italia, Africa, y la Iliria, se hallaba en edad no proporcionada al manejo de los negocios, cuyo gobierno corria por cuenta de Justina su madre y tutora, que abusaba de su nombre y de su autoridad. Era esta Princesa Arriana de profesion, y creía que era servir bien á su hijo, hacerle Arriano como ella. Todos los cuidados de su Regencia, se reducian á procurar se eligiese un Obispo de su parcialidad, y á quitar alguna Iglesia á los Católicos. Distribuía los cargos á los que lisongeaban sus pasiones; y juzgaba que no podia tener otros enemigos que los que lo eran de su error.

Debianse temer todas las calamidades en el reinado de un Príncipe niño, educado con malignas impresiones, y en el gobierno de una Emperatriz impetuosa, que atendiendo solamente al aumento de su Secta, descuidaba casi en todo de la gloria del Estado y conveniencia del Imperio.

Reinaba Graciano de la otra parte de los

los Alpes, amado de sus Vasallos, y temido de sus enemigos, de quienes habia alcanzado muchas y mui gloriosas victorias. Príncipe de gran bondad, y mui amànte de la justicia; pero que nimiamente abandonado á los interesados consejos de sus Ministros, apenas daba alguna aplicacion al manejo de los negocios. Era de un genio dulce, modesto, agradable, y condescendiente. Tenia perfecta noticia de las letras humanas, y en todas las composiciones de verso y prosa, mostraba bien habia sabido aprovecharse de las instrucciones de Ausónio, y que Ausónio habia encontrado en él un natural mui aproposito para su cultivo. En quanto á sus inclinaciones, todas le llevaban naturalmente ácia lo bueno. Juntaba en el ardor de la juventud una continencia y castidad propria de la ancianidad mas circunspecta. Era no solo liberal, pero aún pródigo con sus mismos enemigos. Gustaba mucho de hacer gracias, y procuraba prevenir no solo las súplicas; pero aun los deseos. Jamás hubo Príncipe mas pronto y mas activo en tiempo de la guerra: marchaba siempre á la frente de sus Tropas, y era el primero que cerraba con el enemigo. Despues de la batalla cuida-

daba con caritativa compasion de los heridos ; visitabalos en sus tiendas, proveíalos de quanto necesitaban , y aun no pocas veces los curaba con sus propias manos las heridas.

Todos los Autores Eclesiásticos alaban con encarecidos elogios su gran piedad ácia Dios, y ardiente zelo por la pureza de la Religion. Estas grandes qualidades, juntas con el aire garvoso de su talle y apacible hermosura de su magestuoso semblante: parece que habian de hacer felíz y glorioso su reinado; pero no fue asi : dexóse llevar de una tan grande aversion ácia el trabajo, y de una pasion tan inmoderada por la caza, y otros exercicios corporales, que se le pasaban los dias enteros en alancear un Javalí, y en tirar á las fieras en un Parque. Los que le gobernaban le entretenian en esta ociosidad cobarde, en lugar de corregirla; porque mientras este joven Príncipe hacia empleo de lo que era diversion, y colocaba toda su gloria en una déstreza inutil, ellos disponian del Imperio, acomodando todos los negocios á sus intereses particulares.

Hallabanse las cosas en semejante estado, quando Máximo, General del Egército Romano en Inglaterra, se hizo pro-

cla-

clamar Emperador. Estos pensamientos eran yá mui antiguos en su orgullosa ambicion, que no solo le animaba á exponerse á todo riesgo por reinar; pero acordandole que descendia de Helena, madre del Gran Constantino, le hacia mirar el Imperio, como un bien hereditario, y que por el derecho de sangre le pertenecia; por eso habia llevado con mucho desabrimiento el que Graciano le pospusiese á Teodosio. Irritado contra el primero, y zeloso del segundo, procuró, y logró ganar desde luego á los principales Cabos del Egército. Traxo á su parcialidad la mayor parte de los Señores de Inglaterra, y se sirvió despues de todas las ocasiones para inspirar la sedicion en las Gaulas, y en la Italia.

Intentó Graciano arruinar enteramente el Paganismo, que su padre por politica habia permitido ó disimulado. Teniale yá mui abatido, habiendo cercenado las rentas á los Sacerdotes, y negando las considerables sumas que solián sacarse del Estado para la conservacion de los Sacrificios. Dió autoridad al Prefecto de Roma para juzgar y sentenciar las causas pertenecientes á la Idolatria, y aun él mismo no quiso conservar en su persona el

me-

queza de la otra, junto con el implacable odio de todos los hombres buenos, y que se habian adquirido persiguiendo á los Católicos, le hacian esperar que podria facilmente hacerse dueño de los dos Imperios, y dexandose temer de Teodosio, lograria con reposo el fruto de su perfidia

Soplando el favorable viento de tan buenas esperanzas, se hizo á la vela, y vino á desembarcar con su Egército, ácia la embocadura del Rhin. Reconocieronle luego por Emperador las Tropas que estaban aquarteladas en Alemania, y le recibieron como tal todas las guarniciones. Sorprendido Graciano con esta novedad, juntó la parte del Egército con que se habia quedado, y se abanzó ácia los rebeldes, resuelto á pelear con ellos. Casi cinco dias estuvieron afrontados los dos Egércitos, sin que Maximo quisiese venir á una batalla decisiba, en cuyo tiempo empezaron á rebolverse las Legiones mal satisfechas de Graciano. Separóse toda la Caballeria de Mauro, y se fue á incorporar con las rebeldes; siguió su exemplo el grueso del Egército: los Pueblos que aman naturalmente la novedad, y se aplican siempre al partido que puede mas,

se declararon poco despues; y Máximo reinó en las Gaulas casi al mismo tiempo que entró en ellas.

Graciano, al primer rumor de está rebolucion, llamó en su socorro á los Hunnos, y á los Alanos; pero yá llegaron tarde. No tenia cerca de su persona mas que algunas Tropas de número no considerable, y aun éstas de fidelidad sospechosa. Abandonado entonces de los suyos, despedido de los lugares por donde pasaba, sin haber quien le defendiese, ni aun casi quien le acompañase, andaba como errante, y peregrino en su propio Imperio. Corrió, en fin, á los Alpes, seguido de trescientos Caballos, que con mucha dificultád habia juntado, para cubrir*le* en su fuga; pero halló guardados todos los pasos por gente, de quien tenia motivo para desconfiar. Bolvió ácia atrás, incierto del camino que habia de tomar para salvarse. Acercabase á Leon, quando recibió varios avisos de partes diferentes, de que su muger la Emperatriz venia buscandole, para hacerle compañia en su infeliz fortuna.

Olvidó este Príncipe por algun tiempo el riesgo en que se hallaba, y afligiendole mas las calamidades de esta Princesa

que las suyas propias, renovó en su corazon toda la ternura con que la amaba, y pasó el Rio Rodano, para salirla al encuentro. Apenas pisó la orilla, quando advirtió á no mui larga distancia una litera cercada de Guardias; juzgó que era la Emperatriz: corrió exalado á ella; pero en lugar de su Esposa, vió salir al Conde Andragacio, General de la Caballeria, á quien Máximo habia despachado con diligencia en busca suya. Este traidor, despues de haberle hecho caer en el lazo que le tenia dispuesto, se apoderó de su persona, y le hizo matar inhumanamente el dia catorce de Septiembre, á los veinte y ocho años de su edad y diez y seis de su reinado.

Tal fue el desgraciado fin de este Príncipe infelíz; sufrió su muerte con generosa constancia, y solo le afligió el sentimiento de no tener cerca de sí á San Ambrosio, para que le ayudase á morir christianamente. La Iglesia, á quien él habia defendido, le lloró con lágrimas de afecto, y los Príncipes que le han succedido pueden aprender de él este documento, que importa á su reputacion, á su reposo, y aun á su seguridad, gobernar por sí mismos los Estados, que la Pro-

videncia dexó á cargo de su cuidado.

Orgulloso Máximo con la prosperidad de estos sucesos, se disponia yá á pasar á Italia, y sorprender á Valentiniano, Príncipe niño, sin experiencia, y sin vigor; pero antes de pasar los Alpes, le pareció necesario, no solo dar las ordenes convenientes para la conservacion de las Provincias recien conquistadas, sino tambien sondar las intenciones de Teodosio. Despachóle para este efecto sus Embajadores, con orden de perdirle, que le asociase en el Imperio, y ofrecerle su amistad si lo consentia, ó declararle la guerra si lo reusaba. Teodosio, sensiblemente afligido por la muerte de Graciano su amigo y bienhechor, habia resuelto vengarla; pero como despues de la paz general de Oriente se habia quedado con mui escaso número de Tropas, temió que Valentiniano no fuese oprimido, antes que él se hallase en estado de poder defenderle. Disimuló, pues, su designio y sentimiento hasta mejor ocasion, y respondió á los Embajadores, que aceptaba los ofrecimientos de Máximo, que no se oponia á lo executado por el Egército en favor suyo, y que pues ocupaba el trono de Graciano, le miraba como á su succesor

en el Imperio. La necesidad de los negocios le hizo tratarle como á Colega, mientras el tiempo le abria camino para declararle la guerra como á enemigo.

Pero mientras Teodosio entraba en negociacion con el Tirano, Justina estaba siempre temiendo que vendria á echarse sobre la Italia. No se hallaba, ni con Tropas que poderle oponer, ni con socorros que debiese esperar. Resolvió, pues, embiarle sus Embajadores, y de ganarle por el camino de la sumision, procurando detenerle de la otra parte de los Alpes. No encontraba en toda su Corte persona alguna que pudiese, ó quisiese encargarse de comision tan dificil, con que se vió precisada á echar mano de San Ambrosio. Suspendió por algun tiempo el implacable odio que le profesaba, y le conjuró en nombre de su hijo, que tomase á su cargo este negocio. Admitiólo el Santo gustosamente, resuelto á sacrificar su vida por su Rei, y por su Patria. Halló á Máximo en estado de emprenderlo todo; las conquistas que acababa de hacer, en vez de saciar su ambicion, le habian irritado. No le parecia nada ser dueño de España, Francia, y Inglaterra, si no lo era tambien de la Italia: acaba-

ba de verter la sangre de un Emperador, y iba con resolucion de arrojar al otro de su Imperio.

Pero le habló este Prelado con tanta eficacia, con tan viva, y bien manejada eloqüencia, que le hizo desistir del designio que tenia de pasar los Alpes. Cayeronsele las armas de las manos; y sea que le contuviese el respeto, y estimacion, con que veneraba á este grande hombre, ó que la santa libertad, y fortaleza con que le habló moderáse sus pasiones, ó en fin, que aquel gran Dios, en cuya mano están los corazones de los Reyes, y que permite ó desarma á los Tiranos de su cólera quando es su voluntad, hubiese determinado limites al natural furor de éste: él, sin saber cómo, ni por qué, concedió á San Ambrosio todo quanto deseaba. Detubose en las Gaulas, contra todo lo que prometian las apariencias; colocó en Treveris la Silla de su nueva dominacion, y tomó el titulo de Augusto, con el consentimiento de los dos Emperadores. Arrepintióse despues de haber perdido una ocasion tan favorable de hacerse dueño de la Italia, y aun se quexó repetidas veces de que el Arzobispo de Milán le habia como encantado con sus razones.

Por este tiempo fue quando Teodosio, viendo crecer á su hijo Arcadio, resolvió declararle Augusto, aunque no pasaba á la sazon de siete á ocho años de edad. Hizose esta ceremonia en el Tribunal, Palacio de este nombre, destinado á la coronacion de los Emperadores, en presencia de muchos Señores, y de gran número de Prelados. Todos manifestaron con la salva de sus aclamaciones el gusto con que veían revestido de los ornamentos Imperiales á este joven Príncipe; deseando cada uno que succediese á su padre en las virtudes, como era succesor suyo en el empleo.

Teodosio por su parte recibió tambien crecido gozo, habiendo hecho un nuevo Emperador de su familia, no solo con el consentimiento público, sino tambien con la aprobacion de todos. Pero como atendia menos á la grandeza de su hijo, que á su buena crianza, le pareció que hacia poco en dexarle muchas Provincias, si no le dexaba suficiente provision de providencia para gobernarlas Habia mucho tiempo que andaba buscando al hombre de mejor juicio, y mas sabio de su Imperio, para confiarle la educacion de aquel hijo, que en algun tiempo ha-

bia de ser Señor de tantos Pueblos. Sobre cuyo asunto habia escrito á Graciano, y Graciano suplicó al Papa Dámaso, que tomase á su cargo esta importante eleccion, y buscando un sugeto capáz de llenar un empleo de tanta confianza, le embiase á Constantinopla. Este Pontifice, Varon de grande literatura, de conocida piedad, y exquisita prudencia, puso los ojos en Arsenio, Diacono de la Iglesia Romana, de cuya virtud y prendas, estaba con razon mui satisfecho.

Descendia Arsenio de una familia nobilísima, y lograba un entendimiento cultivado con todo genero de ciencias; poseía con perfeccion las lenguas Griega, y Latina, tenia mucha noticia de las letras *humanas*, y estaba mui versado en las Sagradas Escrituras. Sus prendas le hacian digno de las primeras dignidades de la Iglesia; pero su piedad no aspiraba á otros empleos, que á los de su salvacion. Su genio le inclinaba naturalmente á la soledad, y al retiro; mas no por eso se negaba á la sociabilidad de una honesta compañia, y aunque era consigo rigido y austero, no era desapacible y molesto á los demás. Propusole, pues, San Dámaso á Teodosio, pareciendole que con una virtud

tan discreta como prudente, podia estár en la Corte, sin que se le pegasen sus corruptelas, y aprovechando al Príncipe con las instrucciones, edificaria á los Cortesanos con los exemplos. Recibióle el Emperador como un tesoro que le enviaba el Cielo, y suplicandole que tomase á su cuidado la educacion del Príncipe Arcadio, le concedió sobre él toda la autoridad de Padre y de Maestro, encargando al hijo la docilidad, la aplicacion, y el respeto; y le habló en estos precisos terminos: Estad en la inteligencia, hijo mio, que debereis mas obligacion á vuestro Preceptor, que á mí mismo; yo os dí el nacimiento, y el Imperio; mas él os dará la prudencia, y el temor de Dios, con que en adelante mas padre vuestro será Arsenio, que Teodosio. En conseqüencia de esto, zelaba con especial vigilancia sobre la veneracion que debia profesar á su Maestro, sin disimularle el mas ligero descuido en este particular; y asi, entrando un dia en la cámara del Príncipe, á tiempo que estaba dando la leccion, viendo sentado á Arcadio, y reparando que Arsenio estaba en pie, reprehendió con severidad la soberanía del uno, y se quexó con sentimiento de la modestia del otro.

Qui-

Quiso escusarse Arsenio, alegando el respeto que se debia á la Magestad de un Emperador, y la natural veneracion que infundia la Purpura de que estaba revestido; pero Teodosio sin atender á sus escusas, mandó al Maestro que se sentase, y al Príncipe que estuviese en pie, y descubierto mientras duraba la leccion; y para quitar en adelante toda especie de pretexto ó congruencia, ordenó, que desde aquel dia desnudasen á Arcadio de todas las insignias de la dignidad al tiempo de entrar en el estudio, añadiendo que le tendria por indigno del Imperio, y aun no le reconoceria por su hijo, si no sabia dar á cada uno lo que le tocaba, aprendiendo con las ciencias el reconocimiento y la piedad.

Aplicabase Arsenio no solo á instruir en las buenas letras á su Discipulo, sino mucho mas á educarle en la Fé, y en el exercicio de las virtudes christianas. Estudiaba sus inclinaciones, esforzando las que parecian buenas, y reprimiendo las no tan ajustadas. Era el Príncipe de genio vivo, abierto; de humor alegre, comerciable, sus inclinaciones todas nobles y generosas, y el alma naturalmente inclinada á la religion y á la justicia; pero á estas

bue-

buenas partidas juntaba un gran tédio, y aun aversion al trabajo, suma facilidad en admitir qualquiera especie de impresiones, mucha ligereza en contraher y mudar las amistades, y oía de mejor gana á los que le adulaban, que á los que le corregian.

Preveía Arsenio las malas conseqüencias que semejantes siniestros podian producir en un Emperador, y habiendo probado en vano corregirlos con destreza, resolvió reprimirlos con una discreta severidad. Reprehendiόle muchas veces; quexóse á Teodosio de la contumacia, y indocilidad de Arcadio, y añadió en fin, el castigo á las quexas, y á la reprehension. Sentido el Príncipe de las reprehensiones, y teniendo por agravio la correccion, resolvió deshacerse de un Preceptor que, en su modo de entender, tanto le desacomodaba. Comunicó este designio á un Oficial de su Guardia, de quien hacia mucha confianza, mandandole que le librase de un hombre tan desapacible, y que tanto le afligía. El Oficial, que era advertido, y bien intencionado, le ofreció hacerlo con toda puntualidad, temiendo no diese la comision á otro mas lisongero, ó menos cauto, y buscando luego á

Ar-

Arsenio, le previno en secreto de todo quanto pasaba, rogandale que pensase en su seguridad.

Bien conoció Arsenio, que esto no era mas que una colera de un niño, y un ímpetu mal reprimido de un genio vivo y ardiente, de que no se debia recelar alguna mala consequencia; pero haciendo reflexion á la infelicidad de los Príncipes, que casi desde que nacen aman á los que los adulan, y no pueden sufrir á los que con buen zelo los corrigen; considerando por otra parte, que peligraba su vida, si se mantenia en aquella especie de entereza, ó arriesgaba su salvacion, si cediendo á la resistencia del Príncipe, procedia con mas condescendencia; resolvió seriamente retirarse de la Corte, para entregarse sin dividir el cuidado al unico negocio de su salvacion; y acabó de determinarle á esto un caso que le sucedió por este tiempo; porque retirandose un dia á hacer oracion, como acostumbraba, y suplicando á Dios con todo el fervor de su espíritu, que le enseñase el camino seguro para salvarse, oyó una voz que distintamente le decia: „ Arsenio, „ huye de los hombres, por este camino „ te salvarás.“

Po-

Pócos dias despues salió disfrazado de Constantinopla, y se refugió á los desiertos de Egipto, donde vivió mas de cinquenta años con los solitarios de Scitia, sin tener comercio con el mundo, alimentandose de raíces, usando solo de aquel preciso sueño que pedia la necesidad de la naturaleza, empleando los dias y las noches en orar, y llorar en lo mas retirado de su celda, y dando en fin toda la aplicacion de su espíritu al cuidado de la salvacion, hasta edad de noventa y cinco años.

Supo el Emperador la retirada de Arsenio, cuyo motivo ignoraba, y le causó esta noticia increible dolor y sentimiento. Mandóle buscar por todas las tierras de su Imperio; pero sin fruto, porque quiso Dios ocultarle al mundo, despues que le habia retirado de él, para formar un perfecto modelo de la vida penitente y solitaria. No conoció Arcadio lo mucho que habia perdido; pero sintieronlo los Pueblos, quando fortalecido en sus pasiones, gobernado por mugeres, y por Eunucos, elevando y abatiendo él mismo á sus favorecidos, dió lugar á aquellas reboluciones, que comenzaron á arruinar el Imperio Romano, sin esperanza de remedio.

Des-

Despues que Teodosio se aplicó de esta manera al cuidado de su hijo, volvió la atencion á los negocios de la Iglesia, que no le eran menos apreciables que los de su familia. Asi por satisfacer á su fervoroso zelo, como por no dexar en Oriente alguna semilla de division quando se hallase en estado de marchar contra Máximo, resolvió arruinar de una vez todas las heregias, reuniendo todos los ánimos en una misma creencia. Mandó, pues, á todos los que se tenian, ó eran como las cabezas de los *Sectarios*, que se hallasen en Constantinopla á cierto tiempo que los señalaba, para dár cuenta de su Fé, y de los motivos que habian tenido para separarse de los demás. Llegaron todos á la Corte al tiempo determinado, concurriendo, unos por la esperanza que tenian de ser restituidos á los Obispados, que antes habian usurpado, y de que por el ultimo Decreto se les habia desposeído, y otros con deseo de defender sus particulares opiniones en disputas arregladas.

Comunicó el Emperador su designio al Arzobispo de Constantinopla, y le consultó sobre los medios que parecian mas proprios para la reunion de todas las Reli-

ligiones. El Arzobispo, hombre lego, criado toda su vida en el manejo de los negocios políticos, sin conocimiento alguno de los Eclesiasticos, nada versado en las Sagradas Escrituras, y poco instruido en las materias y qüestiones que se contestaban, se halló sumamente embarazado. Conocia su insuficencia, y escasa capacidad en este asunto; pero como era hombre de intencion sana, y de genio docil, deseoso del acierto acudió á Agélo, Obispo de los Novacianos. Este le remitió á Sisinno, mozo, aunque de poca edad, y sin mas condecoracion que la de Lector en su Iglesia; pero de buen juicio, y mui inteligente en todo genero de ciencias, y mui versado en los Autores Eclesiasticos. Este aconsejó al Arzobispo, que por ningun caso permitiese en el Sinodo disputas ni contestaciones; porque solo servian para enconar los ánimos, y no para reducirlos, que, ó el natural orgullo de vencer, ó la vergüenza de ser vencidos, arrebataba aun á los mas prudentes, y contenidos á peligrosos excesos, siendo cierto, que por semejante camino casi siempre se vulneraba la caridad christiana, y casi nunca se descubria la verdad católica.

Pro-

Propusóle un medio facil, y compendioso para reducir á todos á la verdad, ó hacerlos declarar parciales de la mentira, y terminar brevemente estas diferencias, sin entrar en mas prolixas discusiones sobre puntos de doctrina. Era éste, que se eligiesen por Jueces, y arbitros de las presentes diferencias á los antiguos Padres de la Iglesia, que habian escrito sobre los misterios de la Fé con acierto, y con superior ilustracion. Si los Hereges los admitian, era facil convencerlos de su error, y si los reusaban, se harian odiosos á los Pueblos, descubriendo sin máscara su dañada voluntad.

Armó al Arzobispo este consejo, y fue luego á conferirlo con el Emperador. Aprobóle este Príncipe al instante, pareciendole el expediente mas breve, y mas seguro para lograr su designio, y mui contento de verse desembarazado, por este medio, de las sutilezas metafisicas, que acaso no entenderia; y de reducir á una qüestion de hecho tan facil de probar, todas las diferencias que dividian la Iglesia; gobernó el negocio con grande prudencia y disimulo. Un dia que estaban juntos los Obispos, entró en el Sinodo, donde se hallaban convocados: ha-

bló-

blólos con mucho respeto, dulzura, y gravedad; exortólos á la union, y al sincero exâmen de la verdad. Hecho esto, les preguntó, qué sentian de los Santos Padres y Doctores que habian escrito sobre puntos de Religion, antes de las ultimas heregias: Respondieron todos sin dudar ni detenerse, que los respetaban como á sus Maestros, y siempre los habian profesado una profunda veneracion. Pues una de dos, (les replicó entonces Teodosio) ó condenad á los mismos que ahora acabais de alabar, ó confesad lo que ellos dexaron escrito sobre la divinidad de Jesu-Christo.

Pronunció estas palabras con una entereza tan fuerte y tan absoluta, que sorprendidos todos de verse condenados por sí mismos, nadie se atrevió á replicar. Mirabanse unos á otros, y viendolos el Emperador tan embarazados, les instaba para que quanto antes tratasen de resolverse; y ellos, no bien restituidos de su primera turbacion, sin acertar á guardar conseqüencia, comenzaron á dividirse. Los Semi-Arrianos, pensando poder interpretar á su favor la doctrina de los Padres, consentian en que se admitiese por regla la creencia de la antiguedad: los

los otros, que no podian salir bien, sino por el camino de las disputas, clamaban que se exâminasen los puntos contestados. Calentaronse insensiblemente los dos partidos, y mutuamente se reprehendieron sus dogmas, ó como contrarios á la doctrina de la antigua Iglesia, ó como incapaces de defenderse por razon.

El Emperador, aprovechandose del desorden y embarazo, en que los habia puesto, les declaró que él mismo queria tomar á su cargo el cuidado de conciliarlos; y mandando á cada Secta, que le diese por escrito la profesion de su Fé, salió de la asamblea. Encargóse á los mas hábiles la disposicion de los Formularios, que de unanime consentimiento concertaron con escrupulosa exaccion, midiendo las palabras, pesando las silabas, y suavizandolos con todos los lenitivos posibles, para conciliar al Emperador; pero sin perjudicar en todo caso á sus particulares opiniones.

Pocos dias despues pidió Teodosio las profesiones; y para entregarseles, fueron todos á Palacio. Demophilo, el desposeído de Constantinopla, declaró por escrito, que el Hijo de Dios era pura criatura; que no le habia engendrado el Padre, si-

no que habia sido criado, y producido de la nada, como todos los demás. Eunomio, espiritu inquieto, y sedicioso, que siendo Obispo de Cizica, no le habian podido tolerar aun los de su mismo partido, presentó su profesion, tan impía como la otra; pero concebida en terminos magníficos, y mas respetosos ácia Jesu-Christo. Eleusio, Cabeza de los Macedonianos, entregó la suya al mismo tiempo; explayabase en ella sobre las grandezas del Hijo de Dios; pero evitando siempre con cuidadosa cautela el termino de consubstancial, y añadiendo de camino algunas blasfemias contra el Espíritu Santo. Hombre inconstante y poco sólido, que dos veces habia abjurado sus errores, y dos veces volvió á recaer en ellos, cogiendole la muerte en la reincidencia del Cisma. El Patriarca Nectario, y Agélo, Obíspo Novaciano, tambien presentaron su confesion, arreglandose en ella á la doctrina del Concilio de Nicea, y defendiendo expresamente la consubstancialidad del Verbo.

Tomó el Emperador con mucho agrado estos Formularios, y se retiró á su Gabinete. Leyólos alli despacio, y con madurez, y haciendo oracion al Cielo pa-

ra implorar su asistencia, y bendicion en la accion que iba á executar, volvió á la *Sala*, donde estaban esperando los Obispos Arrianos. Aqui, haciendo pedazos su confesion á vista suya, y conservando solamente la de los Católicos; los declaró, que estaba resuelto en adelante á no sufrir en toda la extension de sus dominios otra Religion, que la que reconocia al Hijo de Dios consubstancial á su Padre; que yá era tiempo de reunirse, y recibir la sana doctrina de la antigua Iglesia; que emplearia toda su autoridad en defender la causa de Dios, de quien la habia recibido; y que mirando como enemigos suyos á los que lo fuesen de Jesu-Christo, sabria hacerse obedecer en un punto en que se trataba de la salvacion, y reposo de sus Vasallos. Dicho esto, los despidió sin querer dar oídos á réplicas, ni respuestas.

La Magestad del Príncipe, su turbacion, la ruina próxima de su *Secta*, la confusion de no haber sabido defender su causa, llenaron los ánimos de espanto, y de division. Retiraronse de la Corte, no acertando á disimular su mismo empacho; en poco tiempo se vieron abandonados de la mejor parte de sus *Sectarios*;

y recogiendo las despreciables reliquias de los que habian quedado, se hallaron precisados á decirlos para consolarlos, que el numero de los escogidos era corto, que la verdad siempre habia andado en el mundo perseguida, y sin domicilio; y en fin, que la constancia en la Fé se hacia tanto mas meritoria allá en el Cielo, quanto eran mas poderosos los que pretendian oprimirla acá en la tierra. Reflexîones que no sabemos hiciesen, quando en los años antecedentes la oprimian ellos mismos con tanta violencia y crueldad.

Al mismo tiempo, para arruinar de una vez todas estas heregias, publicó el Emperador una ordenanza, por la qual prohibia á todo genero de Hereges, que pudiesen hacer juntas, ó conventiculos; dogmatizar, ó instruir al Pueblo, ni en soledad, ni en poblado; gozar, ó poseer alguna casa ó edificio que tuviese forma ó figura de Iglesia; y en fin, hacer, ó decir en público, ni en particular, la menor cosa que se opusiese, ó disonase á la Religion Católica, permitiendo y exôrtando á todos los hombres buenos y zelosos de su Imperio, que se uniesen para arrojar de la sociedad civil, y comercio politico á quantos contraviniesen á es-

esta Ordenanza. Mandaba á todos los Oficiales y Magistrados, que por ningun caso permitiesen á los Arrianos salir de sus Ciudades y Provincias, porque no cundiese el contagio, ni se dilatase su veneno con el libre comercio de los Pueblos. Y para que se atendiese con vigilancia á la puntual execucion de sus Edictos, protestaba que serian severísimamente castigados los Magistrados de las Ciudades, ó Lugares, en donde se averiguase haber tenido los Arrianos alguna asamblea, y que las cosas donde las hubiesen celebrado serian confiscadas.

Era necesaria una autoridad como la suya para reprimir esta Secta, tan orgullosa, dominante, y estendida. No obs*tante*, en medio de su ardor y actividad, conservó siempre mucha blandura. Contentóse con atemorizar á los Hereges; pero sin castigarlos. Querialos reconocidos, pero no los obligaba á conversiones violentas y forzadas, y dexando á la providencia de Dios el tocar los corazones con su gracia, él se contentaba con humillarse por el desprecio con que los trataba, ó con atraherlos, por los excesivos favores que hacia á los que detestando expontaneamente sus errores, se re-

reducian á la verdadera Religion, no pasando jamás á las amenazas, sin haber probado primero todos los medios de la suavidad.

Este modo de proceder tan anivelado por las reglas de la bondad, mortificó no poco á los Católicos, que llevados de una especie de zelo menos prudente, ó mas precipitado, deseaban fuesen exterminados de una vez sus adversarios, y aun dió motivo á cierta accion mui celebrada, con que Anfiloquio, Obispo de Icognia, reprehendió discretamente al Emperador. Habia éste resuelto, como yá llevamos dicho, abolir aquella multitud de Religiones, que cada dia iban naciendo, y para ganar suavemente las cabezas de partido, ó á lo menos para no acabarlos de despachar con otro linage de proceder mas absoluto, procuró reducirlos á la razon, proponiendoles poderosas reflexîones, y convidandolos á la union con motivos mui urgentes. Este contemporizar con ellos, tantas caricias como los hacia, y tanta condescendencia, excitó alguna inquietud en el ánimo de muchos Obispos, que no llegaban á penetrar las máximas de Teodosio. Temieron no se dexase engañar de unos hombres artificiosos, que

que sabian acomodar á la malicia el trage de la virtud, y no ignoraban el arte de hacerse oír en las Cortes; pero sobre todo, lo que mas los llenó de dolor y sentimiento, fue la tenacidad con que Teodosio se negó por mas que se lo suplicaron, á renovar los Ediĉtos publicados en otro tiempo contra los Arrianos.

No obstante como no podian escusarse de hacer su cumplimiento al Emperador, con la nueva creacion de su hijo Arcadio, fueron todos á Palacio para este efecto. Acompañólos tambien Anfiloquio, Prelado á la verdad mui venerable por su ancianidad, por la pureza constante de su Fé, y por la que mas que vulgar inteligencia de la Sagrada Escritura; pero hombre por otra parte mui natural, y sencillo, y poco versado en los ceremoniosos misterios y afectados cumplimientos, que se estilan en las Cortes; luego que entró en la Sala de Audiencia, hizo su cortesia, ó reverencia á Teodosio, con grande respeto pero con mucha naturalidad, y reparando en Arcadio, que al lado de su padre ocupaba un trono menos eminente, acercandose ácia él, mirandole con atencion y cariño, como quien admiraba su buena disposicion y ma-

magestad ; Dios te bendiga, hijo mio, le dixo repetidas veces, acariciandole, y pasandole la mano por la cabeza. Avergonzaronse los demás Prelados al vér semejante accion, al parecer, tan rustica, y desatenta, y el mismo Teodosio, ofendido de aquella, ó necedad, ó llaneza, y de las poco respetuosas caricias que se hacian á su hijo, hizo señal á la Guardia, para que retirase de alli aquel viejo imprudente, ó indiscreto. Reparó el Santo Prelado en la contraseña, y buelto al Emperador, le dixo con una santa libertad, y admirable entereza de semblante, con que en fin, Señor, vuestra Magestad se dá justamente por sentido ; de que no se trate á vuestro hijo con el mismo respeto y atencion que se os debe á vos ; y creereis, que la Soberana Magestad del Padre Celestial, no se dará tambien por agraviada de las indignas injurias, con que ultrajan á su Hijo, los que negandole impiamente la adoracion que le toca, blasfeman sacrilegos contra su soberanía. Sorprendió al Emperador esta especie de ignorancia, superior á toda humana prudencia. Pidió perdon á Anfiloquio, y dandole gracias con terminos expresivos por la advertencia que le hacia, ofre-

ofreció no echarla en olvido, para apro-
vecharse de ella.

Al mismo tiempo que los Hereges la-
mentaban su inevitable ruina en el Orien-
te, procuraban bolver á levantarse en Ro-
ma los Paganos, acaudillados del Sena-
dor Simaco. Lograban para esto mui fa-
vorables coyunturas. Máximo no los des-
favorecia, y Valentiniano temia irritar á
Máximo. Solo echaban menos alguna oca-
sion oportuna, para pedir el restableci-
miento de su antigua Religion, y no tar-
dó el tiempo en ofrecerles una, al parecer
no despreciable.

Hubo aquel año en toda la Italia una
rara carestía, abrasados los frutos con la
violencia de los aires, y con la sequedad
prodigiosa de las nubes, contribuyendo
tambien no poco la falta en la providencia
en los Magistrados; Roma se hallaba re-
ducida á los ultimos extremos de la ham-
bre. Vendiase el pan á precio mui exce-
sivo, y se daba por ciertas medidas de
buque mui escaso; los pobres se halla-
ban precisados á mantenerse con raíces y
bellotas, y la necesidad iba creciendo ca-
da dia. Era preciso desahogar de habita-
dores de Lugares mas poblados, y se ar-
rojaban de ellos los mas desvalidos, aña-

dien-

diendose el destierro á la pobreza, y siendo el mismo necesitar, mas razon para ser menos atendidos.

Ocupaba Simaco á la sazon el primer puesto, y lograba los primeros creditos del Senado. Su calidad, su eloqüencia, los cargos de primera estimacion, que siempre habia poseído, y la comun reputacion de su natural bondad, le hicieron siempre mucho lugar en la aceptacion de todos los Emperadores; pero prevenido poderosamente á favor del culto de los Idolos, ó moviendole una falsa compasion de ver á su Religion humillada y abatida, ó animado tambien de alguna inmoderada ambicion de dominar en el partido, era en las ocasiones, no solo importuno; pero aun infiel á sus mismos Soberanos. Venerabalos, y los obedecia segun ellos se declaraban, ó enemigos, ó parciales de los Idolos. Todos los Edictos que se publicaban contra los Paganos, le parecian sacrilegos, y quantas calamidades públicas afligian rigurosamente al mundo, pasaban en su aprecio por señas de venganza, con que explicaba el Cielo su justa irritacion.

Este hombre, pues, dispuesto siempre á suscitar nuevas diligencias, y siempre

pre pronto á dar quexas, ó presentar Memoriales por el servicio de los Dioses, suponiendo ser castigo Divino la hambre, y demás miserias, que de presente fatigaban al Imperio; formó sobre este asunto un Memorial mui eloqüente, que embió al Emperador Valentiniano. Suplicabale en él, como Prefecto de la Ciudad, y en nombre de todo el senado y Pueblo Romano, que tuviese á bien restituir á Roma su antigua Religion, que atendiese siquiera á la costumbre, y á la venerable ancianidad de una creencia al parecer puesta en razon; que permitiese á aquellos pobres Pueblos, acostumbrados á la libertad de las personas, á lo menos el dominio, y uso libre de sus conciencias; que reparase el Altar de la Victoria, de aquella apacible Diosa, que jamás habia sabido abandonar los Estandartes Romanos en todas sus empresas Militares; que procurase á lo menos tener propicio su nombre, yá que no se acomodaba à respetar su poder; y que á imitacion de algunos de sus gloriosos Predecesores, quisiere disimular lo que no se resolvia á permitir.

Introducia á Roma toda sentida, toda lastimada, que clamaba á sus Empera-

dores por aquel religioso culto, á cuyos sagrados pechos se habia criado, y con cuyos felices auspicios habia puesto el yugo sobre la cerviz de todo el mundo. Representabale como de paso, que yá era mui tarde para corregirla; que si no queria rendir adoraciones á sus Dioses, dexase por lo menos, ó quieta, ó desembarazada la freqüencia de sus aras: y mas quando era mui dable, que respirando todos un mismo aire, y recibiendo los influxos de un propio Cielo, que igualmente se desprendia sobre todos en sus benignas influencias, viniesen todos á creer y adorar una misma cosa en la substancia; que asi como habia muchas Filosofias, asi tambien habia sendas diferentes, que guiaban al País de la verdad; y que importaba poco la variedad en la eleccion del camino, con tal que fuese uno mismo el termino y paradero.

Añadia, que era digno de admiracion, y aun de estrañeza, que unos Príncipes de corazon magnifico y generoso, viniesen á reformar lo que habian establecido otros Príncipes avaros, ó mas economicos; y que el tesoro Imperial, en vez de estar hinchado con los despojos de los enemigos, se hallase oprimido con las pen-

sio-

siones tiranicamente arrancadas de los Sacerdotes y Virgenes Vestales, que continuamente se empleaban en ofrecer votos al Cielo por la prosperidad del Imperio; que la hambre, y demás calamidades públicas que exercitaban el sufrimiento de los Pueblos, no eran afectos, ni del maligno influxo de los Astros, ni del aspero semblante del Invierno, ni de la abrasada respiracion del Estío, sino de la enfurecida cólera de los Dioses, que yá se cansaban de sufrir, y que justamente negaban á los Pueblos lo que impiamente se quitaba á sus Ministros.

Concluía poniendole delante el exemplo de sus Predecesores, y exôrtaba á Valentiniano á que dexase á los hombres la libertad que su Padre, de buena recordacion, les habia permitido; y que si Graciano su hermano siguió otro rumbo diferente, mas fue por acomodarse al errado dictámen de otros, que al suyo propio, y mas quando nunca entendió, que en pretender semejante mudanza de Religion, desobligaba al Senado, y no daba gusto al Pueblo. Encargaba al Consejo, que no dilatase la resolucion, porque sabia de cierto, que estaban yá tomadas algunas medidas, cuyos efectos no

ad-

admitian mucha espera ; pretendiendo con esta especie de amenaza misteriosa atemorizar á la Corte, y no darla tiempo á que consultase la respuesta con Teodosio.

Juzgaban, y con razon, que el dictámen de este Príncipe nunca les seria favorable. Sabiase que habia dado comision á Cinegio, Prefecto del Pretorio en Egipto, para que hiciese cerrar los Templos, recoger los libros, y prohibir toda especie de religion á los Paganos, en quantos Lugares pertenecian á los dominios del Oriente, y que este Ministro executó lo que se le habia mandado con toda resolucion y autoridad, aunque sin usar de violencias ni castigos.

Con efecto el Memorial de Simaco, en que andaba el respeto confundido con la animosidad, hizo no poca impresion en el ánimo de Valentiniano. Tenia este Príncipe mui en la memoria el reciente exemplo de su hermano Graciano, cuya entereza movió contra su vida las manos de sus propios amigos, y acobardado con el temor de este escarmiento, casi se resolvia á condescender con lo que se le suplicaba. Su madre la Emperatriz Gobernadora, no le hacia resistencia ; y juzgaba, que no haria poco en asegurar su

per-

persona, sin embarazarse en puntos de Religion. Llegó á noticia de San Ambrosio lo que pasaba; y oponiendo sus exôrtaciones vivas y eficaces, á las atrevidas pretensiones de los Gentiles, escribió luego una Carta á Valentiniano, en que con terminos proprios, y bien significativos le representaba; que solo habia un Dios en el Cielo, y en la tierra, cuya adoracion igualmente executaba á los Emperadores mas elevados, que á los Vasallos mas abatidos; que permitir cultos profanos, y renunciar la Fé, significaba una misma con voces diferentes; que poner segunda vez en manos de los Idólatras los bienes que se les habian confiscado, no era restitucion dè lo ageno, sino darles el Emperador lo que era suyo; que necesitaban mucho valor para quexarse de que se les desfraudase en uno, ú otro privilegio, los que quando estaban dominantes, no habian sabido perdonar, ni á las Iglesias, ni aun á la sangre de los Christianos; que era mui puesto en razon atender á las representaciones que hacian las personas benemeritas, y de calidad conocida; pero en puntos de Religion solo se habia de poner la mira en Dios, negando la atencion á qualquier otro respeto; que

el ardor con que emprendian los Paganos apadrinar la mentira, debia ser documento á su actividad y zelo, para amparar la verdad; que no era, ni se debia llamar atentado contra la libertad de Roma, reservarse un Príncipe la libertad de no permitir un sacrilegio; y en fin, que era notable extravagancia, si yá no se podia atribuir á delirio de una pasion arrebatada, que unos hombres de razon tuviesen osadia para pedir á un Emperador Christiano el restablecimiento de los Idolos.

Y era asi; que dos años antes le habian presentado los Paganos un Memorial semejante, en nombre y con voz de todo el Senado; pero á poco tiempo se descubrió, que solo habia sido invencion de uno, ú otro Senador, que quiso abusar del nombre, y caracter de su Comunidad, cuya mayor, y mas sana parte desaprobó semejante accion, formando contra ella una protexta, que puso en manos del Papa Dámaso. No dexó San Ambrosio de acordar al Príncipe este exemplo, para disminuirle la aprehension que podia formar por parte del Senado. Procuró despues hacerle temer la entereza, y vigor de los Obispos; y para esto le

preguntó con su libertad acostumbrada: Qué respuesta dariais á un Obispo, que con resolucion santa os dixera: yá Señor, no tiene la Iglesia que agradecer vuestros presentes, ni aun tiene que ver con ellos, pues los vais á hacer á los Dioses de los Paganos. Ea, tomad vuestras ofrendas, y pues con tanto zelo os aplicais á erigir los Altares de los Idolos, id, y colocadlas sobre sus malditas aras. No puede Jesu-Christo darse por servido de vuestros obsequios; pues los mismos rendís á sus mas implacables enemigos. ¿No os dexó dicho en su Evangelio, que nadie puede servir á dos Señores? Las Virgenes Christianas están sin rentas, ni privilegios, y vos se los concedeis mui amplios á las Vestales; y creereis, que rogarán á Dios los Sacerdotes por un hombre que pospone sus oraciones á las que hacen los Gentiles; ¿pero os escusareis con que sois niño, y os hallais aún en las precisas ignorancias de la infancia? Pues advertid, que no hai edad imperfecta para Jesu-Christo, en cuya confesion se han sabido yá explicar los años mas inocentes.

Concluye, en fin, suplicandole que no pase á tomar resolucion sobre este

punto, sin oir primero el parecer de Teodosio, á quien debia venerar como padre, y con quien acostumbraba hasta entonces consultar los negocios de gravedad, é importancia. Pidió á Valentiniano una copia del Memorial, ofreciendo responder á él con solidéz y eficacia. Leyólo con reflexion, y dispuso su respuesta, en la qual entra protestando desde luego, que hallandose precisado á sacar la cara por la verdad, ha hecho estudio de no poner á sus expresiones mas trage, que el de la solidéz; dexando á los Gentiles la gloria de acomodar bien los pomposos vestidos de la vana loquacidad al cuerpo de qualquiera error, y permitiendoles que digan cosas grandes, yá que no pueden decirlas verdaderas. Introduce despues á la gran Ciudad de Roma, que con una especie de gracejo, pero sin faltar á la gravedad, protesta haber debido la gloria de enseñorear al mundo todo, no al culto de los Dioses, sino al valor de los Soldados; que no quiere graduar, ó hacer las pruebas de la Religion por los años, sino por las costumbres; que no tiene á la mudanza por asunto de confusion, quando el mudarse es lo mismo que corregirse; que para oir la palabra de Dios, le

parece organo mas propio la fervorosa lengua de los Predicadores: que las entrañas calientes de los brutos; que nadie puede, ni sabe hablar mejor de Dios, que Dios mismo, pues los hombres no acertando apenas á conocerse á sí propios, mucho menos pueden aspirar al conocimiento claro de su Criador.

Pasa despues á burlarse del bien parlado Memorial de Simaco, y manifiesta la notable diferencia que hai entre los Gentiles y los Christianos; aquellos colocan la paz de sus Dioses en el auxilio de los Emperadores; y estos, ponen la paz de los Emperadores en las manos de Jesu-Christo; los primeros no aciertan á sufrir se les defraude en la menor porcion de sus rentas, sin llenar el aire de quexas, y de suspiros; y los segundos no solo abandonan voluntariamente sus ricos patrimonios, sino que desprecian con christiana generosidad sus proprias vidas. Las Virgenes Vestales necesitan de privilegios, y de pensiones para ser castas, como si no acertáran á ser virgenes de valde, quando las Christianas, contentandose con un velo tosco, que niegue á la vista su semblante, buelven igualmente las espaldas á las riquezas, que á los de-

leites; y no pretenden mas premio de su virtud, que la virtud misma.

Muestra despues, que se hacian notable injuria á sus Dioses en atribuir las miserias del Estado á la pretendida persecucion de los Sacerdotes, y Virgenes Vestales; porque si vengaban en el comun los agravios que se hacian á los particulares, cometian una injusticia, y era la sentencia mas culpable que el delito. Fuera de que se habian pasado muchos años despues que se quitaron las rentas y privilegios á los Templos, y era cosa estraña, que unos Dioses tan mal acondicionados no se hubiesen açordado hasta entonces de castigar tamaño desacato, y mas quando no se habia hecho diligencia para aplacar su justo enojo, estando hasta aquel tiempo cubiertos los campos de cosechas, y siendo universal en todas partes la abundancia. Riese, en fin, de las ansias que mostraba por la reedificacion del Altar de la Victoria, nombre vacío, y que solo sirve para explicar la felíz resulta de las batallas, y combates; y exôrta á Valentiniano, que se acuerde en esta ocasion de su Fé, poniendo la mira en el pundonór, y teniendo presente la buena memoria de su hermano.

Exâ-

Exâminóse este negocio en el Consejo del Emperador, y aunque la Corte se gobernaba mas por máxîmas políticas, que por principios, ó motivos de piedad, se inclinaron los votos al parecer de San Ambrosio. Haciales fuerza la indispensable irritacion de Teodosio, si se acomodaban á la injusta pretension de los Gentiles; y ponderando mas en su estimacion el enojo de este Príncipe, que el necesario disgusto del Tirano Máximo, juzgaron todos, que era menor inconveniente mortificar á un escaso numero de Senadores, que ofender á todos los hombres de bien que habia en el Imperio; de suerte, que Simaco solo sacó el fruto de exercitar su eloqüencia, y la gloria de haber esforzado bien su mala causa: desayre, que le llegó al alma, y dió motivo á cierto Poeta Satírico de aquellos tiempos para decir, que la Diosa Victoria, ó tenia la razon turbada, ó la justicia achacosa; pues desamparando á su defensor, se arrimaba á su enemigo.

Si el nombre solo de Teodosio ponia freno en Occidente á las atrevidas pretensiones de los Idólatras, su autoridad acababa de arruinar en Oriente la Secta de los Arrianos, cuyo humor fiero, y se-

dicioso se hacia justamente recelar de su prudencia. Gregorio Nacianceno, aunque retirado en las soledades del desierto, no por eso se negaba á mantener algunas correspondencias en Constantinopla; y aunque habia renunciado con voluntad pronta, y sincera su Arzobispado, conservaba una cierta ternura especial, y cariñoso afecto á aquella Iglesia que miraba como resucitada á desvelos de sus gloriosas fatigas. Escribieronle algunos de sus amigos, que los Hereges tenian aún ciertas casas de refugio en Constantinopla, desde donde iban comunicando, con secreta insinuacion, el contagio pestilente de sus malignos errores; y en donde pensaban eludir con artificios el rigor de los Edictos del Príncipe. Supo tambien, que en los parciales de Apolinario subia tan de punto la insolencia, que hacian pública profesion de su doctrina, celebrando á vista del Sol sus asambleas; y que si no se atajaba tamaño desorden con remedio pronto, iba todo perdido, y se hacian infructuosos quantos sudores habia costado el restablecimiento de la Religion hasta aquel punto.

Revestido, pues, de aquel generoso zelo, que animaba ardientemente su espí-

píritu, escribió una Carta al Arzobispo Nectario, con todo el respeto que era debido á su alta dignidad; pero con toda la entereza y eficacia que pedia la ruina próxima de la Religion, y con ella despertó la dormida piedad de este Prelado, sugeto, á la verdad, de intencion sana, pero hombre de poca actividad, y de menos resolucion. Llegó á noticia del Emperador este desorden, y resuelto á remediarle con puntualidad y eficacia, mandó luego publicar un Edicto solemne, por el qual ordenaba, que se hiciese la mas exâcta, y cuidadosa pesquisa de todos los que enseñaban, ó hacian profesion de doctrinas condenadas en Constantinopla; que se visitasen las casas sospechosas, y sin atencion, ni respeto á carácter, ó calidad de personas, se arrojase fuera de la Ciudad á toda esta canalla infame; de manera, que separada de todo comercio, solo pudiese hacerse daño á sí misma.

Y al mismo tiempo atendió á remediar otro desorden, que tambien concernía á puntos de Religion. Desesperanzados enteramente los Judios de bolver á levantar partido, despues que vieron inutiles todos los obstinados esfuerzos de Juliano; y viendo, que yá no podian exerci-

citar con los Christianos las sangrientas crueldades, en que se habia explicado su furiosa rabia, procuraban á lo menos atraer algunos con cauteloso artificio. Para esto compraban esclavos, que hubiesen recibido la Sagrada agua del Bautismo; y yá con persuasiones importunas, yá con amenazas y violencias, les hacian renunciar la Fé de Jesu-Christo, y declararse por sus abominables supersticiones. Hizo, pues, Teodosio una Ordenanza, por la qual prohibía con rigurosas penas, que ningun Judio pudiese en adelante comprar esclavo, ni servirse de criado alguno Christiano; asegurando asi la titubeante Fé de los menos fuertes, contra los ocultos lazos que armaban para derribarla los enemigos domesticos, y estraños.

Asi reformaba Teodosio, durante la paz, los desordenes del Imperio, quando el Cielo, en recompensa del vigilante zelo con que miraba por la gloria de la Iglesia, le premió con otro segundo hijo, á quien se le dió luego el nombre de Honorio. Llenóse la Corte de alegria con el nacimiento de este Príncipe; y Teodosio, viendo afianzada su succesion, y asegurado del sincero amor que le profe-

saban los Pueblos; reconoció, que solamente de la piedad se derivaba la gloria de los Estados, y la constante prosperidad de las familias.

Al mismo tiempo tenia Máximo en Constantinopla sus Embajadores; porque, aunque gozaba en pacifica posesion de las Provincias que habia usurpado, no por eso dexaba de mantener continua negociacion con el Emperador Teodosio. Pretendia concluir con él un decoroso Tratado, para dar á entender al mundo, que no solo estaba legitimamente asociado al Imperio, sino que era tambien amigo, y aliado de los Emperadores. Logró su pretension como la deseaba; y Teodosio concluyó con él un Tratado, en el *qual* hizo entrar por buenas razones al Emperador Valentiniano. Cada uno de estos tres Príncipes se gobernaba por fines mui diferentes. La Emperatriz Justina, que disponia absolutamente del ánimo de su hijo, le aconsejó entrase en la alianza, para poder, libre de todo cuidado, bolver á reparar el Arrianismo abatido, y domar la inflexîble entereza de San Ambrosio, que hacia fuerte oposicion á todos sus designios. Máximo, que se manténia en su resolucion de echarse so-

sobre la Italia, solo miraba á descuidar la Corte de Valentiniano en la confianza de un Tratado, que estaba resuelto á romper luego que se le ofreciese alguna oportunidad, y Teodosio, que temia no fuese este joven Príncipe oprimido, y se hallaba él mismo amenazado de una irrupcion de los Grotungas, se acomodaba, ó fingía acomodarse á todo. De esta manera quedaba todo en disposicion, de que segun las apariencias, se abriese luego la guerra; pues uno la resistia solo por temor; otro la deseaba con ambicion; y el ultimo no tanto la reusaba, quanto la diferia, alimentando siempre en su generoso pecho los deseos de una justa venganza.

Entre tanto continuaban en el gobierno de sus Estados, segun el particular humor de cada uno. Máximo siguiendo el dictámen de su crueldad, y pareciendole que no tenia segura la Diadema, mientras la miraban con ceño los amigos de Graciano, ó echando mano de este pretexto, para cargarlos de confiscaciones, y pagar con su producto las Tropas, que con su traicion le habian puesto, y asegurado en la mano el Cetro, y habian vendido su fidelidad, no queriendo ser infie-

fieles de valde; hizo dar muerte á Merobaudo, Caballero mui ilustre por su prudéncia, por su bondad, y por muchos Consulados que había obtenido. Con el mismo fin condenó á perpetuo destierro al Conde Balion, uno de los mas afamados Capitanes de su tiempo; pero encargó á los Soldados que iban en su custodia, que antes de llegar al Lugar de su destierro, haciendo estudio de alguna casualidad, para evitar el odio de semejante accion, procurasen quemarle vivo: crueldad, que habiendo llegado á su noticia, le obligó á darse muerte con sus propias manos, buscando el alivio de morir en hacerse homicida de sí mismo. Hizo prender á los Condes Narsias, y Leucadio, dos Magistrados de los mas célebres que reconocia entonces el Foro de las Gaulas, y tratando como delito la fidelidad, que constantemente habian guardado á su legítimo Príncipe, los destinaba á los últimos suplicios.

Supo estos intentos San Martin, Obispo de Turs, y voló al punto en busca del Tirano, para pedirle por gracia la vida de estos Caballeros. Echóse á sus pies, suplicóle una, y muchas veces, que no le negase un favor, por cuyo logro se empe-

peñaba eficazmente la justicia; pero no consiguió mas que respuestas ambiguas, con expresiones de significacion indiferente. Redobló sus instancias, añadió las amenazas á los ruegos; pidióselo, en fin, con terminos y modo, que facilmente equivocaban la súplica con el precepto; pero no pudo lograr alguna respuesta positiva. Negóselo Máximo; pero mostraba al mismo tiempo que padecia no poca mortificacion en la repulsa, perdiendo en esta especie de dolor, y sentimiento mucha parte de su natural orgullo, y fiera brutalidad, y mostrandose mas humano con este Santo Prelado. Llamóle repetidas veces á su Gabinete, dando á entender que oía con gusto sus piadosas conversaciones. Escuchaba, al parecer, con buen deseo sus consejos; y aun fingia llevar sin desabrimiento sus reprehensiones, y santas libertades. Convidóle un dia á comer en su propia mesa; pero el Obispo se resistió constantemente; y preguntandole la razon de semejante despego, respondió, que no podia aceptar con sana conciencia la mesa de un hombre, que habia ensangrentado sus manos en un Emperador, y estendido los impulsos de su ambicion, hasta usurpar tiranicamente un Imperio. Replicóle

Má-

Máximo, como para justificarse, y dar alguna satisfaccion, que las Tropas le habian sublimado al Trono contra toda su voluntad, manteniendole en él con la fuerza de las armas, y que aun el Cielo parecia declararse en su favor, dando á sus Estandartes tan felices sucesos, y disponiendo que los otros dos Emperadores le reconociesen por legitimo Colega.

Mostraba tantas ansias de traer á su partido, y lograr la amistad de San Martin, asi por autorizar su parcialidad con un Prelado tan famoso, como por suavizarle con esta especie de caricia la repulsa que le daba en su pretension; y tambien para desimpresionar con semejantes apariencias de piedad á los que tenia irritados contra sí las realidades de su tirana perfidia. Rindióse, en fin, el Santo á sus importunas solicitaciones, y logró Máximo la comunicacion que pretendia; pero sin embargo de la casi supersticiosa veneracion que fingia profesarle, no pudo obtener de él San Martin, con súplicas, instancias, ni amonestaciones, que le escuchase en el asunto de Prisciliano Obispo de Avila, y de otros Obispos de su faccion.

Eran estos Hereges Españoles de nacion,

cion, y juntando á los errores de Sabelio, los sofismas de los Maniquéos, encenagaba unos y otros con las obscenidades de los Gnosticos en las nocturnas asambleas que celebraban, compuestas de entrambos sexôs. Disimulaban estos vergonzosos desordenes con cierto exterior arreglado, afectando no sé qué inculto desaliño, y negligencia en el vestido, y fingiendo una austeridad de vida, digna, al parecer, del mas penitente Anacoreta. Ibase estendiendo poco á poco por España este contagio, cuyas primeras semillas habia arrojado en ella cierto Gitano fugitivo; y viendo algunos Obispos tan adelantada la corrupcion, determinaron resistirla con oposicion ardiente y vigorosa; pero propasandose su zelo, y mandando la vehemencia lo que debia gobernar la caridad, hicieron persecucion casi tirana, la que habia de ser correccion fraterna. Citaronlos á comparecer en los Concilios; sacaron despacho del Emperador Graciano, para arrojarlos de los Lugares y Iglesias que poseían, y aun de todos los dominios del Imperio. Sucedió en este tiempo la violenta usurpacion de Máximo; y aprovechandose los Priscilianistas de esta coyuntura, supieron ganar con regalos

los y artificios á los Ministros del Tirano, y bolvieron contra sus enemigos las mismas máquinas que estos habian manejado contra ellos.

Viendose los Prelados Católicos, no solo desatendidos, pero condenados; y sabiendo que Máximo pasaba á las Gaulas, le salieron al encuentro en la Ciudad de Treveris, y le presentaron un Memorial sangriento contra Prisciliano, y sus sequaces. Fueron remitidos unos, y otros al futuro próxîmo Concilio que se habia de celebrar en Burdéos. Prisciliano, temiendo ser depuesto de su Obispado, no quiso comparecer en el Concilio, y apeló de él al Tribunal del Emperador. Los demás Obispos, ó por lisonja, ó por inadvertencia, admitieron la apelacion, y esta causa Eclesiástica, pasó á ser pleito Civil. Fue conducido á la Corte el acusado, y le siguieron á ella los acusadores, resueltos á perderle, sin detenerse mucho en buscar medios para reducirle.

Hallabase á la sazon San Martin en la Ciudad de Treveris, y desaprobando la violencia de semejante proceder, puso en la consideracion de aquellos Prelados lo irregular de su conducta, haciendoles ver, que perdian todo el mérito del zelo, con

la

la declarada fuerza de la pasion, desautorizandose á sí mismos en una causa, que proseguian por dictámen del odio, quando podian continuarla á menos costa por impulso, y reglas de la caridad; que no era decente, ni aun lícito á unos Prelados Eclesiásticos, pretender sentencias capitales contra los delinqüentes, aunque fuesen cómplices en los mas infames delitos; que sobre poner la causa en Tribunal incompetente, se portaban en ella con un modo escandaloso; y debian mostrar mas moderacion, si querian dar á entender, que pleiteaban por la justicia, y no por el capricho.

No se dieron por entendidos á semejante representacion aquellos yá ciegos Prelados; antes, dexandose llevar de su apasionada vehemencia, bolvieron su persecucion contra el mismo San Martin; y haciendo sospechosa su conducta, pretendieron poner dolo en su Fé, publicando que era parcial de los Hereges. Despreció el Santo con generoso valor esta calumnia, y buscando á Máximo renovó sus instancias, pidiendole que, arreglandose á la sentencia del Concilio, dexáse con la vida á aquellos miserables, y le representó la ninguna autoridad que resi-

dia en él para substanciar aquel proceso, siendo cosa nunca oida, que un Príncipe Seglar se embarazase en materias Eclesiasticas. Hicieron fuerza al Tirano estas razones, y estaba inclinado á condescender con San Martin, despidiendose de semejante causa; pero cargaron sobre él tanta multitud de empeños, y de protestas los de la parte contraria, que enfadado, y desabrido, por librarse de tanta molestia, remitió el negocio de Prisciliano al Pretor Evaudio, que le condenó luego á perder la cabeza.

La pronta execucion de esta sentencia, fue origen de muchos desordenes; y la muerte del Heresiarça solo sirvió para fortalecer su heregia. Los que habian negociado su condenacion, abusando del credito, y autoridad que lograban en la Corte, perseguian impunemente á todos los hombres buenos. Bastaba que alguno se mostrase inclinado al ayuno, y al retiro, para que ellos le tuviesen por persona sospechosa, y miraban como delinqüente á qualquiera que se portase con mas prudencia, ó mayor circunspeccion que la suya. Quantos mostraban alguna compasion de Prisciliano, ó daban á entender que no los habia agradado su sen-

tencia, eran al punto tratados como Priscilianistas, especialmente si eran sugetos, de cuyos despojos podia esperar considerable aumento el tesoro Imperial. De esta manera se mantenian aquellos Prelados en la gracia del Tirano; imitandole, y aun excediendole en la injusta crueldad de sus violentas acciones.

Mientras Máximo atropellaba en Occidente los derechos de la Iglesia, procuraba Teodosio que se mantuviesen inviolables en Constantinopla. Pusieron ciertos Obispos una causa Eclesiastica en un Tribunal Político, y fueron citados, y aun aplicadas á qüestion de tormento algunas personas respetables por su ancianidad, y carácter. Llegó este hecho á los oídos de Teodosio, que irritado justamente de tan abominable accion, hizo luego publicar un Decreto, por el qual prohibía á todos sus Jueces, asi Ordinarios como Extraordinarios, juzgar, ó entremeterse en pleito alguno concerniente á personas de la Iglesia, declarando que debian éstas tener sus Jueces aparte, sus leyes, estatutos, y jurisdicciones; y mandando, que las diferencias de semejantes personas, fuesen juzgadas por los Metropolitanos, u Obispos de las Diócesis en que sucediesen.

Hizo al mismo tiempo otra Ordenanza, por la qual vedaba con gravísimas penas á todo genero de Idólatras, qualquiera especie de sacrificios, y particularmente los prohibía consultar las entrañas de los animales, para formar sus agueros; cerrandoles así todos los caminos á las vanas esperanzas que solian concebir, y alimentar con semejantes supersticiones, y que no una vez sola habian ocasionado peligrosos movimientos en el Imperio.

Publicó tambien otro tercer Decreto, amenazando á los transgresores con los ultimos suplicios. Miraba éste á la reformacion de las costumbres; porque sabiendo que habia en Constantinopla ciertos Musicos de voz, y de instrumentos, que iban de casa en casa, y con canciones indecentes, y tonos provocativos introducian por los oidos la corrupcion en los espíritus de la gente moza; mandó con la mayor seriedad, que por ningun caso se permitiese semejante musica infernal, que hacia consonancia en el Infierno; y fuesen severísimamente castigados los que osasen contravenir á esta Ordenanza.

Habiendo dado tan ilustres pruebas de

su fervoroso zelo, quiso tambien hacer patente, con no inferiores demonstraciones, su piadosa benignidad. Acostumbraban loablemente los Emperadores poner en libertad algunos encarcelados el dia solemne de la Pasqua, celebrando asi la siempre felíz memoria de aquel dichoso dia, en que logró cumplida perfeccion el misterio de la libertad y redencion de todo el genero humano. Observó inviolablemente esta piadosa costumbre el Grande Constantino; imitaronle sus hijos en tan religioso exemplo; y Valentiniano el mozo dio fuerza de Lei á esta práctica arbitraria; pero la piedad de Teodosio aun pasó mas adelante; porque hizo publicar una Ordenanza, por la qual mandaba que se abriesen las prisiones, y se echasen de ellas á los delinqüentes, para que participando la santidad, y alegria de los sagrados misterios, en vez de quexas y gemidos, despidiesen al Cielo regocijados gritos de alabanzas, y accion de gracias, y en dia de tanto gozo, pudiese cada uno presentar á Dios sus oraciones, y votos, sin interrumpir el fervor con los afectos de compasion y tristeza.

Añadia con devota ternura estas palabras, dichas en otro tiempo por un

Em-

Emperador Idólatra, y que San Chrisóstomo juzgaba dignísimas de un Príncipe Christiano: Plugiera á Dios, que yo pudiese abrir los sepulcros, como puedo hacer patentes las prisiones; y restituir á la vida los difuntos, como se la doi á los vivos, perdonandoles francamente sus excesos.

Mas porque esta indulgencia no fuese ocasion de mas enormes delitos; los Emperadores exceptuaron algunas especies de ellos, como indignos de ser comprehendidos en semejante gracia, por su particular enormidad, y malas consegüencias.

Este zelo tan asiduo, y vigilante, con que atendia al regimen del Imperio, se halló repentinamente interrumpido por la anticipada muerte de la Princesa Pulcheria, hija suya, y de su especial cariño, cuya pérdida, aunque estaba aún en los primeros años de la infancia, lloró con particular dolor, y sentimiento. Mandó dedicar á su memoria magnificos funerales; y quiso que San Gregorio Niseno, que por contingencia se hallaba á la sazon en Constantinopla, pronunciase la Oracion fúnebre en las Exequias. Apenas comenzaba á consolarse de esta primera

desgracia, quando le sobrevino otra segunda, que casi le hizo inconsolable; porque murió tambien con un accidente repentino su muger la Emperatriz Flaccilla, en cierta poblacion desconocida de la Tracia, á donde habia ido para tomar unas aguas minerales.

Era esta Princesa Española de nacimiento, y de origen, como hija de la antigua, y noble casa de los Elianos, de donde el Emperador Adriano era tambien descendiente; pero ella supo hacerse mas ilustre por las virtudes, que por la sangre. Sus primeras, y casi unicas ocupaciones eran el recogimiento á la oracion, y el cuidado de los pobres. Visitabalos en los Hospitales, servialos por sus propias manos, y hacia gloria de abatirse hasta los mas viles empleos de la caridad Christiana. Tomaba á su cargo la asistencia de todos los enfermos que habia, asi en las Carceles, como en los Hospitales, y por asquerosas que fuesen sus enfermedades, no se desdeñaba de curarlas por sí misma. No pocas veces quisieron persuadirla, que habia otro linage de devocion mas conforme á la suprema Magestad de su caracter, y que no era necesario, ni aun decente, que se humillase

á tan despreciables oficios de piedad, y mas quando con igual merito, y sin tanto riesgo podia confiarlos á algunos de sus domesticos; pero respondia siempre constantemente; que ella dexaba á cargo de los Emperadores el cuidado de franquear con magnifica largueza sus tesoros; y de rendir á la Iglesia servicios de mucho ruido, y no inferior importancia, haciendo servir á la gloria de la Religion todo el aparato, y Magestad del Imperio; que por lo que á sí tocaba, ni apetecia mas gloria, ni podia aspirar á mas honor; que al de ofrecer á Dios aquellas leves atenciones, y cortos obsequios de sus manos; pareciendola que no podia mostrarle reconocimiento mas digno, que descender del trono á donde él mismo la habia sublimado, para servirle en la persona de sus pobres.

Esta humildad encendia mas el tierno amor, que el Emperador la profesaba, dandola mas dominio, y poder sobre el espíritu, y voluntad de este Príncipe. Flaccilla solo se aprovechaba de él para acordarle de quando en quando algunos avisos, y maximas importantes, hablandole con freqüencia de la Lei Santa de Dios, de que se hallaba perfectamente instruida, y pro-

curando inspirarle aquel ardiente zelo de la Religion, de que ella se sentia intimamente abrasada. Traíale á la memoria muchas veces lo que habia sido, para que no abusase de lo que era. Excitabale al reconocimiento, acordandole los inmensos beneficios con que le habia favorecido el Cielo; y manteniendole de esta manera en la piedad, que entre la faena de los negocios, y elevacion en que se hallaba, podia facilmente padecer alguna quiebra, tenia mas deseo de verle Santo, que lograba gozo, viendole dueño del mundo.

Aunque era mui advertida, logrando un entendimiento, y una razon despejada, nunca quiso saber en puntos de Religion mas que lo preciso para salvarse. Detestaba la impiedad de los Arrianos, casi tanto como la superstición de los Idólatras, y solia decir, que hallaba poca diferencia entre los que negaban la Divinidad á Jesu-Christo, que la tenia, y los que la concedian á unos troncos, de quienes aun lo sensitivo se dedignaba. Fundada en semejante máxima, jamás quiso tener el menor comercio con ellos, y supo evitar diferentes lazos que armaron no pocas veces á su curiosidad, no admitiendo otra regla de su Fé, que las decisiones del Concilio

de

de Nicea; y aun disuadió tambien al Emperador la resolucion en que estaba yá, que maliciosamente le habian inducido, de ir á oír á Eunomio, que predicaba en Calcedonia, Ciudad casi contigua á Constantinopla, y á quienes los Arrianos alababan por el mayor ingenio, y el Teologo mas eloqüente de su siglo. Por este medio embarazó que los Hereges corrompiesen con malas especies el corazon de este Príncipe, y que él con la honra de su asistencia no añadiese reputacion á su Orador, y autorizase al mismo tiempo sus funestas asambleas. Mortificó Teodosio aquella peligrosa curiosidad; y no contento con esto, despidió de Palacio algunos de sus domésticos, de quienes llegó á entender, que mantenian no sé qué ocultas conexiones con Eunomio.

Todas estas virtudes de la Emperatriz, hicieron mas inconsolable el sentimiento de su pérdida; luego que se esparció la noticia de su muerte, se llenó toda la Ciudad de gritos y de clamores; los pobres se anegaban en lágrimas; y el Pueblo corría en tropas al Lugar donde habia puesto glorioso fin á su vida. Mandó Teodosio trasladar su cadaver á Constantinopla, no hallando otro consuelo al sumo dolor, de que

que estaba penetrado, que el rendir á esta difunta Princesa quantos honores se le debian. Dexó dos hijos vivos, y halló en el Cielo otros dos, que habian volado á él poco tiempo despues de su nacimiento. Gregorio Niceno pronunció su elogio funebre, en presencia del Emperador; llamandola en él, la columna de la Iglesia, el tesoro de los pobres, y el asilo de los infelices.

Por este tiempo fue quando la Emperatriz Justina, irritada de antemano contra San Ambrosio, juzgó que podia dar á luz su sentimiento. La muerte de Graciano, la distancia de Teodosio, y la tregua concluida con Máximo, la dexaban desembarazadas las manos, y libre la atencion para aplicar á la venganza toda la extension de su poder. No podia olvidarse del Obispo de Sirmio, electo contra toda su voluntad; acordabase de la Iglesia que en Milán habia usurpado engañosamente á los Católicos, y que la habian obligado á restituirlos; miraba todo el Arrianismo reducido á sus Oficiales; y trayendo, en fin, á la memoria todas sus máquinas y artificios, desbaratados por San Ambrosio, resolvió eficazmente abatir á este Arzobispo, que con tanta entereza resistia á sus designios. De-

Determinó, pues, publicar un Edicto en nombre de su hijo el Emperador Valentiniano, por el qual permitia á los Arrianos el libre exercicio de su Secta, y mandaba se le restituyesen las Iglesias, de cuya posesion los habian injustamente privado; declarando, que serian tratados como sediciosos, perturbadores del reposo público, traidores á la Magestad Imperial, y como tales serian castigados con el último suplicio, qualesquiera que osasen contravenir, ó estorvar el debido efecto de esta Imperial Ordenanza. Llamó á Benevolo, Secretario de Estado, para que pusiese en forma este Decreto; pero él se negó constantemente á semejante comision, protestando, primero era su conciencia, su honra, y su pundonor.

Instó la Emperatriz, pidiendole una, y repetidas veces, que condescendiese con ella en este gusto, ofreciendo elevarle á los primeros empleos; pero este Caballero que se juzgaba mas concordado con el titulo de Católico, que con el de qualquiera otra dignidad aparente, la respondió con una generosidad, digna de su christiana nobleza: Yo, Señora, ni quiero, ni compro á tanta costa los empleos de vuestra Magestad; y desde luego hago de-

dexacion del que poseo, pretendiendo solo, que me dexen libre el uso de mi conciencia, y de mi Religion. Diciendo esto, arrojó á los pies de la Princesa el Cinto, que era insignia de su cargo, y se retiró á Bresa, donde vivió lo restante de sus dias en el exercicio de las virtudes christianas.

No fue dificil hallar otro Ministro de conciencia menos escrupulosa que le succediese, y tardó poco en firmarse, y disponerse el Decreto. En él no habia punto, cuya consecucion no fuese facil á los Arrianos, sino el que tocaba á las Iglesias, porque era forzoso obtener el consentimiento de un Arzobispo, resuelto con eficacia á no condescender con ellos en la menor pretension, que tuviese alguna disonancia. Para vencer este fuerte embarazo, hizo Justina consagrar Obispo á cierto Auxencio, Scitha de nacimiento, cuyos delitos no habia podido sufrir su misma Patria, y que siendo sugeto de prendas mui moderadas metia mucho ruido. Fue de parecer la Emperatriz, que éste provocase á San Ambrosio á una disputa pública en Palacio, esperando desacreditarle si se resistia, ó hacerle condenar si la aceptaba; teniendo para esto gana-

nados y corrompidos los que habian de ser árbitros de la diferencia, y en caso que estos le declarasen convencido, arrojarle con este pretexto de su Iglesia Catedral. Dióse orden al Tribuno Dalmacio, para que fuese á hacer esta proposicion al Arzobispo, previniendole el dia que el Emperador tenia destinado para la conferencia, y encargandole que concurriese en él con sus Jueces á Palacio.

Sorprehendióse al principio el Santo con semejante proposicion; pero recobrandose luego, y consultado el negocio con algunos Prelados, que á la sazon le acompañaban; escribió al Emperador, que la propuesta que en su nombre se le hacia, era contraria á los derechos de la Iglesia, al uso de los siglos, y á las Leyes del Grande Valentiniano su padre; qué no era puesto en razon admitir por Jueces de controversias, en puntos de Religion, á personas, ó Legas, ó Gentiles; que en estas materias debian los Emperadores someterse al juicio de los Obispos, y no los Obispos al de los Emperadores; que bien podia disponer de su vida, pero que nunca le obligaria á desacreditar la dignidad del Sacerdocio; que disputaria con Auxencio en un Concilio; trataria de la Re-

li-

ligion en una Iglesia, pero que no podia ir á Palacio para este efecto, ni reconocer por Juez, y árbitro de la Fé á un Emperador niño, y sin mas carácter en el Christianismo, que el de mero Catecúmeno. Concluyó suplicandole, que le perdonase esta santa libertad con que le hablaba, hija de su confianza, y mui propia del cargo que poseía, sin pretender por eso faltar al respeto y obediencia, que conocia serle mui debida; y protestaba que él mismo iria á darle la respuesta en persona, si no le detuviera el Pueblo y los Obispos, y si no se lo dictára tambien su propia conciencia, pareciendole, que en aquellas circunstancias, sería lo mismo alexarse de su Iglesia, que abandonarla enteramente.

Viendo Justina que no podia empeñar en una disputa á San Ambrosio, intentó apoderarse de su persona, y arrojarle de Milán. Ganó para esto con promesas, y dinero, á cierto mozo arrestado, que le esperó muchos dias junto á la Iglesia, teniendo prevenida una carroza para meterle en ella, y sacarle de la Ciudad á toda brida. Pero no logrando coyuntura favorable, y viniendose, en fin, á descubrir el intento, despechada yá la Emperatriz, se

de-

determinó á oprimir con declarada violencia, al que no podia perder con ocultos artificios.

Con esta resolucion expidió Decreto para que los Católicos desocupasen luego todas las Iglesias, y dió orden á Auxencio, para que tomando los Soldados que le pareciese, se abriese camino á la posesion con las armas, en caso que el Arzobispo, ó sus parciales, se negasen á darsela con alguna resistencia.

Esparcióse luego por la Ciudad la noticia del nuevo Decreto, y que en execucion de lo que mandaba, venía Auxencio á echarse sobre todas las Iglesias, y apoderarse de la persona de San Ambrosio. Llenóse de turbacion el Pueblo; corrió en tropas á hacerse fuerte en la Iglesia Catedral, donde tambien se habia retirado el Arzobispo. No se oian mas que gritos, sollozos, y protestas, de que primero los arrancarian el alma, que á su Prelado, por cuya defensa estaban resueltos á derramar toda la sangre gota á gota. Procuró San Ambrosio consolar aquel afligido Pueblo con su admirable constancia, animandole á una cierta confianza en la proteccion de Dios, confortandole con sus discursos, llenos de edificacion, y divirtiendo-

dole tambien en el cántico de los salmos, cuyo uso introduxo á imitacion de la Iglesia de Oriente.

Pasaronse algunos dias en esta positura de cosas, quando los Tribunos, viendo que nada se adelantaba, hicieron embestir la Iglesia por sus Soldados, requiriendo á San Ambrosio, que en conformidad del último Decreto, desocupase aquella Iglesia, y les entregase las demás, ofreciendole, como por gracia, la libertad de retirarse adonde mejor le pareciese con todos quantos quisieren hacerle compañía; pero protestando al mismo tiempo; que en caso de resistencia, irian sobre su cuenta los daños que resultasen. Respondió el Santo Prelado, sin perder un punto su christiana constancia; que bien podian oprimirle, pero que no serian capaces de amedrentarle; que si se tratára de sus rentas, y aun tambien de los fondos de la Iglesia, sería dable que no los hiciese tan constante oposicion; pero tratandose de la herencia de Jesu-Christo, estaba resuelto á poner la vida en su defensa; que á la verdad no tenia mas armas que los gemidos, las lágrimas, y la oracion; pero que si no pudiese vencer, á lo menos no le verian huir; que conocia bien hasta dónde podia

lle-

llegar el poder de un Emperador irritado; pero que tambien tenia presente hasta dónde debia llegar el sufrimiento, y constancia de un Obispo perseguido, que tenia obligacion á despreciar su propia vida; con tal que guardase á Dios la fidelidad que le tocaba.

Viendo esto algunos Ministros de los mas prudentes que tenia el Consejo del Emperador, tubieron la pretension por negocio desesperado, y fueron de sentir, que procurase desembarazarse de él, con algun ajuste decoroso, porque no quedase desairado el empeño de la Corte. El Gobernador de la Ciudad, á quien se dió el cargo de esta comision, fue el dia siguiente á buscar á San Ambrosio, y le dixo con modo, y expresiones mui atentas, que traía que hacerle unas proposiciones mui puestas en razon. Declaróle, como la Corte, en atencion á su mérito, le dexaba libre la Iglesia Catedrál, y se contentaba con la Basílica Porciana, que estaba en el Burgo de la Villa. Representóle, que pues el Emperador venia en ceder algo de su derecho, era justo, que por el bien de la paz, él tambien cediese algo del suyo. Aconsejóle como amigo, que diese á la Corte este gusto, y sobre todo, que no di-

dilatase la resolucion. Al oír esto, levantó el grito todo el Pueblo, y penetrando la mente de su Pastor, le respondió con unánime sentimiento: que no se hablase de convenio; que todas las Iglesias habian de quedar por los Católicos, en la misma conformidad en que antes les pertenecian. Conoció el Gobernador que era negocio desesperado, bolvió á dar cuenta á su amo del infelíz suceso de su negociacion.

Entonces fue quando rebentó de golpe el despique, el odio, y el corage de la Emperatriz. Mandó á todos los Oficiales de las Guardias, que marchasen con sus Compañias, y se hiciesen dueños de la Iglesia Porciana. Fueron los Soldados para executar el orden; y el Pueblo corrió á las armas, para hacer oposicion. Era la mañana del Domingo de Ramos; y San Ambrosio, despues de haber predicado, iba á comenzar la Misa, quando vinieron á darle cuenta de esta novedad. No dexó por eso de celebrar el Santo Sacrificio; y habiendo entendido, quando llegaba al Ofertorio, que un Clerigo Arriano habia caido en poder de los Ciudadanos, y corria riesgo de ser despedazado; despachó luego á sus Presbiteros, y Diaconos, para

que

que le salvasen la vida. Buelto despues á Dios, deshecho en lágrimas, pidió a su Magestad diese la paz á su Pueblo, ofreciendole muchas veces su vida por la salvacion de los que le perseguian.

Entre tanto, se hallaba toda la Ciudad en una lastimosa confusion. No se veía mas que Soldados, y vecinos armados; unos por el Príncipe, y otros por la Religion. Los Magistrados, para apaciguar el tumulto, llenaron las Carceles de un gran número de Oficiales mecánicos, y condenaron á rigorosos castigos á los que daban muestras de mas alborotados; pero este rigor, en vez de sosegar el alboroto, solo sirvió para encender la sedicion. Muchos Condes, Capitanes de las Guardias, y algunos Oficiales Godos, que estaban en el servicio del Emperador, fueron á pedir á San Ambrosio que contubiese al Pueblo, y procurase atajar aquel desorden; y pues el Emperador no le pedia mas que una Iglesia del Arrabal, parecia cosa fuerte querer embarazarle que mandase en su propio Imperio.

Respondióles el Santo Arzobispo, que el Emperador no tenia algun derecho sobre la Casa de Dios; que si se tratára de sus propios bienes, estaba pronto á entre-

garle los pocos que le restaban; però en orden á la Iglesia, en un Obispo seria delito el cederla, y en un Príncipe sacrilegio el usurparla; que en lo demás estaba tan lexos de promover la sedicion del Pueblo, que antes bien le detenia, y exortaba á no defenderse sino con la oracion, y las lágrimas; pero que una vez enfurecido, solo Dios podia apaciguarle. No tubieron que replicar aquellos Oficiales, y se retiraron mui edificados de su conducta. Pasó despues el Arzobispo á visitar una Iglesia, que se llamaba la Basílica antigua; y habiendo consolado á sus Parroquianos, se retiró á su casa sin querer admitir escolta, ni guardia alguna.

Entre tanto la Emperatriz, resolvió ir el dia siguiente con el Emperador á tomar por sí misma posesion de la Basílica antigua. Embió algunos Soldados para asegurarse de ella, y prevenir el dosél Imperial. Fueron á toda prisa á decir al Santo Prelado, que aquella Iglesia estaba perdida, y que se escuchaban yá los lamentables gritos de los que estaban dentro, é imploraban su asistencia, y que sería conveniente que fuese él mismo á oponerse á semejante usurpacion; pero él respondió, que Dios proveeria de remedio; y que él

no

no queria oponer la fuerza á la fuerza, ni hacer campo de batalla el Templo del Señor. Con todo eso resolvió servirse de las armas espirituales, y de la autoridad que le comunicaba su elevado ministerio.

Y con efecto, entrando en su Catedrál, donde le esperaba una multitud de Pueblo, excomulgó solemnemente á todos los Soldados que habian tenido la insolencia de apoderarse de las Iglesias. Llegando esto á noticia de los que tenian cercada la Catedrál, entraron en ella de dos en dos, protestando que no venian como enemigos, sino como hermanos, y que entraban á orar, y no á combatir. Recibiólos San Ambrosio benignamente, y comenzó su sermon sobre el libro de Job, que acababa de leerse.

En este tiempo los que se habian apoderado en la Basílica antigua, apenas entraron en ella, quando tocados de interior remordimiento, deputaron algunos de sus Oficiales al Emperador, para decirle, que habian executado sus ordenes; que le esperaban en la Iglesia para servir á su Magestad, segun su cargo, si es que comunicaba con los Católicos; pero que si se arrimaba al partido de los Arrianos, ellos no podrian menos de buscar á San Ambrosio,

segun el dictámen de sus conciencias. Este golpe no esperado, llenó de confusion á todo Palacio, y fue forzoso quitar el dosél, y desistir de la empresa.

Pero aún se halló el Emperador mas sorpreendido, quando los primeros Oficiales del Imperio, y los principales Señores de la Corte, fueron juntos á suplicarle humildemente, en nombre de todo el Exército, que se sirviese ir á la Iglesia en aquellos dias consagrados á la Pasion de Jesu-Christo, para que siendo el Pueblo testigo de su piedad, y de la pureza de su Fé, pudiese asegurarse de todos sus temores. Irritóse tanto con esta deputacion, que les respondió mui enfadado: En fin, yá acabo de conocer que no soi mas que un Emperador pintado, y que vosotros sois capaces de entregarme á vuestro Obispo, cada, y quando que á él se le antojáre. Con esta misma cólera despachó luego uno de sus Secretarios á San Ambrosio para que en su nombre le preguntase; si estaba resuelto á resistir obstinadamente á las ordenes de su Príncipe, ó si pretendia usurpar el Imperio como Tirano, para que en tal caso pudiese prepararse á la guerra contra él. Respondió el Santo con mucha cordura; que él habia defendido los dere-

chos

chos de la Iglesia, sin profanar el respeto debido al Emperador, cuyo poder veneraba con rendimiento, pero sin cobardia; que en lo demás preguntasen á Máximo, si Ambrosio era el Tirano de Valentiniano; y en fin, que nunca habian sido Tiranos los Obispos; pero que no pocas veces les habia sucedido sufrir las persecuciones de los Tiranos. Quiso meter la mano el Eunuco Caligonio, Camarero mayor del Emperador, y por lisongear á su amo, embió á decir al Arzobispo, que tratase de obedecer sin resistencia, si no queria que fuese él mismo á cortarle la cabeza á su propia casa; pero el Arzobispo le respondió con desprecio y entereza, que recibiria el golpe, sin estrañar la mano, y que ambos quedarian mui contentos; el uno padeciendo lo que los Obispos suelen padecer con la causa de Dios; y el otro executando lo que los Eunucos suelen executar por lisonja de los hombres.

Al fin, cesó la persecucion, quando parecia mas encendida. Valentiniano comenzó á conocer que abusaban de su autoridad. La Ciudad conmovida, la Corte indignada, el Exército resuelto á vivir en la comunion del Arzobispo, la visible proteccion del Cielo sobre los Católicos, las

malas consecuencias que podia tenér la pasion de Justina, si se obstinaban en seguirla; todas estas razones le obligaron á restituir las cosas á su antiguo estado, bolviendo á llamar á los Soldados que habian embestido á las Iglesias. Con esta felíz noticia de la paz, toda la Ciudad se llenó de gozo y alegria. Dexó el Pueblo las armas, y todos acudieron á la Iglesia, no yá para guardarla, sino para rendir en ella solemnes gracias al Cielo. Unos iban á besar los Altares que habian defendido; y otros entonaban Salmos, y cánticos de alabanzas. Dabanse unos á otros los parabienes de su constancia, y arrojandose á los pies de su Arzobispo, le consagraban una especie de religioso triunfo con sus aclamaciones, y los votos que hacian al Cielo por su salud. El Arzobíspo, penetrado de una alegria toda espiritual y modesta, restituía fielmente á Dios las alabanzas que le daban á él, y con sus exortaciones vivas y penetrantes, animaba al Pueblo á una vida digna de la Fé, que tan valerosamente habia defendido.

Solamente la Emperatriz se quedó endurecida, y se sirvió de los medios mas abominables y viles, para deshacerse del Santo, mostrando asi, hasta dónde puede

lle-

llegar la cólera de una muger poderosa, irritada, y zelosa de su autoridad, y Religion. Pero el miedo puso freno á su furor, y la necesidad de los negocios la obligó bien presto á recurrir á aquel mismo Prelado, á quien ella tan cruelmente habia perseguido.

Máximo, que al disimulo se estaba previniendo para arrojarse sobre Italia, y que solamente buscaba algun pretexto para cohonestar su irrupcion, escribió una Carta á Valentiniano, exortandole á vivir en la Religion Católica, y á poner fin á la persecucion que se hacia á San Ambrosio, y á los que defendian en Milán el partido de la verdad. Daba tambien á entender, que él mismo queria declararse Protector de este Arzobispo. Al mismo tiempo embió orden á los Embaxadores que tenia en la Corte de Constantinopla, para que se quexasen de la Emperatriz Justina, procurando interesar á la Corte en que él se acercase á Italia, como para mantener en ella la Religion.

Teodosio, que no podia sufrir las violencias de Justina, y por otra parte veía que Máximo, con este pretexto, iba á apoderarse de los Estados de Valentiniano, quiso él mismo abanzarse hasta los

Alpes, para mantener á unos, y á otros en su debér; pero se hallaba la Tracia amenazada de una nueva inundacion de Barbaros, y no se atrevió á alexarse. Los Grotungas, Pueblo feroz, y reboltoso, habian salido del fondo de la Scithia, resueltos á entrar de grado, ó por fuerza, en las tierras del Imperio. Eran muchos en número, todos armados, y bien aguerridos.

Alatéo, y Safrax, Capitanes de su nacion, que se hallaron en la rota de Valente, los habian empeñado en esta empresa; y su Rei Odetéo los conducia á ella, como á una conquista facil, y sin riesgo. Dieronlos paso franco en algunos Lugares, y en otros se le abrieron ellos mismos con las armas. Despues de haber forzado todo aquello en que hallaron resistencia, y haber amontonado quanta gente quiso arrimarse á sus Vanderas, llegaron á las riberas del Danubio, y pidieron licencia para pasar libremente. Por mas protestas que hicieron de que venian de paz, no pudieron conseguir lo que intentaban, porque estaba aún mui reciente el exemplo de los Godos, y Teodosio no tenia la misma facilidad que Valente.

Viendose rechazados de esta suerte, resol-

solvieron abrirse el paso á pesar de los Romanos. En pocos dias fabricaron tres mil barcas, y tentaron el camino por diferentes Lugares. Promoto, que comandaba el Exército de Tracia, y que habia estendido su Campo por todo lo largo del rio, los rechazó en todas partes con gran pérdida de los suyos. Pero como tenia orden de no arriesgar mucho las Tropas, y fuera de eso, recelaba las sorpresas, ó los esfuerzos de aquella muchedumbre, juntó el arte á la fuerza. Tenia en su Exército algunos Soldados de fidelidad experimentada, que sabian con perfeccion la lengua de aquellos Bárbaros, y los embió á su Campo, para descubrir, y avisarle de sus designios. Estos, fingiendo ser desertores, y mal contentos, pidieron los llevasen á la presencia del Rei, y de los principales Cabos, ofreciendose á entregarlos el Exército, y General de los Romanos; pero pedian recompensas tan excesivas, que los Bárbaros confesaban, que no tenian con que pagar tan importante servicio. Despues de muchas propuestas de una, y otra parte, se convino, en fin, en una considerable suma de dinero, cuya mitad se pagó desde luego, y la paga de otra mitad se aseguró para el dia despues de la execucion.

Ci-

Citóse la hora del embarco, convinóse en la contraseña, determinóse el lugar del pasage, y se previnieron todas las cosas para la noche del dia siguiente.

Resolvióse que las mejores Tropas pasasen luego á embestir á los Romanos, los quales se suponia habian de estár dormidos; que éstas serian escoltadas por lo restante del Exército, tras del qual pasarian despues sin dificultad, y sin riesgo las mugeres, y niños en las barcas, que para este fin se habian prevenido. Promoto, advertido del designio de los Grotungas, y del orden que habian de observar, proveyó á todo de su parte. Hizo amarrar de tres en tres los mas ligeros de sus Navíos, y estendiendolos á lo largo del rio, por espacio de veinte estadios, formó de ellos una como especie de cadena, para embarazar el desembarco. Destinó los mas gruesos para defender el rio, y arrojarse con ímpetu sobre los enemigos al tiempo de su transito. Dispusieronse las Tropas conforme á estos designios. Negaba la Luna sus débiles resplandores, y la noche, con gran contento de los dos partidos, estaba mui tenebrosa. Embarcóse Odetéo sin hacer ruido con lo mas escogido de su gente, no creyendo que podia ser descubier-

biertos pero apenas llegaron á tiro de flecha, midiendo la situacion desde la orilla, quando fueron cargados por las Tropas Romanas, que guardaban la rivera. Conocieron entonces que los habian engañado; y sorprehendidos del miedo, y del asombro, se detuvieron inmobles, sin atreverse á pasar adelante, y no pudiendo bolver atrás.

Viendolos en este desorden los Romanos, que ocupaban las naves de mayor buque entregandose al ímpetu de la corriente, y vogando tambien á todo remo, se precipitaron á cogerlos en flanco, y los acometieron tan valerosamente, que echandolos unos sobre otros con sus propias barcas, anegaron á la mayor parte de ellos. Los que se escapaban, ó salian libres de este peligro, iban á dar contra la cadena de los Navíos, y fueron todos destrozados, ó hechos prisioneros. Vencidos los mas valientes, no fue dificil derrotar á los menos animosos; especialmente estando yá acobardados con la muerte de su Rei, y de los otros compañeros, y cogiendolos aun en la confusion del embarco. Rendiase á discrecion; pero ciegos los Soldados con el calor y el corage, querian pasarlos todos á cuchillo. Embara-

razólo Promoto, haciendo cesar la matanza, y mandando tambien que no se saquease el campo, para que el Emperador, á quien se esperaba presto en el Exército, fuese por sí mismo testigo de esta victoria, y conociese su importancia por la cantidad del butin, y por el número de los muertos, y de los prisioneros.

Nunca vió el mundo batalla Naval mas funesta para los enemigos del Imperio. Estaba el rio como anegado en los despojos y fragmentos de tantas barcas despedazadas y rotas. Veíanse montes de cuerpos Bárbaros, que el impulso de las olas habia arrojado á esta, y aquella orilla. Aun las mismas armas, sin embargo de su grande pesadez, ó nadaban, ó se descollaban sobre las aguas. Llegó Teodosio mui á tiempo para lograr mucha parte de este espectáculo. Hizo luego dar libertad á todos los prisioneros, que hallandose sin Cabo, y sin esperanza de bolver á su País, se le entregaron voluntariamente, y le sirvieron despues en todas sus guerras. Mandó distribuir el butin entre los Soldados; y despues de haber alabado la prudencia, y el valor de Promoto, le confió el designio en que estaba de declarar la guerra á Máximo, y le confirió el baston del Exército.

De

De los Grotungas, que habian tomado partido en sus Tropas, escogió á los que parecian mas valientes, y eran de mejor disposicion. Y para empeñarlos mas constantemente en su servicio, los consignó duplicado sueldo, honró á cada uno con la insignia de un collar de oro, y les señaló Quarteles en la menor Scitia, cerca de la Ciudad de Tomes; pero como estaban acostumbrados á vivir sin disciplina, corrian licenciosamente la campaña, y aun incomodaban no pocas veces á la misma Ciudad. Geroncio, que era Gobernador de aquella Plaza, les prohibió severamente la entrada, y aun los amenazó que saldria con toda la Guarnicion á hacerlos piezas, si no trataban de componerse; pero ellos miraron con desprecio sus amenazas. El Gobernador, hombre de genio pronto, y nada paciente, juntó á los Oficiales, y Soldados de mas nombre, y los comunicó la resolucion en que estaba de ir á poner freno al orgullo de aquellos Estrangeros; pero todos se resistieron á seguirle; unos por prudencia, y otros por cobardia.

Viendose abandonado de esta suerte, tomó las armas, montó á caballo, y seguido de algunos domésticos y parciales

su-

suyos, fue á desafiar á aquella muchedumbre. Los Bárbaros hicieron burla de su temeridad, y se contentaron con alargar contra él algunos hombres. Arremetió Geroncio con la espada en la mano al primero que se le puso delante. Encendióse entre los dos una obstinada refriega; y habiendose tirado mutuamente algunos golpes inutiles, llegaron á las manos. Viendo esto un Soldado Romano, y queriendo librar de aquel peligro, á su Capitan, corrió contra él Grotunda, y descargó sobre él un golpe tan descomunal, que echandole á tierra toda la espalda, le hizo caer precipitado del caballo. Quedaron los Bárbaros asombrados del golpe y de la fuerza. Geroncio por su parte, viendose desembarazado del uno, embistió contra los otros, y los de su comitiva peleaban con igual valor y rabia. Pero sin embargo de su esfuerzo, no hubieran podido hacer larga resistencia á tanta muchedumbre, y saldria bien castigado su injusto atrevimiento si algunos Oficiales de la Guarnicion, que desde las murallas de la Ciudad, miraban el riesgo en que se hallaba su Comandante, no hubieran corrido á socorrerle.

Estos, animando á los otros con su exem-

exemplo, no miraban ya en el empeño del Gobernador la intrepidez, y la pasion de un particular, sino la gloria del nombre Romano; y el interés comun de su nacion. Salieron, pues, vecinos, y Soldados todos juntos y cargaron tan valerosamente sobre aquellos Barbaros, que en poco tiempo los derrotaron á todos, salvo un corto número que se refugió al abrigo de una Iglesia.

Quedó Geroncio mui ufano, creyendo que en aquel dia habia dado libertad, y reposo á toda la Scitia, y quanto antes procuró dar cuenta al Emperador de aquella gloriosa accion, que en su modo de entender pasaba por una importante victoria, de que esperaba aplausos, y recompensas; pero le engañó su pensamiento, porque Teodosio se irritó sobre manera. Consideraba, que además de la pérdida de tantos valerosos Soldados, á quienes habia ganado con sus beneficios, y caricias, se podia temer que los otros Barbaros que estaban á su sueldo, abandonasen el servicio del Imperio, ó resolviesen vengar la muerte de sus compañeros en la primera ocasion.

Estaba para emprehender una guerra de la mayor importancia, y era mui arries-

riesgado el debilitar las fuerzas del Exército Imperial, enagenando los ánimos de los Aliados. Por estas razones se dió orden á Geroncio, para que viniese á la Corte á dar cuenta de su conducta. Alegó éste, que los Grotungas vivian sin orden en la Scitia; que despues de arrasada la campaña, habian intentado hacerse dueños de la Ciudad; que los amenazó varias veces, y siempre sin escarmiento; y que se habia visto precisado á tratarlos como enemigos, y rebeldes; pero le acusaban con todo eso, no solo de haber acometido sin orden del Emperador á unas Tropas, sobre las quales no se le habia dado autoridad, sino tambien de haberse aprovechado de sus despojos, y sobre todo, de los presentes con que el Emperador las habia acariciado.

Por esta acusacion le mandó prender Teodosio, y ordenó que se exâminase rigorosamente su Proceso; y aunque Geroncio justificó bastantemente su proceder, y era razon disimular algo con un hombre de valor, y capáz de los primeros empleos de la Milicia, no por eso dexaron de tenerle mucho tiempo aprisionado, y aun de amenazarle con el ultimo suplicio, asi por enseñar moderacion á los

de-

demás Gobernadores, como tambien para dar alguna satisfaccion á los Bárbaros, que se habian quexado de la intrepidéz de este Oficial.

Parecióle á Teodosio, que ya tenia bien asegurado el Imperio contra los insultos de Máxîmo. Con todo eso, para quitarle tambien el pretexto de Religion, de que se valia, le despachó varios correos asegurandole, que no estaba menos ofendido que él de la injusta persecucion que Valentiniano hacia al Arzobispo, y demás Católicos de Milán; pero que empeñaria toda su autoridad con aquel Emperador niño, y poco experimentado, para reducirle, y asegurarle en la Fé de sus mayores; y que esperaba no quedaria desairado. Escribió tambien á la Emperatriz Justina, representandola el peligro á que exponia los Estados de su hijo, si continuaba en turbar el reposo de la Iglesia. Deciala, que considerase, que aunque los intentos de Máxîmo eran malos, pero que el pretexto con que los cubria no podia ser mas justo; y que seria dificil defenderse de él en una guerra, que los Pueblos creían no emprender sino por amparar la Religion. Estas advertencias sin duda hubieran producido todo el fruto

que esperaba, y pretendia Teodosio; peró ya llegaron tarde, y las cosas habian mudado de semblante.

Porque á este tiempo se recibió la noticia de que Máxîmo hacia grandes prevenciones de guerra, y estaba ya para pasar á Italia por los Alpes; Justina, y el Emperador su hijo, pusieron los ojos en San Ambrosio, y le suplicaron, que olvidandose de lo pasado, tomase á su cargo otra segunda Embaxada, para detener al Tirano. El felíz suceso de la primera los daba esperanzas de que no sería menos felíz el de la segunda. Era el designio descubrir los intentos de este Príncipe, apartarle de la empresa, renovar la tregua, ó hacer, en caso de necesidad, nuevo tratado de paz, para divertirle, y dar tiempo á Valentiniano para prevenirse á la defensa, y á Teodosio para llegar con el socorro; pero el pretexto de la Embaxada fue pedir el cuerpo de Graciano, para darle sepultura con los debidos honores.

El Arzobispo, prefiriendo el interés público, y el servicio del Emperador á su propio sosiego, sin considerar ni las injurias que le habian hecho, ni las que podia recibir de Máxîmo, que no tenia buenas especies de él, llegó en pocos dias

á

á Treveris. El dia inmediato á su arrivo, pasó á Palacio, y pidió audiencia. Un Eunuco, Camarero mayor del Emperador, salió á preguntarle si traía las cartas de creencia, y á decirle, que no se le podia oír sino en Consejo pleno. Replicó el Santo, que no era estilo oír de aquella manera á los Prelados; que tenia negocios mui particulares, é importantes, los quales no podian tratarse sino con el mismo Emperador, y que para ese fin pedia audiencia secreta. Bolvió á entrar el Eunuco con esta respuesta, y ahora se la dixese al Emperador, ahora respondiese él adivinando su animo, salió poco despues diciendo lo mismo que antes.

Con esto se vió el Arzobispo precisado á retirarse. Bolvió el dia siguiente, y fue introducido en el Consejo. Apenas entró, quando Máxîmo, levantandose del trono, se inclinó ácia él, para darle ósculo de paz. Detuvose aqui el Santo; haciendole señas de todas partes los Ministros para que se acercase, y aun el mismo Emperador le convidaba; pero él respondió: que no podia creer quisiese dar ósculo de paz á un hombre á quien el dia antecedente habia negado una audiencia particular, no queriendole admitir con-

forme al puesto que ocupaba en la Iglesia, y segun la dignidad, y representacion del Principe, en cuyo nombre venia. Escusóse el Emperador, dandole muchas quexas, y trayendole á la memoria su primera Embaxada, y las artificiosas palabras con que entonces le embarazó pasar á Italia; pero el Santo Prelado le respondió generosamente; que cuidando él de los intereses de un Principe Pupilo, estaba tan lexos de avergonzarse de su primera Embaxada, que antes bien se gloriaba de ella, mirandola como accion mui digna de un Obispo; que en lo demás él á nadie habia cerrado la entrada de los Alpes; pues no habia opuesto, ni Exercitos, ni Trincheras, ni Castillos, ni falsas promesas. Despues de haber justificado su conducta, pasó á justificar la de Valentiniano, quien por no dar zelos á Máxîmo, despidió de sus Tropas á los Hunos, y á los Alanos; y no solo recibió siempre con honra á sus Embaxadores, sino que le restituyó fielmente á su hermano, pudiendo haberle hecho matar con justa causa. En fin, le declaró su comision, y le pidió de parte de su amo la Confirmacion de los ultimos Tratados, y el cuerpo del Emperador Graciano, cuya muerte debió sin duda

de haberse hecho por su orden, lo que se convencia de la poca piedad con que le negaba aun el triste honor de la sepultura. Máxîmo, apretado de los remordimientos de su conciencia, y de las eficaces razones del Arzobispo, no tubo que responderle, sino que trataria de buena gana con Valentiniano, y le remitió á otra Audiencia. Algunos dias despues, habiendo entendido que reusaba comunicar con él, y con los Prelados de su Corte, se valió de este pretexto para mandarle salir de sus Estados.

San Ambrosio despachó luegò un Correo á Valentiniano, dandole cuenta del mal suceso de su Embaxada, y advirtiendole que no se fiase de las engañosas palabras del Tirano, el qual encubria con apariencias de paz el designio que tenia de hacerle la guerra. Valentiniano, Principe falto de experiencia, hizo juicio de la Embaxada por el suceso; y embió á Domnino, uno de sus principales Ministros, para que renovase la negociacion, y remediase con su destreza lo que creía que el Arzobispo habia echado á perder por su indiscreto zelo, ó por su poca habilidad. Recibió Máxîmo á este nuevo Embaxador cou todas las honras posibles,

aceptó todas sus proposiciones, y aun le persuadió con destreza, que le llevase á Valentiniano algunas de sus Tropas, para asistirle contra los Barbaros, que inquietaban la Panonia. Desvanecido este Ministro con los honores que habia recibido, y con el servicio que creía haber hecho á su amo, tomó la buelta de los Alpes, conduciendo, como en triunfo, la mitad de un Exército enemigo, con el nombre de Tropas auxiliares.

Máxîmo le siguió tan de cerca, que entró en Italia casi al mismo tiempo que él, con todo su Exército, y marchó derechamente á Aquileya, donde pensaba sorpreender á Valentiniano. Fue tan grande la consternacion, que apenas se halló quien osase resistirle. Valentiniano, viendo venir enemigo al que esperaba aliado, solo pensó en la seguridad de su persona. Retiróse ácia el mar Adriatico, donde se embarcó con la Emperatriz su madre, y siguió el rumbo de Tesalónica para implorar el socorro de Teodosio. Irritado Máxîmo de que se le hubiese escapado la persona del Emperador, se derramó como un impetuoso torrente, arruinando enteramente á Plasencia, Modena, Regio, y Bolonia, y asolando todos los Lugares

que

que encontraba en el camino. No hubo especie de crueldad, pillage, violencia, infamia, ó sacrilegio que no executasen sus Tropas. Unos eran pasados á cuchillo, y los que perdonaba el acero, gemian despues en una dura servidumbre á las violencias del hierro. Solamente la Ciudad de Milán se preservó exenta de las calamidades públicas; y no obstante el cruel odio que profesaba el Tirano al Arzobispo, le dexó predicar en paz la penitencia á su Pueblo. Tanta verdad es, que la virtud se dexa respetar aun de los mismos Tiranos.

Viendo Máxîmo, que todo cedía á su fortuna, se reportó un poco, y mandó á los Oficiales del Egército, que hiciesen vivir las Tropas con orden, y disciplina, para ganarse el amor de aquellos Pueblos. Despues de esto, la primera cosa que hizo, fue embiar sus Embaxadores á Constantinopla, para prevenir á Teodosio, y representarle, que no habia entrado en Italia para usurpar el Imperio, sino para defender la Religion Católica, que se intentaba oprimir. Lo mismo escribió al Papa Sirico, añadiendo, que su ánimo, y voluntad era, que se conservase la pureza de la Fé, sin permitir alguna heregía. Para

ra ganar á los Gentiles, restituyó los Sacrificios que Graciano habia desterrado, y los permitió reedificar en el Campidolio el Altar de la Victoria. Tambien acarició á los Judios, mandando restaurar en Roma sus Sinagogas. Asi acomodaba su conciencia este usurpador político á la ambicion, y al interés.

Entre tanto Valentiniano, despues de muchos riesgos que corrió en el mar, llegó á las Costas de Oriente. Desde alli despachó uno de sus domesticos á Teodosio, para darle cuenta de su fuga, y de la irrupcion de Máxîmo, y suplicarle quisiese admitir en su proteccion á un Principe errante, y fugitivo, que tenia la honra de ser su Colega, amigo, y aliado. Condolióse mucho Teodosio del infelíz estado á que se hallaba reducido aquel pobre, y mal aconsejado Principe, y dió prontamente las ordenes necesarias para la guerra. Poco despues partió con una parte de su Corte, y se adelantó hasta Tesalónica, donde halló á aquel triste Emperador, con la Princesa Galla, que la Emperatriz Justina habia traído consigo. Trató á aquella afligida familia con todo el agasajo, y toda la ternura que le merecia la Augusta Casa de Valentiniano el Grande.

Des-

Despues de haberlos consolado á todos, se bolvió ácia aquel Principe Joven, y tratandole como padre, y como Emperador piadoso, le habló en esta substancia: Hijo mio, si quieres que la fortuna, ó la Providencia, deponga el ceño, y te buelva á mirar con buen semblante, es preciso atajar la causa, y cortar de raíz los motivos de su enojo. La injusta guerra que tú hiciste á Jesu-Christo, atrajo sobre tí la guerra que te hace Máxîmo; si Dios, y la Religion no militan debaxo de tus Vanderas, todas las fuerzas del Imperio solo servirán para hacer mas ruidosa, y aun mas infame tu pérdida; mas se ha de confiar en la justicia de la causa, que en el número, y valor de los Soldados; acuerdate del Gran Valentiniano tu difunto padre, cuyos Estandartes siguió siempre la victoria, porque jamás supo apartarse de las vanderas de la verdadera Fé; al contrario tu infelíz tio Valente, despues de haber defendido el error, desterrado los Obispos, y martirizado á los Santos, fue roto; y quemado vivo, soplando el fuego, no tanto los enemigos, quanto su misma impiedad; reconciliate con Dios, buelve á la Fé, que tan afrentosamente has abandonado, si quieres que mis so-

socorros tengan todo el felíz suceso que podemos esperar.

Dióse por entendido á esta advertencia el ánimo de aquel mozo Emperador, ya de antemano movido con su desgracia; y de alli adelante perseveró inviolablemente unido á la creencia de la verdadera Iglesia. Justina, á la qual principalmente se enderezaba aquel aviso, disimuló su disgusto, y dando muestras de renunciar la Heregia, animaba á Teodosio con lagrimas, y con ruegos á la empresa de la guerra. Resolvióse en fin á ella el Emperador; y para darla una prenda mas segura de su constante proteccion, poco tiempo despues se desposó con la Princesa Galla su hija.

Determinado, pues, á salir á campaña con un poderoso Exército al abrir la Primavera, se vió precisado á imponer un nuevo tributo para los forzosos gastos de la guerra. Esta carga inquietó mucho á los Pueblos, ó porque les pareció excesiva, ó porque los Ministros á quienes se dió la comision de cobrarla, usaban, como suelen, de extorsiones, y demasiado rigor. Comenzaron á murmurar algunas Poblaciones; pero Antioquia pasó bien presto del murmurio á la sedicion. Des-

pre-

preciaron los vecinos las ordenes del Emperador; y echando á tierra sus estatuas, y las de su primera muger la Emperatriz Fraccilla, las arrastraron ignominiosamente por todas las calles de la Ciudad. Acompañaron esta villana accion, con quantas palabras sediciosas, y satiricas puede inspirar el furor. Refieren algunos Historiadores, que la noche antes se dexó vér sobre la Ciudad un Spectro, ó Fantasma de aspecto horrible, y espantoso, que azotando el aire con un látigo cruel, parecia excitar los animos á la sedicion.

Luego que llegó esta novedad á los oídos de Teodosio, fue su irritacion tanto mas grande, quanto la causa era mas justa. Además de su natural vivo, y puntoso, la ingratitud de un Pueblo, á quien siempre habia favorecido, y las malas conseqüencias que podia tener este exemplo al principio de una guerra, le encendian mucho mas; pero lo que le tocó mas en lo vivo fue la injuria hecha á la buena memoria de la Emperatriz Flaccilla, á quien tiernamente habia amado, muerta dos años antes con fama de santidad, y cuyo nombre le era siempre de especial veneracion.

Pa-

Para vengar, pues tamañana afrenta resolvió al punto confiscar los bienes de los vecinos de Antioquia, quemar todas las casas con sus habitadores, demoler hasta los fundamentos; transportar á otra parte los fragmentos de las mas menudas piedras: y hacer despues que pasasen muchos carros por aquel sitio, para que no quedase á la posteridad ni aun el mas leve vestigio de aquella Ciudad Imperial, que era entonces la cabeza de todo el Oriente. A la verdad, aunque era puesto en razon no dexar sin escarmiento la insolencia de aquel Pueblo; pero habia algun exceso en la cólera de este Príncipe, que pretendia embolver en una misma sentencia á los inocentes, y á los culpados. Asi, pues, no se llegó á tanto extremo. Contentóse con embiar á Antióquiá dos Comisarios, es á saber, Elebéco General de sus Exercitos, y Cesario Prefecto del Pretorio, para descubrir los autores y complices de la sedicion, y hacer en ellos un exemplar castigo.

Hallabase ya la Ciudad en una gran confusion, sosegada la primera furia del tumulto, habia sucedido en su lugar la desesperacion, el temor, y el remordimiento. Muchos vecinos avergonzados de

su

su mismo delito, y temerosos de las amenazas del Emperador, abandonaban sus casas, que les parecia estar ya entregadas al fuego, y al pillage. Los que quedaban, teniendo siempre á la vista la imagen de la muerte, esperaban por instantes la hora del suplicio. No tenian mas refugio que la Iglesia, ni otro consuelo, que las eloqüentes exôrtaciones de San Juan Chrisostomo, ni mas esperanza, que la que les daba Flaviano su Arzobispo; el qual les ofreció ir á Constantinopla, echarse á los pies del Emperador, é interceder por ellos vivamente.

En este estado se hallaban las cosas, quando llegaron los Comisarios. Empezaron prohibiendo á todos los vecinos el Circo, y el Teatro, vedandoles tambien los Baños Públicos. Privaron á la Ciudad del titulo de Metropoli de la Siria, y del Oriente, que traspasaron á Laodicéa; comenzando á castigar asi aquel Pueblo tan dado á los espectáculos, y tan zeloso de su gloria, por la privacion de sus diversiones, y privilegios. Hicieron despues una exâcta pesquisa de los sediciosos, y llenaron las carceles de los que eran delinqüentes, y aun tambien de los que solo se sospechaban culpados. Confiscaron

los

los bienes de muchas personas de calidad, que habian excitado, ó favorecido la sedicion. Todos estaban temiendo, unos á sus parientes, y otros á sí mismos, y aun los propios Jueces no podian mirar sin compasion tan grande calamidad. Con todo eso no podian menos de executar las ordenes Imperiales; manteniendo mucha Guardia de Soldados, asi en el Palacio, como en las Carceles, porque la desesperacion no bolviese á encender el alboroto.

Entonces fue quando los Solitarios, que habitaban en los contornos de Antioquia desampararon sus grutas, y baxaron de los montes para consolar áquel afligido Pueblo. Animaban á unos al desprecio de la vida, y desasimiento del mundo; consolaban á otros con la proteccion de Dios, y la clemencia del Príncipe; y protestaban á todos que habian venido, ó para conseguirlos el perdon, ó para morir con ellos. Pasaban los dias enteros á las puertas de Palacio, implorando la piedad de los Jueces, y dormian por las noches á la entrada de las Carceles, diciendo que estaban prontos á dar su vida y libertad por conseguir la de sus hermanos. Ya se arrojaban con humil-

mildad á los pies de los Magistrados, y ya tambien los hablaban de parte de Dios con autoridad, y grande resolucion.

Uno de ellos llamado Macedonio, hombre sencillo, y sin experiencia del mundo, pero de piedad mui eminente, encontrando á dos de los Jueces en medio de la Ciudad, los mandó que desmontasen del Caballo. Ellos, que no veían, ni en el trage, ni en la persona seña alguna, que pudiese darle aquella autoridad, hicieron burla de él, despreciandole como á insensato; pero informados despues de su santidad por alguno de los que estaban presentes, se apearon del caballo, abrazaronle con respeto, y le pidieron perdon. Entonces aquel venerable Anciano, lleno de una sabiduría del Cielo, levantando la voz les dixo: Id, amigos mios al Emperador, y dadle de mi parte este recado. Vos sois Emperador, mas sin dexar de ser hombre. Mandais sobre los hombres, que son imagenes de Dios. Temed pues, la cólera del Original, si despedazais el Retrato. Vos os dais por ofendido de que se arrastren vuestras Imagenes. ¿Y juzgareis que no se dará Dios por irritado, si destrozais á las suyas? Las vuestras son insensibles, las suyas vivas, y

racionales. Las vuestras, que son de bronce, pueden repararse con la misma facilidad que destruirse; ¿pero si una vez destruís á las de carne; cómo las repararéis? Por ventura, sois vos capáz de bolver á la vida al que una vez hubieses mandado dar la muerte? Estas palabras, animadas de zelo, y de caridad, hicieron impresion en el animo de aquellos Ministros; y aun tocaron de tal manera el piadoso corazon del Emperador quando se las refirieron, que en lugar de las amenazas que habia hecho á los vecinos de Antioquia comenzó á justificar su conducta; descubriendo la causa de su cólera, dixo: Si yo cometí alguna injusticia contra mis Pueblos, no era razon que pagase la pena una Princesa, cuya virtud es acreedora á la mayor veneracion, y respeto. Los que se sentian agraviados de mi proceder, contra mí, y no contra mi santa muger debian armar su cólera.

No tuvieron menos valor los otros Solitarios. Fueron en busca de los Magistrados, y los suplicaron que pronunciasen una sentencia favorable, y absolviesen benignamente á los culpados. Pero como no pudiesen sacarles mas respuesta, sino que no estaba en su mano

aquel

aquel negocio, pues no era razon dexar sin castigo un delito tan enorme; y que no podian menos de arreglarse á las leyes del derecho, y de la justicia; empezaron á clamar: Nosotros tenemos un Príncipe temeroso de Dios, fiel, y piadoso.

No mancheis las espadas en la sangre infelíz de sus Vasallos. Grande ha sido sin duda la insolencia de este Pueblo; pero aun es mucho mayor la clemencia de Teodosio. En fin, estando ya para pronunciarse la sentencia de muerte contra los delinqüentes, entraron en Palacio, arrojaronse á los pies de los Jueces, pidieronlos que suspendiesen, á lo menos por algun tiempo la sentencia, y que esperasen nuevas ordenes de la Corte; que ellos se ofrecian á buscar al Emperador, y aplacar su justo enojo con sus lagrimas y ruegos. Finalmente, instaron tanto, y con tales demostraciones, que obtubieron lo que pretendian.

Los Comisarios de Teodosio, pagados de los generosos sentimientos de aquellos Solitarios, les pidieron que pusiesen por escrito sus representaciones, ofreciendose ellos mismos á llevarlas al Emperador, y asi lo executaron pocos dias despues.

pues. Viendo el negocio en tal estado, aquellos hombres admirables, dieron prontamente la buelta á sus grutas, y á sus Celdas, y la misma caridad que los obligó á salir, los bolvió á encerrar en ellas.

En este tiempo llegó á Constantinopla Flaviano, Arzobispo de aquel afligido Pueblo, de donde partió al principio de la Quaresma, sin detenerle ni la estacion rigorosa del tiempo, ni las precisas descomodidades del camino, ni su propia ancianidad. Pasó luego á Palacio, donde estaba el Principe, y al ponerse en su presencia se detubo en alguna distancia, como que le embargaba los pasos el respeto, el miedo, la vergüenza, y el dolor. Paróse alli sin articular palabra, fixos los ojos en el suelo, cubierto el semblante de tristeza y confusion, como si él fuera el culpado, y viniese á pedir perdon de su delito.

Añaden algunos que tenia prevenidos los niños de Coro de la Capilla Imperial, y que los hizo cantar ciertas canciones lúgubres, de que usaba la Iglesia Antioquena en sus Rogativas, para explicar su afliccion; y que enternecido el Príncipe con aquellos ecos lánguidos, y tristes, empezó á derramar tan copiosas, y abundan-

tes

tès lagrimas, que llenó con ellas una copa, que por casualidad tenia en la mano, pero fuera de ser poco verosimil semejante circunstancia: Nosotros creerémos, que á San Chrisostomo, á cuya diligencia debemos las particularidades de esta Historia, no se le esconderia una especialidad tan señalada, y que informado de ella, no omitiria el ingerirla en su relacion.

Sea de esto lo que fuere, el Arzobispo con estas exterioridades disponia insensiblemente el ánimo de Teodosio, y procuraba convencerle con los suspiros, antes de emprehender persuadirle con las razones. Mandóle el Emperador, que se acercase, y hablandole con cariño, y moderacion, le manifestó quán sentido estaba de los vecinos de Antioquia. Yo (dixo) he preferido su Ciudad á todas las del Imperio; y despues de las gracias, honras, y privilegios con que la he favorecido, ciertamente no esperaba que correspondiese á mi amor con tan duro tratamiento. No sé que haya cometido contra ella alguna vexacion, ó injusticia; pero si acaso, sin noticia de mi advertencia, he ofendido en algo á sus vecinos, podian emplear contra mí solo sus iras, sin estender el furor hasta la memoria de di-

suntos inocentes, como si fuera poca deslealtad hacer la sedicion injusta sino pasaba á ser impía. Detubose aquí, estorvandole el dolor proseguir mas adelante; y el Arzobispo, despues de componer el rostro, y enjugar el llanto, rompió, en fin, el silencio.

Dió principio á su discurso por una confesion sincéra del delito que habian cometido los de Antioquia, confesando ingenuamente, que no habia castigo correspondiente á tanto exceso. Y despues de haber exagerado la ingratitud de los Antioquenos, contraponiendola á la gran bondad, y beneficencia del Emperador, le representó, que quanto mayor era la culpa, tanto sería mas gloriosa, y mas apreciable la gracia. Traxole á la memoria el exemplo del Grande Constantino, que instandole sus Cortesanos vengáse el atrevimiento de ciertos sediciosos, que habian desfigurado á pedradas una de sus Estatuas; él, pasando la mano por el rostro, les respondió sonriendose, que no le sentia, ni herido, ni maltratado. Pusole delante de los ojos su propia clemencia, y aun le hizo acordar de una de sus leyes, por la qual, despues de mandar se abran las Carceles, y se dé libertad á los de-

delinqüentes en el tiempo solemne de las Pasquas, añade estas palabras, dignas de eterna memoria: Pluguiese á Dios, que yo pudiera resucitar á los muertos.

Mostróle, que en esta ocasion no solo se trataba de la conservacion de Antioquia, sino que se interesaba ya en ella el honor, y credito de la Religion Christiana. Los Judios (dixo), los Paganos, los Bárbaros mismos, á cuya noticia no ha podido menos de llegar este accidente, tienen puestos los ojos en vuestra Magestad, esperando con impaciencia curiosa la sentencia que vais á pronunciar. Si perdonais, como espero, á los delinqüentes, rendirán la gloria al Dios de los Christianos, y dando á vuestra Magestad mil alabanzas, se dirán unos á otros: ¡Oh qué Religion tan poderosa! que pone freno á la cólera de los Emperadores, y contiene á los Soberanos en tal moderacion de espíritu, que aun sería admirable en hombres particulares. ¡Oh qué grande es el Dios á quien adoran! pues eleva á los hombres sobre su misma naturaleza, y los hace reprimir, y vencer el ímpetu violento de las mas fuertes pasiones.

Despues de esta reflexîon, para desvanecer los respetos politicos que podian

detenerle, especialmente el del mal exemplo, si dexaba sin castigo tan grave atrevimiento dixo, que todos estaban en la inteligencia, de que si su Magestad los perdonaba era, no por falta de resolucion y de poder, sino por sobra de piedad y de Religion; y que la Ciudad de Antioquia tenia mas castigo en su propia turbacion, y remordimiento, que el que podia esperar del acero y de las llamas. En fin; protestó que no bolveria mas á su Ciudad hasta haberla reconciliado con el Emperador; y acabó su razonamiento, mezclando el respeto y los ruegos, con la memoria del juicio de Dios.

No pudo resistir Teodosio la fuerza de este discurso; antes bien, reprimiendo con dificultad las lagrimas, y disimulando lo mejor que pudo su comocion, le dixo en pocas palabras: *Si Jesu-Christo, siendo Dios, quiso perdonar á los hombres que le crucificaban, ¿cómo puedo yo negarme al perdon de mis Vasallos, aunque tan sensiblemente me hayan ofendido? Yo, digo, que soi hombre como ellos, y siervo de un mismo Señor.* Postróse el Arzobispo á sus pies al oír estas palabras, deseandole todas las prosperidades que merecia la heroica accion que acababa

de

de executar. Y como este Prelado mostrase alguna inclinacion á pasar en Constantinopla las Fiestas de las Pasquas. Id, Padre mio, le dixo Teodosio, echandole al cuello los brazos con religiosa ternura. Id, y no dilateis un momento el consuelo que recibirá vuestro Pueblo, asi por vuestro retorno, como por las felices noticias que le daréis de mi perdon, y de haberle admitido sinceramente á mi gracia. Bien sé que aun está lleno de temor, y de quebranto. Partid, y anunciadle con la Fiesta de las Pasquas, la abolicion de su delito. Pedid á Dios que eche la bendicion á mis armas, y estad cierto, que despues de esta guerra, yo mismo iré á consolar la Ciudad de Antioquia Con esto despidió á aquel Santo anciano, y aun despues que pasó el mar le despachó varios correos, exórtandole á que no se detuviese.

Por toda esta relacion que fielmente acabamos de proponer, se puede reconocer la malignidad de Zozimo, que se esfuerza á escusar la rebelion de los Antioquenos, cargando toda la culpa sobre la dureza, ó tiranía del Gobierno. Nada dice del viage de Flaviano, atribuyendo todo el suceso de su negociacion al Sofis-

ta Libanio, contra la fé de la Historia, y contra el testimonio de los Autores contemporaneos, particularmente de San Chrisóstomo, que dá en cara públicamente á los Filosofos con el exceso de su cobardía en aquella ocasion. De donde se puede congeturar, que los dos discursos que exísten aún entre las obras de este Sofista, sobre el asunto de las Estatuas, ó se compusieron despues de su muerte, ó si es verdad que él mismo los hizo, los añadió por Apendice á manera de declamacion.

Terminado asi felizmente el negocio de Antioquia, quando bolvió su Arzobispo, fue recibido en ella con una especie de triunfo. Sembróse de flores la Plaza pública, encendieronse luminarias en todas las calles, cubrióse de yervas odoríficas el camino por donde habia de pasar Flaviano, y admirando todos la clemencia del Emperador, ofrecian al Cielo votos, y oraciones por su vida, y por el felíz suceso de sus armas.

Por este mismo tiempo se vió Teodosio embarazado en otro lance de no despreciable empeño. Importunado con las repetidas solicitaciones de uno de sus parientes, instaba, y aun pretendia obligar

gar á la viuda Olimpias, que le admitiese por marido. Era esta Señora hija del Conde Seleuco, y nieta de Ablavio Mayordomo mayor del Imperio en tiempo de Constantino. Habia estado casada con un Caballero principal, que se decia Hebrido. Hallaronse á sus bodas muchos Obispos; y San Gregorio Nazianzero, que no pudo asistir á ellas, compuso y embió á los nuevos desposados unos elegantes versos á modo de Epitalamio. Quedó viuda al cabo de veinte meses de casada, y yá no queria enlazarse con otro esposo, que con Dios solo. Elpidio, Español de nacion, y primo del Emperador, aspiraba á su mano con las mayores ansias; porque sobre ser de una casa nobilísima, y lograr una belleza peregrina, poseía tambien un opulento Patrimonio. Hizo quanto supo, y empleó todos los medios que le dictó su pasion, para hacerse amar de Olimpias; pero siempre inutilmente. Apeló al Emperador, y le rogó con encarecimiento, que empeñase su autoridad, para rendir el animo de aquella Señora. Teodosio que amaba con algun exceso á sus parientes, y creía por otra parte, que su proteccion, y la honra de entroncar con su Augusta paren-

rentela , moverian eficazmente el corazon de aquella Cortesana viuda ; la hizo proponer en su nombre este mismo casamiento ; pero fue tambien sin fruto , porque Olimpias respondió con mucha modestia , y con no inferior generosidad: que recibiria siempre con el mas profundo respeto quantas proposiciones la hiciese el Emperador agradeciendo esta honra ; pero que en punto de matrimonio, suplicaba humildemente á su Magestad la permitiese vivir sin contraer nuevo empeño ; que si el Cielo la quisiera casada , no la hubiera llevado á su marido ; y pues Dios habia roto sus lazos , estaba resuelta á no admitir otro nudo , que el que la estrechase mas con su Magestad Divina; y sin repartir el corazon con otro dueño, vivir solo para servirle , y amarle.

No pareció á Teodosio conveniente reducirla por autoridad á tomar el partido que se la proponia ; pero siendo como es antigua desgracia de los Soberanos estár sujetos no solo á sus propias pasiones , sino tambien á las de los que los rigen , ó los gobiernan , se dexó prevenir contra esta pobre Señora. Algunos de sus parientes , sobornados para este efecto , la pusieron pleito ante el Empera-

ra-

tador, acusandola de que habiendo quedado dueña de sus bienes antes de cumplir la edad establecida por las leyes, los disipaba en presentes, y limosnas indiscretas, inducida al parecer, ó mal aconsejada de algunos Eclesiásticos interesados, que gobernaban su conciencia. En atencion á esta quexa mandó Teodosio, que el Gobernador de Constantinopla tomase á su cargo la administracion de los bienes de Olimpias, hasta que llegase ésta á la edad de treinta años. Elpidio hizo executar esta orden con un extremo rigor. Quitóse enteramente á esta piadosa Señora la disposicion de sus rentas; no se la dexó ni aun la libertad de comunicar con los Obispos, ni de entrar en las Iglesias; todo á fin de que sintiendo las descomodidades de la pobreza, y miseria, y privada de todo humano consuelo, se viese precisada á consentir en el matrimonio, que tan valerosamente resistía; pero no fueron capaces, no solo de reducir, pero ni aun de mover su constante animo, los crueles rigores de un tratamiento tan injusto, y tan violento. Sufriólos, no solo con generosa constancia, sino tambien con religiosa alegria; y despues de rendir á Dios humil-

des

des gracias, escribió al Emperador en estos precisos terminos.

SEÑOR.

HAse portado vuestra Magestad con esta su humilde sierva, no solo como Emperador sino tambien como Obispo, pues me ha descargado del cuidado de mis bienes temporales, y del justo temor que tenia de no acertar en el uso de ellos. Esta gracia la recibiré mas cumplida, si vuestra Magestad se sirve mandar que se distribuyan á los pobres, y á las Iglesias. Tiempo ha, Señor, que temia que la vanidad no me hiciese perder el fruto de mis limosnas, y que la abundancia de las riquezas temporales, no me hiciese descuidar en adquirir las eternas.

Duró en semejante estado, hasta que se acabó felizmente la guerra contra Máxîmo. Entonces, conociendo Teodosio que le habian engañado, y compadeciendose de los trabajos, que tan constantemente habia padecido, la restituyó á la pacifica posesion de todos sus bienes, y la dexó en segura libertad. Exerció despues el empleo de Diaconisa en la Iglesia de Cons-

Constantinopla, dando grandes exemplos de modestia, de prudencia, de piedad, y de perfecto desasimiento de todos los cuidados, y placeres del siglo.

Apenas despuntó la primavera, quando Teodosio, que aún mantenia suspensos cerca de sí los Embajadores de Máxîmo, le declaró la guerra, y partió de Constantinopla, dexando en ella á su hijo Arcadio, debaxo de la direccion de Taciano, hombre sabio, fiel, y inteligente, á quien hizo venir de Aquileya determinadamente para hacerle Prefecto del Pretorio, y del Filosofo Temistio, á quien le señaló por Preceptor. Sus Embajadores habian renovado de orden suya los Tratados de paz con todos los Príncipes vecinos del Imperio. Tomó á su sueldo las mejores Tropas de los Godos, Hunnos, Scitas, y Alanos; asi para reclutar su Egército, como para debilitar las fuerzas de los Bárbaros, que podian serle sospechosos. Habiale traido Arbogasto un cuerpo considerable de Franceses, y de Saxones. Nombró Generales de grande reputacion, y de no inferior experiencia, que habian de mandar debaxo de él, los quales mantenian la disciplina entre tantas Tropas diferentes. Proveyó en fin á

quanto podia facilitar el feliz éxito de una empresa tan importante á su gloria, y á la salud del Imperio.

Pero su principal cuidado fue merecer para sus armas las bendiciones del Cielo, y disponerse á la victoria por medio de la piedad. Mandó, pues, que se hiciesen en todas partes públicas Rogativas, y pidió á los mas famosos Solitarios de Egipto, que encomendasen á Dios en sus oraciones el suceso de esta guerra, y levantasen las manos al Cielo, mientras él esgrimia la espada contra los rebeldes, y Tiranos. Consultó principalmente con el Santo Abad Juan, que le hizo concebir firmes esperanzas de la victoria. Este Varon admirable, Oraculo de su siglo, le profetizó despues los principales sucesos de su reinado, sus guerras, sus victorias, las irrupciones de los Bárbaros, sin omitir las menores circunstancias.

No pareció al Emperador que imploraba aun dignamente el socorro, y proteccion del Cielo con oraciones, y súplicas, si no se esforzaba tambien á merecerle con heroicas acciones. Renovó, pues, antes de salir de Tesalónica, todos los antiguos Edictos, y promulgó

otros

otros nuevos contra los Hereges, prohibiendolos enteramente tener juntas, celebrar ordenes, dar ó recibir el nombre de Obispos; encargando, y mandando á los Magistrados embarazar que estas Religiones profanas, que parecian haber conspirado contra la verdadera, celebrasen en público, ó en particular sus sacrilegos misterios Y porque los Arrianos habian supuesto, ó interpretado á su favor algunos de los Edictos pasados, declaró, que todo quanto sonase á ventaja, ó utilidad suya, debia tenerse por falso, y contra su propia intencion. Asi procuraba empeñar al Cielo en su favor, tomando él con tanto ardor la proteccion de la Iglesia, y con tan felices principios salió á incorporarse con sus Tropas animado de una santa confianza.

Maximo por su parte, viendo que no se daba respuesta positiva á sus Embajadores, se habia puesto en estado, no solo de defenderse, pero aun de acometer tambien si la necesidad lo pidiese. Para asegurar en su ausencia el partido de las Gaulas, dexó en ellas á su hijo Victor, dandole por Consejeros á Hannio, y Quentin sus Generales. Corrió á su socorro una parte de los Pueblos Germánicos, á quie-

nes habia obligado á pagarle crecidas contribuciones, con que tenia fundamento para confiar, asi en el numero, como en el valor de sus Soldados. Dividió todas sus fuerzas en tres cuerpos de Egército. El uno á cargo del Conde Andragacio, le destinó para guardar los Alpes Julianos, fortificando todos sus estrechos. El otro, compuesto de una parte de las Tropas auxiliares, y comandado por su hermano Marcelino fue á ocupar los pasos del Rio Drabo; y él con las Legiones Romanas se abanzó ácia la Panonia, y se detuvo en las orillas del Sabo. Habiendo ocupado asi los montes, y los rios, le pareció que habia cerrado todos los pasos de Italia, y se acampó de manera que pudiese en poco tiempo, y sin mucha dificultad incorporarse con su hermano quando le pareciese conveniente.

Pero apenas habia salido Teodosio de las murallas de Constantinopla quando le dieron aviso de cierta conjuracion que se le iba fraguando en su propio Egército, donde tenia Maximo ganados algunos Oficiales, y que era necesario cortar quanto antes las pláticas de un enemigo mas acostumbrado á corromper que á combatir. Dieronle este aviso personas graves, y que

no

nó solian moverse con ligeros fundamentos, fuera de que el modo de proceder de Maximo le hacia capáz de qualquiera accion villana. Abanzóse, pues, el Emperador con toda diligencia ácia su Egército, y mandó hacer la mas exâcta pesquisa de los Agentes de Maximo, y de quantos habian tenido alguna correspondencia con ellos.

Luego corrió la voz de que habia alguna traicion que sería presto descubierta, y los traidores juzgaron con razon, que no podrian evitar el castigo que merecian si no se retiraban prontamente. Concertaron, pues, secretamente el tiempo, y lugar para la fuga, y saliendo del Campo en pequeñas Tropas, y á la deshilada, se juntaron por la noche, y se refugiaron en los bosques, y aspererezas de la Macedonia para esconderse al abrigo de sus breñas, y espesura. Avisado Teodosio por la mañana de que un Batallon de Barbaros habia desertado, no le pesó de verse libre por este camino de aquellos Soldados infieles; pero temiendo que no solicitasen otras Tropas de su nacion, y turbasen en su ausencia el reposo de la Provincia, destacó algunos Esquadrones para que los siguiesen, los quales mataron á la

mayor parte de los fugitivos que cogieron antes de emboscarse en la aspereza, y obligaron los demás á sepultarse en las grutas, y cabernas.

Desembarazado ya Teodosio de este cuidado, hizo embarcar á Valentiniano, y á la Emperatríz Justina, disponiendo introducirlos en Roma secretamente, ó yá fuese que la Italia hubiese pedido á estos Principes, ó porque él mismo creyó sería util su presencia para mantener la fidelidad de aquellos Pueblos que se conservaban interiormente en su devocion, y no podian sufrir la tiranía de Maximo. Despues de esto, dispuso, y publicó unas Ordenanzas mui severas tocante á la disciplina de los Soldados, encargando seriamente á los Oficiales que celasen su puntual observancia, para que se juzgase de la justicia de la causa por la moderacion de las Tropas, y se conociese la gran diferencia que hai entre el Egército de un Emperador, y las armas de un Tirano.

Observaronse tan exâctamente estas Ordenanzas, que no se vió ni confusion, ni tumulto entre tantas naciones Barbaras, acostumbradas á vivir sin orden, y sin concierto. No se conocia, ni en las poblaciones, ni en la campaña el menor vestigio

gio de su tránsito; y habiendo faltado los víveres por algunos dias, no hubo Soldado que no quisiese mas sufrir la hambre con paciencia, que cometer algun desorden capáz de dar disgusto al Emperador.

Regladas asi las cosas, caminó Teodosio á largas jornadas, creyendo que dependia, en parte, de la diligencia de su marcha el buen suceso de esta expedicion. Promoto gobernaba la Caballería, las Legiones obedecian á Timáso; Arbogasto, y Ricomer conducian la mayor parte de los Barbaros auxiliares, y el Emperador atendia á todo. Dividió el Egército, á imitacion de Maximo, en tres cuerpos; asi para ocultarle mejor el camino que habia de tomar, como principalmente para incomodar menos el país por donde hacia tránsito, y mantener mas facilmente en las Tropas el orden, y disciplina.

Con esta disposicion se iba abanzando á la Panonia, quando tubo aviso cierto de que Maximo habia hecho alto, formando su Campo en las cercanías de Sciseg, Ciudad fuerte por naturaleza; pero de poca consideracion por su grandeza, ó por las fortificaciones del arte. Estaba sobre la orilla del Sabo, que explayandose en dos brazos, forma una Isla tan inmediata á esta

Plaza, que la sirve como de segundo foso, y la hace poco menos que inaccesible á la fuerza. El tirano Magnencio procuró apoderarse de ella, como de un puesto importantísimo, en la guerra que hizo al Emperador Constancio.

Juntó luego Teodosio todas sus Tropas, y marchó con tanta diligencia que puso el Campo entre el Drabo, y el Sabo ántes que los enemigos pudiesen embarazarselo, y los cortó la comunicacion de los dos Egércitos. Pero juzgando despues que Maximo se mantendria firme en su puesto, y que no sería facil atraerle á una batalla campal, y decisiva, resolvió vadear el Sabo á todo riesgo con animo de forzarle en sus mismas trincheras. Juntó Consejo de Guerra, y propuso en él este designio que pareció árduo, y arriesgado á todos los Generales. Con todo eso, la presencia del Emperador que daba ánimo á las Tropas, el valor, y la prudencia de los Oficiales, la alegría, y corage de los Soldados que juzgaban al enemigo acobardado, y sin osar dexarse ver en campaña, los hizo atropellar por todo, mirando qualquiera empresa como posible á su aliento.

Aprovechóse el Emperador del ardor, y confianza que manifestaban sus Tropas, y

y marchando á la frente de ellas con extraordinaria diligencia, se puso á vista de Sciseg, y sobre las orillas del rio, tan pronto á pasarle como los enemigos á defenderle. Llenó de miedo, y turbacion todo el Campo del tirano, y al mismo tiempo tentó el vado del rio por diferentes lugares.

Maximo, que ciego con su misma confianza, juzgaba aún á Teodosio mui distante de su Egército, quedó admirado, y sorprendido quando le vió tan inmediato. Procuró animar á sus Legiones, hizolas abanzar á todas partes donde la necesidad lo pedia, creyendo que si se defendian bien en estos primeros encuentros sería facil despues rehacerse, y repararse. Entretanto Teodosio, que se habia adelantado hasta la orilla del rio para observar desde alli á los enemigos, conociendo por sus movimientos, y confusion que estaban sobresaltados, quisiera ir á envestirlos sin darlos tiempo de recobrarse; pero el Sabo estaba mui profundo, y Maximo iba alargando cada instante Tropas de refresco para reforzar las que estaban en la ribera. Conociendo, pues, aquel momento feliz, ó fatal que podia poner fin á aquella guerra, y temiendo que se le huyese una ocasion de vencer, que acaso no volveria á

ofrecerle la fortuna, hacia buscar vados, y fabricar puentes con diligencia increíble.

Hallabase con la inquietud de este cuidado, quando Arbogasto entró en su Tienda, conduciendole algunos Oficiales de su nacion que se ofrecian á pasar el rio. Alabó el Emperador su resolucion, prometiólos grandes premios, y los aseguró que él mismo sería testigo de su valor, y los iria escoltando con los mejores Soldados del Egército. Los Oficiales fueron luego á buscar sus Esquadrones, á los quales animaron mas con el egemplo que con las razones. Arbogasto se puso á la frente de ellos, y arrojandose todos al rio, llenos aún del polvo, y del sudòr de una marcha tan violenta, se abrieron camino por diferentes partes, y pasaron á nado, y á caballo, á vista del Emperador que en persona los estaba animando, y defendiendo.

Asombrados los enemigos de una resolucion tan osada, y animosa, se retiraron en desorden, y al mismo tiempo tocaron al arma, y á la confusion en todo el Egército. Mientras que Arbogasto, vencido ya el embarazo del rio, hacia piezas á todos los que encontraba, las otras Tropas que iban pasando consecutivamente, daban sobre los enemigos por otro lado,

ha-

haciendo en ellos notable estrago, y destrozo. Muchos huían del hierro, y se precipitaban en el agua. No pocos servian de infelíz despojo al furor de los caballos. La campaña estaba como anegada en cadáveres, y los fosos de Sciseg se veían cubiertos con los cuerpos de los que se refugiaban á la Plaza. Maximo, despues de esforzarse sin fruto en animar á sus Tropas, solo pensó en su propia seguridad, y retirandose como pudo ácia Aquileya, procuraba recoger las míseras reliquias del Egército mientras su hermano Marcelino defendia la entrada de la Italia.

Pero Teodosio, despues de rendir gracias al Cielo por el favor de la victoria, y de recompensar al punto á los que se habian señalado en esta ocasion, rebolvió prontamente sobre la derecha, y marchó contra Marcelino con tanta diligencia, que no le dió tiempo para entrar en los Alpes, ni aun para que llegase á su noticia la derrota de su hermano. Luego que llegó á Petau, pequeña Ciudad del Drabo, en donde estaba acampado Marcelino, resolvió atacarle el mismo dia; pero ya era mui tarde, y las Tropas se hallaban fatigadas; por cuya consideracion dilató hasta el dia siguiente la batalla. Previnieronse todos

por

por la noche, y al despuntar el dia mandó el Emperador dar la señal de acometer al enemigo, que á los principios mostró defenderse bien. Travóse la batalla con mucho ardor por una, y otra parte. Animaba á unos el deseo de vencer, la gloria de haber vencido, y el gusto de servir á un Principe que sabía agradecer los servicios que le hacian; alentaba á otros la esperanza de saquear toda la Italia, y el temor del justo castigo que correspondia á sus excesos; pero en fin, flaqueó el partido de Marcelino, que experimentó luego la misma suerte que su hermano. Despues de la primera resistencia, algunas de sus Tropas fueron desbaratadas, y otras pidieron quartel bajando las armas, y vanderas.

Viendo Teodosio casi acabada esta guerra, destacó luego á Arbogasto con un cuerpo de Caballería, con orden de ir á las Gaulas á oponerse al joven Victor, á quien Maximo habia honrado nuevamente con el titulo de Cesar. Hecho esto marchó tras los fugitivos con un ardor increíble. Andragacio, á cuyo cargo estaba la guarda de los Alpes, al primer rumor que se esparció del embarco de Valentiniano, recibió orden de abandonar aquel puesto,

y recogiendo todos los navíos que pudiese, salirle al encuentro en el camino. Esperóle sobre las Costas del Jonio; pero en vano, porque ya Valentiniano habia pasado el estrecho, y por este medio logró Teodosio desembarazados los desfiladeros de los montes.

Con esto no halló estorvo, ni resistencia. La Ciudad de Hemona, y los otros Pueblos que encontraba en el camino le recibieron con demostraciones de extraordinaria alegria ofreciendo liberal, y gustosamente á su victorioso Egército los refrescos de que tenia no poca necesidad. Llegó, en fin, á las vecindades de Aquileya, y puso el sitio á esta Plaza. Maximo, que en vez de retirarse á las Gaulas, se habia encerrado en ella despues de muchos rodeos, vino á conocer entonces que ya no podia evitar una desgracia que debia tener mui prevista, y se acordó de la profecía de San Martin, que le pronosticó perecería infelízmente en Italia si una vez pasaba á ella. Quiso hacer alguna resistencia; pero viendo los Soldados que la pérdida era inevitable, abrieron las puertas á los sitiadores, echaron mano de su persona, arrojandole atropelladamente del Trono, donde actualmente estaba repartiendo dinero

á algunos Caballeros Moros que habian seguido sus vanderas, y despues de haberle despojado de todas las insignias de la dignidad le pusieron en manos del vencedor.

No abusó Teodosio de su victoria. Mostróse mas compadecido de la infelíz fortuna del Tirano que irritado de sus delitos. Reprendióle su perfidia, en tono de compasivo, mas que de colérico; y haciendo reflexîon sobre los profundos juicios de Dios, y la inconstancia de las grandezas humanas, iba ya á conocer sus victorias con un tono de christiana generosidad, perdonando benignamente á su prisionero; pero como á este tiempo retirase á otro lado la cabeza para ocultar la conmocion de piedad que se daba á conocer en el semblante, los Soldados le arrancaron á su clemencia; y sacandole fuera de la tienda le degollaron á vista de todo el Egército. No mucho despues llegó á los oídos de Andragacio esta noticia, y creyendo que el homicidio de Graciano no podria obtener la gracia de Teodosio, quiso antes precipitarse en el mar, que caer en sus manos.

Publicóse presto por todo el mundo un suceso tan pronto como felíz que rescataba el Imperio de Occidente, y aseguraba el de Oriente á Teodosio, y á sus hijos.

jos. Resonó en todas partes el triunfo del vencedor, haciendole mas ilustre su moderacion, y modestia, que el lógro de dos batallas, y la ruina del tirano. Contentóse con la muerte de dos ó tres personas indignas de perdon, y recibió á los otros, mas con agrado de padre que con orgúllo de vencedor. No se vió, ni confiscacion de bienes, ni deposicion de cargos, ni derramamiento de sangre. Dióse á todos, y á cada uno la libertad de volver á su casa, y á vista de la benignidad de un Príncipe tan humano fue necesario mucha reflexîon para conocer que habia alguno vencido. Señaló crecidas rentas á la muger de Maximo, haciendo criar sus hijas con el mas cuidadoso decoro, y no perdonó á diligencia que pudiese contribuir al consuelo en su trabajo; y al mas decente porte segun el estado de su condicion. Hubiera recibido con la misma indulgencia á su hermano Victor, si Arbogasto, contra su intencion, para asegurarse de las Gaulas, y por no dexar cebo á nuevas discordias no le hubiera hecho matar; pero lo mas heroico, y mas glorioso de esta expedicion, fue no el haber conquistado todo el Imperio de Occidente, sino el haberle entregado á su dueño con la mayor

fi-

fidelidad. Apenas le sujetó quando restituyó en su posesion al joven Valentiniano, añadiendo nuevas Provincias á las que le habian usurpado, y no reservando para sí mas premio de sus fatigas que la gloria de una proteccion desinteresada.

La fama de esta victoria llenó de asombro, y temor á los Arrianos de Constantinopla, que ni la esperaban, ni la habian deseado. Resentidos de los rigurosos Edictos que se habian publicado contra ellos, esparcian maliciosamente rumores falsos por la Ciudad, y terminaban segun sus deseos esta guerra aun antes que se hubiese comenzado. Aseguraban que Teodosio habia perdido la batalla; que habia salvado con mucha dificultad su propia persona, y que andaba fugitivo de Maximo que ya le iba á los alcances. Hacian verisimil esta mentira por las circunstancias de que la adornaban, adelantandose hasta señalar á punto fijo el numero de los muertos, y de los heridos de una, y otra parte. Parecia que ellos mismos habian sido testigos de lo que entonces aun no habia sucedido. Los mismos que sembraban estas noticias falsas, las venian á creer despues, oyendolas vestidas de nuevas particularidades que á cada paso se añadian; teniendo

do por segura la pérdida del Emperador solo porque ellos la deseaban. Y como nunca faltan espiritus inquietos, que, ó por su natural ligereza, ó por intereses particulares, están siempre descontentos con el gobierno presente, eran tantos los que publicaban está noticia, que apenas habia quien se atreviese á dudarla, ó á lo menos quien osase contradecirla.

Aprovecharonse los Arrianos de esta favorable coyuntura para tomar venganza de que se les hubiesen quitado las Iglesias. Salieron de sus casas á guisa de furias desatadas con fuego, y pez en las manos; y llevando á todas partes la sedicion, y el desorden fueron á quemar el Palacio del Patriarca Nectario. Sin duda hubieran pasado á mas fatales excesos; pero llegando á este tiempo las noticias ciertas de la victoria de Teodosio, el temor del castigo reprimió la sedicion que habia excitado la esperanza de la inmunidad. Arrojaronse luego estos Hereges á los pies de Arcadio, y le suplicaron con tanta instancia que intercediese por ellos con su padre; que movido de sus ruegos, del arrepentimiento que mostraban, y mucho mas de la resuelta palabra que le daban de vivir en adelante con mayor sujecion, y mas humilde ren-

rendimiento les ofreció empeñarse en conseguirles esta gracia. Teodosio, que nada deseaba más que acostumbrar á su hijo á la clemencia, y animarle á que le hiciese semejantes súplicas, le concedió al instante todo quanto le pedia.

Detuvose el Emperador algunos dias en Aquileya, asi para descansar de las fatigas de la guerra, como para dar las ordenes necesarias á la seguridad, y reposo del Imperio. Pasó despues á Milán, donde mandó publicar un Edicto, por el qual anulaba todas las Ordenanzas de Maximo, queriendo abolir enteramente su memoria. Por este tiempo se quexaron algunos Obispos de cierta sentencia que habia pronunciado, y animaron contra él el zelo de San Ambrosio.

Era costumbre en las Iglesias de Oriente venerar todos los años la memoria de los Santos Mártires, y para este fin juntarse el dia de sus fiestas, formar varias Procesiones en que se cantaban muchos Himnos, y Salmos diferentes. Ciertos Solitarios, que el primer dia de Agosto se habian juntado para celebrar la fiesta de los Santos Macabéos, iban en Procesion por el campo, seguidos de algunas personas devotas que habitaban en los lugares de aque-

llas cercanías. Pasaron delante de una Aldéa, llamada Callicin, en donde los Judíos tenian una Sinagoga, y los Hereges Valentinianos un Templo. Estos, ó yá importunados del Cántico de los Salmos, ú ofendidos de esta ceremonia, que interpretaban á insulto cometido contra sus Religiones, salieron unos, y otros, y arrojandose sobre los Christianos, se empeñaron en que no habian de pasar adelante, despues de haberlos maltratado. Esparcióse luego la fama de esta violencia; quexaronse altamente los Solitarios; irritóse el Pueblo, y el Obispo, arrebatado del zelo, supo animar tan bien á los unos, y á los otros á vengar la injuria cometida contra Dios, y contra sus Santos Mártires, que fueron á quemar la Sinagoga de los Judíos, y el Templo de los Hereges. Informado el Emperador de este suceso por el Conde de Oriente, mandó que se reedificase el Templo, y la Sinagoga á costa del Obispo, y que fuesen castigados los autores del incendio.

Pareció mui rigurosa, y menos justificada esta sentencia á los Obispos Orientales; dieron cuenta á San Ambrosio, y le pidieron que empeñase su autoridad para hacerla revocar. Hallabase á la sazon el

Arzobispo en Aquileya para hacer elegir succesor á Valeriano, Obispo de aquella Ciudad, que habia muerto poco antes, y no pudiendo por esta razon ir á buscar á Teodosio, le escribió una Carta llena de aquella generosidad con que acostumbraba predicar la verdad, y la justicia á los Emperadores. La Carta decia asi:

SEÑOR.

SI V. Magestad no dá oídos á las súplicas que le hacen los Obispos, tampoco Dios los dará á las oraciones que los Obispos le ofrecieron por V. Magestad. Hái esta esencial diferencia entre los Principes buenos, y los malos; aquellos gustan de vasallos libres; estos los quieren esclavos. Por lo que á mí toca, mas quiero ser tenido por importuno que por cobarde, ó inutil, especialmente quando se trata de la gloria de Dios, y de la salvacion del Emperador. A la verdad, tengo á V. Magestad por un Principe piadoso, y que teme á Dios; pero á veces tambien los mas piadosos se dexan preocupar de cierto indiscreto zelo, y de una falsa idéa de la justicia. Confiesome deudor á V. Magestad de una multitud de gracias, y favores que he re-

recibido de su liberal mano; y sería el mas cruel, y mas ingrato de los hombres si dexára engañar á mi ilustre bienhechor por una indigna complacencia.

Considerad, Señor, las malas conseqüencias que puede tener vuestra resolucion en el suceso de Callicin. Si V. Magestad persiste en ella, pone á un Obispo en parage de hacer traicion á su sacro ministerio, ó de ser desobediente á los Imperiales ordenes de V. Magestad, quien hará de él, ó un Martir, ó un prevaricador; uno, y otro es mui ageno de vuestro felíz reinado. Triunfarán sin duda los enemigos de la Iglesia en aquellos edificios fabricados con los despojos de los Christianos, y con el patrimonio de Jesu-Christo. Acuerdese V. Magestad que Juliano quiso edificar Sinagogas; pero le previno aquella ardiente saeta que fulminó agraviado el Cielo. Mirad, Señor, que todavia tiene fuego para la venganza, y irritacion para el enojo. Aún están calientes las cenizas del Palacio Patriarcal de Constantinopla; humean aún los abrasados fragmentos de una infinidad de Iglesias; nadie grita á la venganza, ¿y solo dá cuidado la restauracion de los Templos profanos? ¡Ah, Señor! mirad que Maximo pocos dias antes de ser

abandonado de Dios hizo otra Ordenanza semejante.

En lo demás, espero que V. Magestad atenderá á mis súplicas, teniendo á la libertad con que le hablo por hija del respeto con que le venero. Conocerá V. Magestad el tierno reverente amor que le profeso; pues por conseguir su salvacion, atropello el disgustarle, á trueque de corregirle. En fin, espero que V. Magestad mudará de parecer, y no tendrá vergüenza de enmendar un error, y yo lograré el consuelo de no verme precisado á la mortificacion de decir á V. Magestad en público lo mismo que le prevengo aora en secreto.

Esta Carta tan fuerte, y significativa no tuvo todo el efecto que se podia esperar; dilatando Teodosio de dia en dia el responder á ella favorablemente; lo que dió ocasion al Arzobispo, para que estando de buelta en Milán, le hablase en presencia de todo el Pueblo, como se lo habia amenazado. Porque un dia que el Emperador se hallaba en la Iglesia para asistir al Sermon, escogió un texto que digese bien con el asunto de que queria tratar; y despues de estenderse mucho sobre el mo-

ño de aprovecharse bien de las correcciones; quando estaban los oyentes embelesados con la mayor atencion se insinuó con mucha naturalidad, y sin hacer violencia al discurso en el suceso de las Sinagogas quemadas. Entonces, volviendose resueltamente al Emperador, introdujo al mismo Dios que le hablaba en estos precisos terminos.

Yo te puse en las sienes la Diadema; yo te hice Emperador de mero particular; yo te entregué el Egército de tu mayor enemigo; yo hice pasar á tu partido las Tropas que él traía contra tí; yo puse en tus manos su persona; yo te dí hijos para que reinasen despues del padre; yo te hice triunfar sin fatiga; ¡y tú, en pago de todo esto, por una Ordenanza que acabas de publicar, vás á hacer triunfar de mí á mis proprios enemigos!

Sintió tanto Teodosio esta reprension, que llegandose al Arzobispo quando baxó del Pulpito, le dixo como quexandose de él: Padre, mui bien os habeis explicado contra mí. El Santo le respondió, que su intencion no habia sido ofenderle, sino escarmentarle, y que le hablaria con el mismo zelo todas las veces que se tratase de su salvacion. Confesó entonces el Empe-

rador, que la sentencia dada contra el Obispo era algo fuerte, y que sería preciso revocarla. Algunos Señores que le hacian Corte, decian por adularle, que á lo menos era forzoso castigar á los Solitarios que habian sido autores de la sedicion. Señores mios, les replicó luego el Santo, aora estoi hablando con el Emperador; quando habláre con vosotros yo sabré cómo lo tengo de hacer. Nadie osó replicar á un hombre, cuya entereza tenian conocida. Asi obtuvo la revocacion de la sentencia, y despues de haberle dado repetidas veces su Imperial palabra el Emperador pasó á ofrecer á Dios el tremendo Sacrificio.

En el tiempo que Teodosio se detuvo en Milán todos los cuerpos considerables del Imperio le enviaron Deputados para testificarle el gozo, y regocijo con que habian celebrado sus victorias. El Senado Romano fue de los primeros que cumplieron con esta justa atencion. Symaco, por su autoridad, y artificios, logró que se nombrasen Deputados Paganos como era él, y los encomendó mucho que pidiesen en nombre del Senado la conservacion del Altar de la Victoria que Maximo habia restablecido.

Habia sido este Altar, desde el tiempo

del

del Grande Constantino, un manantial perpetuo de discordias. Estaba erigido en una Capilla fabricada para este fin á la entrada del Senado. Elevabase sobre él una Estatua de oro que representaba la Victoria en forma de una doncella bizarra, adornada de estendidas alas, que tenia en la mano una Corona de lauréL Los Paganos, despues de haber perdido la mayor parte de los Templos consagrados á sus Dioses, cuyos nombres se habian hecho odiosos, é insufribles á los Emperadores; tenian colocada toda la esperanza de su Religion en una Diosa, cuyo solo nombre les era tan agradable. Juraban sobre su Altar; ofrecianla sacrificios, y pasaba esta miserable superstición idólatra por la Religion de todo el Senado. Afligianse los Christianos que se hallaban en Palacio, viendo delante de sus ojos el exercicio de un culto contrario al suyo, percibiendo en el Senado mismo el olor de los Sacrificios, y escuchando los votos que se consagraban á una deidad profana.

Los Emperadores arruinaban, ó permitian este Altar, segun los principios por donde se gobernaban, ó de piedad, ó de política. Constantino le habia tolerado por prudencia, pareciendole necesaria esta con-

descendencia en los principios de mudanza de Religion, y de Imperio. Su hijo Constante le hizo demoler por zelo de Religion. El Tirano Magnencio le reedificó por complacer á ciertos Senadores que deseaba ganar á su partido. Constancio le mandó arruinar por ostentacion, y artificio, queriendo dar buena opinion de su Fé á los Romanos, á quienes habia quitado á su Pontifice Liberio. Juliano, por la inclinacion que tenia á la Idolatría, y el ódio que profesaba á los Christianos, mandó que se restableciese. Joviano, y Valentiniano el Grande le dexaron en el mismo estado en que le hallaron, permitiendo á cada uno vivir libremente en el exercicio de su creencia. Graciano destruyó el Altar con todas sus pertenencias, y creyó que le dexaba sepultado en sus ruinas para siempre; pero Maximo, ó por no parecerse en algo á un Principe, á quien habia dado muerte, ó por ganar el partido de los Infieles contra el que pretendia arrojar de sus Estados, les dió licencia para edificar todos los Altares, y Templos que quisiesen.

De esta manera se veía mudar de semblante en cada Emperador la fortuna de esta Diosa. Llegando, pues, á Milán los

Deputados del Senado, dieron el parabien á Teodosio de las prosperidades de sus armas; y despues de hacerle todos sus cumplidos negociaron secretamente con sus Ministros el punto de la Religion. Tenian fundamento para concebir buenas esperanzas. El recelo de dexar en Roma un partido de mal contentos, la buena disposicion para conceder gracias despues de una victoria, las pocas conseqüencias que podian seguirse de disimular una cosa que ya estaba hecha parece inclinaban á Teodosio á concederles el Altar que le pedian; pero San Ambrosio, que algunos años antes se habia opuesto vigorosamente á Symaco sobre el mismo asunto, resistió aora con no inferior calor á la pretension de los Deputados, y habló al Emperador con tan generosa eficacia, representandole, que no debia abandonar los intereses de Dios por consideraciones políticas, y temores vanos; que este Principe quiso mas desobligar á los Magistrados, que faltar á lo que debia á la Iglesia, y les negó resueltamente la licencia que le pedian.

Pasó Teodosio en Milán una parte de la Primavera, y partió despues á Roma para recibir el debido honor del triunfo. Hizo su entrada pública por el mes de Junio,

nio, con toda la magnificencia que se merecian las grandes acciones que acababa de executar; pero el mayor ornamento de este triunfo fue la modestia del que triunfaba. Juntóse á él Valentiniano despues de la derrota de Maximo, y quiso partir con aquel Principe la gloria de este dia. Hizole subir sobre su carro triunfal con el Principe Honorio, á quien habia hecho venir de Constantinopla. Iban delante de él los despojos, y las insignias de las Provincias conquistadas. Seguiase despues el mismo Emperador, rodeado de los Señores de su Corte, bizarramente vestidos. Tiraban su carroza algunos elefantes con que el Rey de Persia le habia regalado. Iba detrás el Senado, la Nobleza, y todo el Pueblo, que explicaba su alegría con aclamaciones, y aplausos extraordinarios. Era, sin duda, mui magnífica la pompa, y sin embargo, todos apartaban los ojos de su magestuoso aparato por ponerlos en el vencedor por quien se hacia. Habló al Pueblo desde la Tribuna en la gran Plaza, y al Senado en el Campidolio con agrado, y magestad; y recibió con mucho gusto las arengas que le hicieron todos los Gremios, y Ordenes de la Ciudad; pero le agradó especialmente el Panegírico, que Pacato,
Ora-

Orador Francés, pronunció delante de él con aplauso del Senado, y aclamacion de todo el Pueblo.

El tiempo que se detuvo en Roma Teodosio ganó con su apacible trato, y generosa franqueza de corazon aquellos Pueblos que se gloriaban mucho de mantener todavia algunas reliquias de su antigua libertad. Iba á ver las obras públicas; pagaba las visitas á los particulares, y andaba por Roma sin fausto, ni trén de Guardias; mas como Senador particular, que como Emperador soberano; mas no por eso dexaba de emplear toda su atencion en abolir aquellas cortas memorias de la Idolatría que sus predecesores habian tolerado. Prohibió todas las Fiestas Paganas, y los Sacrificios; mandó despojar de todos los ornamentos á los Templos que se conservaban en el Campidolio, y quemar todos los Idolos que en él eran adorados; pero advirtió que se dexasen indemnes algunas Estatuas primorosas, labradas por Maestros excelentes, y dió orden para que sacandolas de los lugares donde servian al culto de la Religion se colocasen en las Galerías, y Plazas públicas, donde sirviesen al ornamento de la Ciudad.

Executaronse todas estas disposiciones

con

con tanto aplauso, y presteza, que el Emperador no tubo mayor gozo en todo el triunfo que el ver el regocijo con que se mostraba el Pueblo en semejante ocasion. Ensalzaban todos su religioso zelo, y entraban á rendir á Dios sagradas alabanzas en los mismos Templos que humeaban aún con los inciensos profanos. Solo Symaco se hizo reo de su cólera por las peticiones, y memoriales importunos que le presentó en favor de sus idolos. Habia éste cultivado estrechísima correspondencia con Maximo, en cuyo obsequio pronunció un Panegírico lleno de lisonjas, y adulaciones indignas de un hombre de su reputacion, y autoridad, y temia que Teodosio no estuviese justamente resentido de su proceder. Acusado de varios delitos de lesa Magestad, é impelido de los remordimientos de su conciencia, se refugió á una Iglesia, no juzgando á sus Dioses capaces de defenderle, despues de tantos obsequios unidos para ensalzarlos.

Pero viendo que Teodosio no hacia mucho caso de semejante acusacion, recobró el ánimo, y la seguridad. Y para reparar en algun modo la falta cometida, compuso un Panegírico en honor de este Principe, y le recitó, asistiendo el Senado

en

en su presencia; pero como los animos fuertemente preocupados con alguna especie, rebuelven siempre sobre el asunto de su prevencion; éste, ácia el fin del discurso, se insinuó con destreza en el punto de la Religion, y del Altar de la Victoria. Ofendióse Teodosio de esta pretension obstinada, que ya pasaba á tema, ó á capricho; y despues de agradecerle con tibieza sus alabanzas, le mandó que se retirase, y no se volviese á poner en su presencia. Poco tiempo despues le alzó el destierro, llamóle, y le recibió con el mismo agrado que antes, queriendo ganar con esta dulzura á un sugeto hábil, y bastantemente corregido con aquella desgracia.

No contento con arruinar la Idolatría, quiso tambien desterrar de Roma á todos los Hereges que habia en la Ciudad; pero sobre todo encargó mucho al Prefecto Albino, que no permitiese parar en ella á ninguno de profesion Maniquéo. Tuvo largas conferencias con el Papa Sirico, y de resulta de ellas remedió muchos abusos de que se habia informado. Hizo Edictos mui severos contra los Magos, y contra sus fautores, y los que osaban encubrirlos, ó substraerlos á la justicia. Purgó la Ciudad de muchos, y varios desordenes, haciendo

do echar por tierra los parages que por su retiro, ó su especial situacion servian al desenfrenamiento, y á la lujuria; reprimió la insolencia de los ladrones que armaban lazos, y hacian caer en ellos á los Ciudadanos, y principalmente á los forasteros, á los quales despojaban, y muchas veces tenian ocultos en lugares subterraneos. Asi procedia este Principe sin descanso, ni intermision, por la justicia, y por la piedad; pareciendole que no podia hacer mansion en algun Pueblo un Emperador Christiano sin dexar establecida en él la seguridad, la Religion, y la continencia.

Por este mismo tiempo le llegó la noticia de la demolicion del famoso Templo de Serapis en Alexandría, demostracion que él habia mandado hacer en castigo de cierto alboroto movido por los Paganos. Habia en Alexandría un Templo antiguo, pero arruinado, cedido en otro tiempo por el Emperador Constancio á los Arrianos; pero creciendo cada dia el numero de los Católicos, el Patriarca Teofilo suplicó al Emperador que le diese aquella Iglesia desierta, y desamparada. Concediósela, visitóla, y quiso hacer en ella algunos reparos. Empezóse á cabar la tierra,

y.

y se descubrieron unas cuebas mui profundas, mas oportunas para capa de infamias que para teatro de misterios. Los Gentiles, que no querian se revelasen los secretos de sus vergonzosas ceremonias, ni que se exâminasen mas aquellos lugares ocultos, donde se hallarian los fragmentos de cuerpos despedazados que habian servido á sus abominables sacrificios, embarazaron á los Peones la continuacion de la obra. Los Christianos se empeñaron en proseguirla, y la disputa paró en declarada sedicion. Era mas crecido el numero de los Fieles; pero como procedian con mas moderacion, ó mas tiento fueron vencidos en algunas partes. Cayeron no pocos en manos de los Infieles, y resistiendose generosamente á sacrificar á los Idolos fueron cruelmente despedazados.

Los Magistrados se arrimaron varias veces al Templo de Serapis, donde los sediciosos se habian atrincherado, y procuraron ponerlos en orden; pero no pudiendo ni reducirlos por la razon, ni forzarlos por las armas dieron aviso al Emperador; éste los respondió, que los Mártires que habian muerto á sus manos eran mas dignos de envidia que de lastima; pero para evitar en adelante semejantes desordenes,

era

era forzoso quitar la causa, esto es, destruir los Templos. Leída esta Carta publicamente, los Christianos manifestaron su gozo con gritos extraordinarios, y los Gentiles publicaron su dolor con llantos inconsolables; y temiendo en sus personas lo que se iba á executar en los Templos, se escaparon errantes, y fugitivos. Comenzóse á executar la sentencia en la demolicion del Templo de Serapis echando por tierra aquel Idolo famoso que habia mandado hacer el Rey Sesostris. Destrozaronle en mil pedazos, y le arrastraron ignominiosamente por las calles.

Lo mismo se executó con las demás mentidas deidades que adoraban los Paganos. Con esta ocasion se manifestó su flaqueza; descubrieronse los artificios, y engaños de los Sacerdotes, y muchos Gentiles se convirtieron á la Fé de Jesu-Christo. Quando llegaron á oídos de Teodosio estas felices noticias, levantó las manos al Cielo, y dixo estas formales palabras: Yo os doi gracias, Dios mio, porque habeis destruído los errores de aquella Ciudad supersticiosa, sin verme yo precisado á derramar la sangre de mis Vasallos. Escribió luego al Patriarca, congratulandose con él de la gracia que Dios acababa de hacer á su

Iglesia, y le aconsejó, que vendiendo la plata, y oro de todos los Idolos que se habian despedazado, distribuyese el precio entre los pobres de su Diocesis; añadiendo, que era preciso hacer manifiesto á los Gentiles, que el zelo de los Christianos no admitia mezcla de avaricia, dandoles exemplo de una Religion pura, y desinteresada. Vendieronse, pues, todos los fragmentos de aquellas preciosas Estatuas. Formaronse vasos de caridad, de los otros metales que habian servido á la superstición. Solamente se reservó un Idolo de orden de Teofilo, el qual le hizo elevar sobre una columna en medio de la Plaza pública, para que la posteridad hiciese burla de los Gentiles, por el culto ridículo de los Dioses, injuria que los mortificó sobre todas las demás. Mandó el Patriarca, que en el mismo sitio del Templo de Serapis se edificase una Iglesia en honor de San Juan Bautista. Los demás Obispos de Egipto imitaron este egemplo, y en poco tiempo quedó enteramente purificada de la superstición aquella Provincia tan dada á la Idolatría.

Teodosio, mas satisfecho de los triunfos de la Religion, que de sus propias victorias, salió de Roma el primer dia de

Septiembre para bolver á Milán, y de alli á Constantinopla. Restituyó en el Imperio á Valentiniano, y le imprimió tan felizmente en el animo los sentimientos de la Religion Católica, por sus reiteradas instrucciones, que este joven Principe, naturalmente inclinado á la piedad, fue en adelante el defensor de la Fé, y entregado enteramente á la disciplina, y direccion de San Ambrosio, le honró hasta la muerte como á su padre, y maestro.

La Emperatriz Justina, que tanto cuidado habia puesto en inspirarle la heregía, de que ella misma estaba inficionada, no logró el consuelo de ver su triunfo, y restitucion á la Corona, permitiendo Dios que muriese en tiempo de la guerra. Era hija de Justo, Gobernador de la Marca, en el Imperio de Constancio. Casó en primeras nupcias con el Tirano Magnencio, que habiendo perdido la batalla de Mursa en la Panonia, se quitó á sí mismo la *vida* para evitar el castigo que merecia su rebelion. Enamoróse de ella Velentiniano el Grande, y la tomó por esposa despues de la muerte de la Emperatriz Severa, su primera muger. Era Justina una Princesa de genio fiero, intrépido, impetuoso, amiga del juicio propio, y preocupada de toda la im-

impiedad del Arrianismo. El credito que logró siempre en la estimacion de su marido, y la grande autoridad que se tomó sobre su hijo, causaron grandes turbaciones á la Iglesia; y si la Providencia no la hubiera opuesto un Prelado de la entereza, y resolucion de San Ambrosio, los Arrianos se hubieran hecho dueños de Milán sin resistencia, y el mundo aprendería con nuevo, pero fatal documento, quánto daño puede hacer una muger Princesa, poderosa, y prevenida, que junta á la flaqueza del sexo, lo fuerte de la pasion.



HISTORIA
DE TEODOSIO EL GRANDE.

LIBRO QUARTO.

GOZABA el Imperio de una profunda paz despues de la ruina del Tirano, y se aplicaba Teodosio con la mayor atencion al restablecimiento de los negocios de Occidente, antes de dar la buelta á Constantinopla, quando le llegó la noticia de la sedicion sucedida en Tesalónica. El motivo fue poco considerable; pero sus resultas fueron de tanto bulto, que ellas solas forman una de las principales partes de esta Historia.

Boterio, Gobernador de la Iliria, y Teniente General de los Egércitos del Emperador, recibió orden de mantenerse en su Gobierno con todas las Tropas que estaban á su cargo, asi para conservar la disciplina de los Pueblos, como para reprimir el orgullo de los Barbaros, en caso que intentasen alguna irrupcion en los dominios del Imperio. Residía de or-

ordinario el Gobernador en Tesalónica, Ciudad mui opulenta, y populosa, Capital no solo de la Macedonia, donde estaba situada, sino tambien de otras muchas Provincias circunvecinas. Desde alli velaba, y disponia todas las cosas con gran prudencia, zelo, y christiandad, mientras el Emperador estaba ocupado en la guerra contra Máxîmo; luego que recibió noticia cierta de la victoria de Teodosio, mandó que se celebrase con públicos regocijos en todas las Ciudades de su gobierno. Señalaronse mucho en esta ocasion los vecinos de Tesalónica, todos apasionados por la gloria de su Principe, y gente mui inclinada á todo genero de fiestas, y espectáculos. Celebraron, y mantuvieron por repetidos dias juegos públicos, con magnificencia extraordinaria.

Logró entre todos especial credito, y estimacion, un Cochero de Boterio, mostrando tan particular destreza en manejar los caballos, y conducir las carrozas por el Circo, que llevaba tras de sí los aplausos, y atencion de todo el Pueblo; pero gozó poco tiempo de este favor popular, porque acusado, y convencido de algunas libertades, y aun infamias que habia executado con esta ocasion, Boterio,

rio, hombre recto, y de severa entereza, le hizo asegurar, y poner en una estrecha prision, así para escarmentarle á él, como para enseñar á los demás criados suyos, con este exemplo de severidad, y justicia, la modestia con que debian proceder.

Faltaban todavia algunos dias de Circo en Tesalónica; y prendado el Pueblo de la gracia, y destreza del Cochero, juzgaba que sin su asistencia estaría la funcion insulsa, y fria, con que resolvieron pedir al Gobernador que le diese libertad. Resistióse éste constantemente á quantas súplicas, y ruegos le hicieron los que tomaron á su cargo el ablandarle. Sabiendo el Pueblo la repulsa, corrió en tropel á Palacio, y renovó con la mayor viveza sus instancias. Disgustóse Boterio de esta importunacion, que ya pasaba á tema, ó á capricho, y no quiso ceder en un negocio, en que se trataba no solo del buen orden de su familia, sino del respeto debido á su cargo, al parecer atropellado, y desatendido. Entonces los mas sediciosos comenzaron á murmurar, y teniendo la repulsa de la gracia que se les negaba por una clara injusticia que se les hacia, pidieron á gritos la libertad del prisione-

ro, no ya como gracia; sino como necesidad, y como justicia. En un instante se removió toda la Ciudad insensiblemente. Unos corrian á la Carcel, resueltos á forzar las puertas; otros recibian con pedradas á los Magistrados que venian á contenerlos; y como no hai insolencia de que no sea capáz un Pueblo caliente, y amotinado, rompieron las puertas de Palacio, atropellaron las Guardias que intentaron resistirlos, y dieron muerte al mismo Boterio que salia á sosegarlos.

Llegando á noticia del Emperador este desorden, se irritó de tal manera, que resolvió arruinar enteramente aquella Ciudad; y en el ínterin dió sentencia de muerte contra algunos de sus habitadores. San Ambrosio, que tenia bien penetrado el humor, y genio de este Principe, y se interesaba mucho en su verdadera gloria, temió que no se abandonase nimiamente á estos primeros ímpetus, y á los consejos violentos de algunos Señores de la Corte. Hablóle con tanta eficacia, y le inspiró en tan buena coyuntura sentimientos de dulzura, y de piedad, que le hizo revocar la sentencia que habia pronunciado con el primer ardor de la colera. Otros muchos Prelados le hicieron tambien sus

representaciones, juntandolas á los ruegos del Arzobispo, y alcanzaron palabra del Emperador, de que salvaria la vida á los delincuentes.

Pero los principales Oficiales de Palacio, y especialmente Rufino, Mayordomo Mayor del Imperio, que se hacia mucho lugar en el aprecio, y estimacion de Teodosio; esperó ocasion, y le representó, que era necesario reprimir la licencia de los Pueblos; pues se aumentaba el desorden á vista de la inmunidad. Vuestra Magestad (dixo) ha perdonado mucho, y no sé si diga, que esta nimia condescendencia quita á las mas respetables Leyes la veneracion, y á los mas fieles Vasallos la seguridad. Aun la Sagrada persona de Vuestra Magestad está expuesta á la insolencia de sus Subditos, si dexa debilitar su autoridad, disimulando sus atrevimientos. Verdaderamente, Señor, que es cosa digna de admiracion ver á un Emperador que sabe vencer muchos enemigos, y no tiene fuerza para sujetar á pocos rebeldes. Los Obispos siempre están obligados á la dulzura; pero á los Principes muchas veces los executa el rigor. No se gobierna un Imperio como una Diocesi; la Iglesia, y el Estado caminan á un mismo fin; pero con me-

medios diferentes. Y en fin, Señor, hai lances, en que el exceso de la clemencia, es exceso de rigor, y el exceso del rigor, es exceso de clemencia. En las presentes circunstancias juzgo que se deben atajar los desordenes que amenazan al Imperio, castigando con severidad los que arruinan á Tesalónica.

Traxo despues á la memoria del Emperador las Estatuas de la Emperatriz, arrastradas en Antioquia por los vecinos, el Palacio Patriarcal reducido á cenizas en Constantinopla por los Hereges, y las Sinagogas arruinadas en Callicin por los Solitarios. Representóle mil consecuencias funestas que podian seguirse de aquel peligroso disimulo, y en fin, supo renovar en su pecho tan fuertemente la colera con estas nuevas especies, que se olvidó de la palabra que habia dado, y resolvió abandonar á Tesalónica al furor de los Soldados que embiaba allá para este efecto. Y por librarse de las representaciones de los Obispos, salió luego de Milán, despues de haberse quexado agriamente en el Consejo de la ligereza, ó infidelidad de los que tenian cuidado de informar á San Ambrosio de todas las resoluciones que se tomaban en él.

Era Teodosio de un genio vivo, y ardiente, y que con facilidad se dexaba llevar de la colera contra los que una vez le habian ofendido; pero sosegado aquel ímpetu primero, que no siempre obedecia á la jurisdiccion de su arbitrio, bolvia luego sobre sí; y como no viciasen su nativa bondad con perniciosos consejos, perdonaba despues mas gustoso á aquel contra quien se habia irritado mas colerico. Recibia bien á los que le iban á la mano en semejantes ocasiones; y corrido de haberse hecho esclavo de la pasion, el que era Señor del mundo, queriendo reparar en algun modo esta falta, y aun juzgando acaso, que la colera de un Principe es castigo insoportable al más noble sufrimiento, no pocas veces perdonaba á los culpados, sin mas razon que el haberlos repreendido con demasiada acrimonía; pero hacia (pension universal aun de los mejores Principes) una peligrosa confianza de los que juzgaba serle fieles, y lograban el honor de ser sus favorecidos; los quales animaban las pasiones de Teodosio, y encubrian las propias con pretexto del bien público. De esta manera se dexaba engañar algunas veces; y aunque sus intenciones eran sanas, era sin embargo ca-

páz

páz de cometer mui grandes yerros.

Resuelto, pues, á executar un exemplar castigo en aquella Ciudad, y á proponer en ella un escarmiento á los otros Pueblos; se propuso el negocio en el Consejo; y se determinó por uniformidad de votos, que se embiasen Tropas á Tesalónica, con orden de entrar en ella á sangre, y fuego, y de pasar á cuchillo á todos sus moradores. Encargóse á todos el secreto de aquella resolucion. Dieronse las ordenes necesarias para la execucion, y solo se temia en el delito que se fraguaba, el zelo, y entereza de San Ambrosio, si por fortuna lo sabía. Los Oficiales á quienes se habia fiado esta comision sangrienta, la desempeñaron con toda la destreza, y crueldad que se les habia encomendado. Hicieron grandes preparativos de espectáculos, y de juegos públicos, con los quales engañaron á aquel miserable Pueblo, que antes debia esperar el Cadahalso, que el Teatro; y un dia, quando el Circo se hallaba como inundado de inumerable gentío, se dieron la señal que entre sí mismos habian concertado.

Pareció entonces que la tierra brotaba, ó que el Cielo llovia Soldados, que á guisa de irritadas furias se arrojaban con

las

las armas en la mano, en las Plazas, en las Calles, en las Casas; y especialmente, en el Circo, donde habia concurrido la mayor parte del Pueblo. Pasaban á todos á cuchillo, sin respetar á edad, sexo, ó condicion de personas. El primero que ocurria era el primero que se sacrificaba. Padecian los inocentes confundidos, ó embueltos entre los culpados. Los Forasteros que no habian concurrido en la culpa, entraban á la parte en el castigo, y cebados los Soldados en la sangre que vertian, yá no mataban por satisfacer á la Justicia, sino por saciar el furor.

En esta ocasion fue quando un Mercader de los mas acomodados que habia en la Ciudad, viendo á su infelíz familia en terminos de ser cruelmente degollada, se arrojó á los pies de aquellos Barbaros homicidas, y no pudiendo vencerlos con lagrimas, ni ruegos, los ofreció toda su hacienda, y su propria vida, porque perdonasen á la de dos hijos inocentes, cuya desgracia sentia mas que la propia. Entonces, mostrandose ellos algo compadecidos, le respondieron, que aun no estaba completo el número de los muertos, segun el orden de su comision, y que la unica gracia que podian hacerle, era dexar

zar á su arbitrio la vida de uno de los dos; y que asi escogiese prontamente al que mejor le pareciese. El miserable padre reducido á la triste necesidad de condenar á uno por salvar al otro no acababa de resolverse. Viendo esto aquellos Barbaros, y no pudiendo sufrir tanta suspension, mataron inhumanamente á entrambos. Tres horas duró el sangriento estrago que se hizo en la Ciudad, en cuyo espacio perecieron siete mil personas.

No era creible que Teodosio hubiese mandado executar esta venganza sin límites. Sin embargo, como los Principes han de dar estrecha cuenta de lo que se hace en su nombre, y de los excesos que se cometen en la execucion de sus órdenes, todos cargaban á Teodosio la culpa de este atentado. Llegó presto la noticia á Milán, donde habian concurrido muchos Prelados para asistir al Concilio, que se habia de celebrar contra Joviniano, y sus parciales. Todos se llenaron de horror al oir una accion tan cruel, y tan sangrienta; y todos abominaron altamente del que habia mandado executarla.

Y entendiendo San Ambrosio que el Emperador pensaba en venir á verle, le escribió luego una Carta, poniendole delan-

lante la enormidad de su delito, y exortandole á que hiciese rigorosa penitencia. La Carta decia asi:

SEÑOR:

Vuestra Magestad se sirva escusarme si no admito el honor de salir á recibirle. Aunque tengo mui en el corazon el debido reconocimiento á las particulares demostraciones de benevolencia, y crecidas honras con que Vuestra Magestad se ha dignado favorecerme, confieso que no sentiré por ahora aquel especial consuelo que experimentaba otras veces con la vista de Vuestra Magestad; mas quiero dexarle solo, y darle tiempo para hacer sérias reflexîones sobre su conducta, que molestarle con mis precipitadas correcciones. Reconozco á Vuestra Magestad por un Gran Principe, temeroso de Dios, zeloso de la Fé, y lleno de buenas intenciones, pero mui vivo de genio, mui facil de natural, y mui pronto á recibir qualesquiera impresiones, de perdon, ó de venganza.

Verdaderamente, Señor, que habeis castigado á Tesalónica con un modo nunca oido; y no podeis alegar ignorancia para escusar vuestro delito, pues mui con tiem-

tiempo se os hizo conocer su enorme disonancia. Los Obispos gimen inconsolables, y todos juzgan indispensablemente necesario, que Vuestra Magestad se reconcilie primero con Dios, si quiere ser admitido á la participacion de los sagrados misterios. Es preciso labar la mancha de la culpa con el agua de la penitencia. Ni debe avergonzarse algun Monarca de hacer lo que primero executó David, aquel Gran Rei, de quien Jesu-Christo descendió, segun la carne, reo no mas de la muerte de un solo inocente. No acuerdo á Vuestra Magestad este exemplo para confundirle, sino para alentarle con su imitacion, á que se reconozca, y humille delante de Dios. Todo hombre, por grande que sea, está expuesto á cometer grandes yerros. Asi, pues, como confidente os aconsejo, como Amigo os advierto, y como Obispo os exorto á que repareis vuestra falta. Sería cosa verdaderamente deplorable, que un Principe acostumbrado á llenar de admiracion al mundo con los heroicos exemplos de piedad, y de clemencia, se quedase endurecido, y que habiendo perdonado á tantos culpados, no se arrepintiese de haber muerto á tantos inocentes.

Gran-

Grandes, sin duda, son las prendas que posee Vuestra Magestad, y le hacen dignísimo del solio; grandes las batallas que ha ganado de sus enemigos; y sin embargo, los Vasallos de Vuestra Magestad le han estimado mas por sus virtudes, que por sus victorias. Lastima sería que por una sola accion perdiese Vuestra Magestad toda la gloria que se ha adquirido por tantas.

El reconocimiento, la estimacion, y el respeto que profeso á Vuestra Magestad, no pueden embarazarme el que ya siga los estatutos de la Iglesia; y segun ellos, no puedo ofrecer en vuestra presencia el Santo Sacrificio, hasta que Vuestra Magestad haya satisfecho á Dios por su pecado. Esto escribo á Vuestra Magestad de mano propia para que allá en su retiro pueda hacer reflexîon sobre el contenido de mi Carta. Realmente, Señor, yo mas quisiera ganar la gracia de mi Principe por una complacencia honesta, que desconsolarle con una repreension agria; pero quando se trata de la causa de Dios, me es forzoso sacrificar la inclinacion del gusto á la obligacion del Oficio.

¡En fin, Señor, pluguiese á Dios que yo hubiera creido mas á mi propio instinto,

to, que á las expresiones de vuestra bondad! Pero acordandome que tantas veces os habia visto perdonar, y deponer vuestra cólera, fié de vuestra costumbre aun mas de lo que debiera. Vuestra Magestad se ha dexado prevenir, sin que yo pudiese impedir lo que no pude temer, ni aun sospechar. Sabe Dios el tierno reverente amor que os profeso, y las véras con que le pido incesantemente vuestra salvacion. Si Vuestra Magestad cree que es verdad lo que le digo, siga el consejo que le doi; si no lo cree, disimule los excesos de mi zèlo, y no lleve á mal que quiera agradar al Emperador del Cielo, antes que complacer al de la tierra.

Leyó Teodosio esta Carta, y sintió luego la eficacia de una tan libre, como prudente representacion. Disipadas las nubes de la prevencion, y sosegada la cólera, reconoció la accion que acababa de executar, desnuda de los aparentes pretextos, y sutiles discursos de una falsa politica. Oprimida su alma con los remordimientos de la conciencia, dió lugar á un religioso temor de los juicios de Dios, y de las Censuras Eclesiasticas. En semejante estado, casi no pudiendo sufrirse á sí mismo, y no es-

esperando hallar sólido consuelo, sino en el Santo Arzobispo, cuyos consejos habia despreciado, y cuyo inflexible zelo tenia bien conocido, partió al punto á Milán sin detenerse un instante.

Luego que llegó á la Ciudad, solo pensó en dar nuevas muestras de su piedad, y Religion, para desimpresionar los ánimos de las especies que naturalmente habrian cobrado con la tragedia de Tesalónica. Con este fin quiso ir á la Catedral para asistir á los Divinos Oficios, y participar de los sagrados misterios. Dieron cuenta al Arzobispo, y dexando al punto el Coro de la Iglesia donde estaba, salió hasta mas allá del patio para esperarle; luego que se descubrió Teodosio, anduvo algunos pasos ácia él, y estando ya en proporcionada distancia, le dixo con aquel ayre de autoridad que le daba la elevacion de su carácter, y la santidad de su vida.

Parece, ó Emperador, que aun no habeis conocido la enormidad de vuestro delito, pues teneis osadia para poneros en mi presencia. Posible es, que prevenido con la grandeza de vuestra dignidad, os oculteis á vos mismo vuestras flaquezas, y que vuestro orgullo ciegue vuestra razon. Acordaos que vuestra naturaleza es

par-

barro, y lodo como todas las demás; que sois polvo, y sereis polvo como lo son, y serán los otros hombres. No os deslumbre el resplandor de esa purpura que al fin cubre un cuerpo fragil, y mortal. Vos, y vuestros Vasallos sois de una misma especie; ellos os sirven á vos, y vos, y ellos servis á un mismo Dios, amo, y Señor de todos los Soberanos. ¿Cómo pues, teneis valor para pretender entrar en su Santo Templo? ¿Osareis alargar esas manos manchadas aún con la inocente sangre que hicisteis derramar, para recibir en ellas el Sagrado Cuerpo de Jesu-Christo? ¿Osareis recibir su adorable Sangre en esa boca, que en el ardor de vuestra cólera, pronunció mas homicidios que palabras? Apartaos, pues, apartaos; y no, no querais añadir á vuestros delitos este nuevo sacrilegio. Antes bien prevenios á recibir con humildad la sentencia que yo pronuncio en la tierra, y que Jesu-Christo aprobará sin duda en el Cielo contra vuestro pecado, y por vuestra salvacion.

Teodosio sensiblemente penetrado al oir este discurso, estuvo un gran rato inmoble, fixos en tierra los ojos, sin hablar palabra; despues de esta suspension, buelto al Arzobispo, le respondió, que reco-

nocia su culpa, pero que esperaba en la misericordia de Dios le perdonaria con benignidad, atendiendo á su flaqueza; y alegando para esto el egemplo de David: le replicó San Ambrosio; pues Vuestra Magestad imitó su pecado, imite tambien su penitencia. Entonces aquel Principe, que se hallaba bien instruido de las maximas de la Religion, y del poder de la Iglesia, en vez de ofenderse de esta resistencia, la miró como un remedio saludable de un mal, cuyas funestas consecuencias no habia penetrado bien hasta entonces. Retiróse, pues, á su Palacio con las lagrimas en los ojos, y estuvo ocho meses apartado de los Sagrados misterios, viviendo como penitente, y casi no acordandose de que era Emperador.

Llegando en este tiempo la fiesta del Nacimiento de nuestro Señor Jesu-Christo: Teodosio, penetrado vivamente de dolor, se levantó á la mañana mas presto de lo que acostumbraba, y no pudiendo tener parte en la solemnidad de aquel dia, pensaba pasarle todo en una tristeza profunda. Entró en su Camara Rufino, Mayordomo Mayor de Palacio, á quien honraba el Emperador con su amistad, y confianza, viendole en aquel desmayo de corazon, y

cai-

caimiento de animo, le preguntó la causa; y habiendola sabido quiso consolarle, y para eso le iba insinuando con destreza, y artificio; que era necesario hacerse dueño de sí, despreciando con generosidad de corazon ciertos temores fantásticos, que solian cubrirse con nombre de Religion; que hai lances en que debe el Principe dar á entender que es Señor, y Soberano; que era peligroso sujetarse siempre á los dictámenes de personas poco, ó nada versadas en el manejo de los negocios politicos; pero que si su Magestad tenia tanta delicadeza de conciencia, podia satisfacer á la piedad, sin caer en el abatimiento; que no era el mal tan crecido como se ponderaba; y en fin, que su Magestad habia tenido razon para castigar á los culpados; pero que no la tenia para afligirse tan cruelmente. Asi este Valído, despues de haber inducido á su amo á cometer el delito con sus perniciosos consejos, procuraba apartarle ahora del arrepentimiento, con sus malignas lisonjas.

Pero Teodosio, mui lejos de admitir este consuelo, se sintió mas vivamente afligido; y despues de alguna suspension en que el dolor le embargaba las palabras: Callad, Rufino, callad (le dixo con indigna-

nacion), y no os burleis mas de mi dolor; yo conozco, mejor que vos, el estado en que me hallo; con que no tengo razon para estar altamente penetrado del mas vivo sentimiento, quando veo que el mas infimo Vasallo mio, vá hoi con libertad á ofrecer sus votos á los pies de los Altares, y que solo yo tengo cerrada la puerta de la Iglesia, y lo que es mas, la de la Gloria, segun aquello del Evangelio: *Todo lo que ligáreis en la tierra, será ligado en los Cielos.*

Viendose Rufino sin esperanza de arrancar de su religioso pecho aquel christiano temor que habian impreso en él las eficaces advertencias de San Ambrosio, se ofreció á interceder con este Prelado, y obligarle con sus ruegos á levantar la sentencia de Excomunion que habia pronunciado. Disuadiaseló Teodosio, diciendole, que el Arzobispo era inflexible, y en tratandose de las Leyes, y disciplina Eclesiastica, le hacia poca fuerza la autoridad, y poder de los Emperadores; que él reconocia ser mui justificada la sentencia de San Ambrosio; y asi queria mas purgar bien su pecado, que pedir inutilmente la gracia de una absolucion precipitada.

Era en aquel tiempo práctica ordinaria

de

de la Iglesia, no recibir en público á los penitentes hasta que se acercaba la solemnidad de las Pasquas, haciendo que los homicidas viviesen muchos años separados de la comunion de los Fieles, en el estado que llamaban de la penitencia. Esta costumbre hacia persuadir á Teodosio, que sería inutil la pretension en aquellas circunstancias. Con todo eso, Rufino insistió en su pensamiento, y le persuadió con tal eficacia que saliese de aquel infelíz estado, haciendole concebir tan buenas esperanzas, que al fin le dió licencia para que fuese á hablar al Arzobispo, y resolvió seguirle él mismo poco tiempo despues. Desempeñó Rufino su comision con mucha destreza; pero San Ambrosio reconociendo se queria hacer punto politico, la que debia ser reconciliacion Eclesiastica, le respondió con su libertad acostumbrada: No dice bien al complice el oficio de intercesor; y asi Rufino, si te ha quedado algun rastro de vergüenza, ó tienes algun escaso tinte de temor de Dios, no debes acordarte del suceso de Tesalónica, sino para llorar con lagrimas de sangre los perniciosos consejos que inspiraste á tu Señor. No se dió por sentido Rufino de una reprecension tan agria; renovó sus instancias,

empleó los ruegos, añadió las sumisiones, sin perdonar á cosa que pudiese mover al Arzobispo. Mas viendole siempre inflexible en su resolucion, le previno que el Emperador llegaria presto á la Iglesia. Replicóle el Santo sin asustarse. Venga si quisiere, que yo me pondré á la puerta para prohibirle la entrada. Si viene como Emperador Católico, no violará las leyes de la Religion; si viene como Tirano, podrá añadir la muerte de un Arzobispo zeloso, á la de tantos Vasallos inocentes.

Oyendo Rufino esta respuesta, embió prontamente un recado al Emperador avisandole que el negocio no habia salido como se esperaba, y pidiendo á su Magestad se sirviese no venir, si queria no exponerse á nuevo desaire. Estaba ya Teodosio en camino, y mui adelantado, quando recibió este aviso. Paróse un poco, y haciendo alguna reflexion, pasó adelante, resuelto á llevar con paciencia la confusion, que á su parecer tenia bien merecida. Hallabase el Arzobispo en una Sala vecina á la Catedral, donde daba ordinariamente sus Audiencias, quando le advirtieron que el Emperador estaba á la puerta. Salió luego ácia él, y le dixo, que no procederia como Emperador Christiano, si intenta-

ba forzar la Iglesia ; que el pretender asistir al Santo Sacrificio antes de haber hecho penitencia de sus pecados, era lo mismo que rebelarse contra el mismo Dios, y atropellar impiamente sus mas sacrosantas Leyes ; respondióle Teodosio con mucha humildad, y sumision, que no era su animo entrar por fuerza en la casa de Dios, ni violar los Estatutos Eclesiasticos ; que venia á suplicarle se dignase romper las cadenas con que le tenia aprisionado, y de abrirle la puerta de la salvacion, en nombre de aquel Señor, que abre siempre la de su misericordia á los pecadores que sinceramente se arrepienten de sus culpas. Preguntóle el Arzobispo, ¿qué penitencia habia hecho, y qué remedios habia aplicado para curar una herida tan mortal y peligrosa? Yo vengo á vos como á Medico (respondió el Emperador) y asi á vos, y no á mí, toca recetarme lo que debo executar.

Tomó entonces la mano el Santo Arzobispo ; pusole delante la suma infelicidad de un Principe, que no sabe tenér á raya sus pasiones ; expuesto siempre á pronunciar sentencias iniquas, y á derramar sangre inocente. Mandóle hacer una Lei, que pudiese contener, y servir de freno

á

á su cólera, y á la de sus succesores. Por esta Lei se establecía, que si alguna vez los Emperadores, contra su costumbre se hallaban obligados á proceder con especial rigor, y severidad contra alguno, ó algunos delinqüentes, despues de pronunciada la sentencia, habia de pasar un mes entero antes de la execucion, para que sosegadas las pasiones, serena y tranquila la razon pudiesen repasar sus sentencias, y discernir sin prevencion al inocente del culpado. Dispuesta asi esta Ordenanza, y publicada luego, ú ocho años despues, como quieren algunos Historiadores, Teodosio la mandó escribir entre las demás leyes, firmóla al punto, y ofreció observarla con la mayor exâctitud.

Hecho esto, recibió la absolucion, y admitido en la Iglesia, se postró al punto en el suelo, y comenzó su oracion por aquellas palabras del otro Rei pecador, y penitente. *Mi alma está pegada á la tierra, Señor, restituidme la vida segun vuestra promesa.* En esta postura se mantenia, hiriendose el pecho de quando en quando, pidiendo al Cielo perdon, y llorando su pecado á vista de todo el Pueblo, que enternecido al mirar este espectáculo, le hacia compañia en las lagrimas,

mas, ó de dolor, ó de consuelo. Quando llegó el tiempo del Ofertorio se levantó, acercóse al Altar á ofrecer su donativo, como antes lo acostumbraba, y pasó á tomar asiento en el Coro entre los Clerigos cerca del balaustre.

Advirtiólo el Arzobispo, y queriendo abolir una costumbre, que la condescendencia de los Obispos, y la relaxacion de la disciplina habia introducido, le embió á preguntar, ¿qué esperaba en aquel puesto? Respondió Teodosio, que esperaba á que saliese la Misa, para ser admitido á la comunion de los sagrados misterios. Replicóle el Arzobispo por uno de sus Diaconos, que se admiraba mucho de verle introducido en el Santuario; que la Púrpura le hacia Emperador, y no Sacerdote; y asi no tenia en la Iglesia mas lugar que los demás Legos: Respondióle el Emperador, que perdonase, que su animo no era ni habia sido afectar distinciones ó particularidades, ni mucho menos violar los Sagrados Estatutos de la Iglesia; que habia creído serían unos mismos los estilos de Milán, y de Constantinopla, donde tenia asiento en el Coro; pero que no siendo asi, daba gracias al Arzobispo por la bondad con que se dignaba corre-

gir-

girle, y enseñarle. Diciendo esto se levantó, salió del balaustre, y fue á ponerse en el cuerpo de la Iglesia entre la muchedumbre del Pueblo.

Imprimiósele tan altamente en el animo esta importante leccion, que bolviendo á Constantinopla, y hallandose en la Iglesia Catedral cierto dia mui solemne, despues de haber hecho su ofrenda, se salió luego del Coro. Reparó en esta accion el Patriarca Nectario, y embió al punto á suplicarle se sirviese bolver á entrar en él, y ocupar el asiento que estaba destinado para su Magestad: ¡Ha (dixo entonces arrancando un suspiro de lo mas intimo del pecho) y quánto tiempo estuve sin conocer la diferencia que hai entre un Obispo, y un Emperador! ¡Infeliz de mí! Que estoi cercado de necios aduladores, y no he hallado mas que un hombre que me desengañe, y me diga la verdad: Ambrosio sí, que es Obispo verdadero, y no es facil que haya en el mundo otro Ambrosio. Yo, á lo menos, no le conocí hasta aora. Desde aquel tiempo se mantuvieron los Emperadores fuera del balaustre, en lugar superior al Pueblo; pero inferior al de los Sacerdotes. Tanta impresion hacen las prudentes adverten-

tencias de un Prelado zeloso, y de costumbres irreprehensibles, en el animo de un Principe, á quien deba algun cariño el cuidado de su eterna salvacion.

Toda la Iglesia está aun el dia de oy edificada de la docilidad, y religiosa Fé de este grande Emperador. Los Santos Padres consagraron en sus escritos la memoria de su piedad, y enseñan con este exemplo á todos los Soberanos el modo de reglar su autoridad por la justicia, y no por la pasion; discernir los consejos saludables de los perniciosos, y tener mas vergüenza del pecado, que del arrepentimiento.

Despues que Teodosio se sujetó á sí mismo á las leyes de la Iglesia, empleó toda su autoridad para sujetar á otros á su puntual observancia, y reprimió la insolencia de Joviniano; y sus seqüaces, á quienes acababa de condenar el Concilio de Milán. Este Heresiarca habia sido Religioso en cierto Monasterio de la misma Ciudad, que se conservaba en la regular observancia por desvelos, y atencion del zeloso Arzobispo; pero aquel genio inconstante, y sensual dexó presto una vida tán austera, y penitente. Engañó y llevo consigo á otros Monges de ninguna re-

ligion, y de poco juicio, á los quales tenia ya inficionados con una doctrina pestilente, y contagiosa. Pretendió ser admitido segunda vez en aquel Santo Monasterio; pero los Monges, juzgando prudentemente que era veleidad su arrepentimiento, y su conversacion, y comercio sería mui peligroso, no quisieron recibirle. Sentido de esta repulsa, comenzó á enseñar públicamente, que el ayuno, y demás exercicios de penitencia eran de ningun merito y fruto; que no era mas excelente la virginidad que el matrimonio; que recibida una vez la gracia del Bautismo, no habia que temer á las tentaciones, cuyo impulso era siempre inferior á la resistencia del tentado; que era igual el premio, y la gloria en todos los Bienaventurados, con otras muchas maxîmas, que miraban directamente á la relaxacion de las costumbres, y al desprecio de la disciplina. Sobre tener tan mala causa, era tambien mal defendida; porque desnudos enteramente sus escritos de toda especie de atractivo, no se veía en ellos, ni claridad, ni eloqüencia; pero como su doctrina era tan conforme á la sensual inclinacion de todos los hombres, se dexaba persuadir sin mucha

di-

dificultad. Asi, disminuyendo la gloria de la virginidad, entibiaba, y aun corrompia á muchas Virgenes Romanas; y á puro declamar contra el Celibato precipitaba á muchos continentes en la disolucion.

Muchos sugetos de acreditada santidad, y literatura escribieron contra su doctrina, y contra su vida, que era mui conforme á sus opiniones, y le reprehendieron con acrimonía sus liviandades, profanidades, é incontinencia. El Papa Sirico, despues de haber condenado á este Heresiarca, embió sus Legados á Milán, para convocar un Sinodo, y ahogar en su propia cuna aquellos nuevos errores. Este Sinodo, que comenzó sus sesiones al mismo tiempo que llegó la noticia del suceso de Tesalónica, condenó á Joviniano, y sus seqüaces, acomodandose en todo á la sentencia de Roma; y solo faltaba la execucion. De ésta se encargó Teodosio, y por un Edicto, dado en Verona á los doce de Septiembre, mandó salir de Roma á aquellos hombres insolentes, que mantenian aún el nombre, y trage de su profesion, y los desterró á parages solitarios y desiertos, donde forzosamente guardarian continencia, si las ordenes de Teodosio hubieran hallado en los Magistrados la debida execucion. No

No se contentó con esto el zelo de Teodosio, porque informado de las torpísimas infamias que se habian introducido en Roma á la sombra de esta heregia, mandó publicar Ordenanzas severísimas contra varias especies de torpezas; y ordenó con la mayor seriedad al Gobernador, que castigase esta corrupcion con suplicios correspondientes á la enormidad de los delitos, á fin de establecer en los Romanos la pureza de costumbres, á que en otro tiempo Constantino el Grande habia comenzado á reducirlos. Por este mismo tiempo prohibió tambien con penas rigorosísimas el Matrimonio celebrado entre Primos-Hermanos, renovando los Ediĉtos de sus Predecesores, abrogados, ó desobedecidos por el desenfreno, y el desorden. Hizo otras muchas Leyes que miraban al reposo del Estado, y á la policía de la Iglesia. Pero la célebre Ordenanza que hizo tocante â las Diaconisas, merece que la refiramos aqui con todas sus circunstancias; asi porque la ocasion de hacerla fue mui ruidosa en aquel tiempo, como por instruccion que puede dar á los Principes para arreglar su conduĉta.

En todos tiempos ha pedido la Igle-

sia á sus hijos penitentes una Confesion pública, ó particular de sus pecados, como humillacion necesaria, y señal evidente de dolor, y de arrepentimiento. Los Ministros ó Confesores, á quienes se daba el cargo de dirigir las conciencias, oían las acusaciones que cada uno hacia contra sí mismo, y ordenaban las penitencias y satisfacciones correspondientes á los pecados que se les descubrian, ó confesaban. Mientras los Cristianos se mantubieron en el favor, y pureza de las reglas Evangélicas, sólamente residía en los Obispos el Tribunal de la penitencia. Pero creciendo el número de los Fieles, é introducida la relaxacion de la disciplina entre la inevitable turbacion de las persecuciones, se hicieron tan freqüentes los pecados, y los Obispos se hallaron tan oprimidos de negocios, que fue preciso señalar á cada Iglesia un Confesor, ó Presbítero (como le llamaban entonces) Penitenciario. Era obligacion de éste oír las Confesiones de los Penitentes, prescribirlos el tiempo, y modo de la satisfaccion, y despues de exercitados segun su necesidad, en diferentes prácticas de penitencia, presentarlos al Obispo, para ser absueltos, y reconciliados.

Este cargo establecido por mucho tiem-

po en Constantinopla, fue suprimido por el Patriarca Nectario, con ocasion de cierto desorden que sucedió en aquella Iglesia. Una Señora de calidad, viuda y moza, que al parecer, con devocion menos sólida habia ascendido á la dignidad de Diaconisa, hizo una Confesion general de toda la vida pasada con el Penitenciario, y éste la impuso en penitencia de sus pecados muchos ayunos, y oraciones extraordinarias. Era preciso, para cumplir con la penitencia, estár muchas horas en la Iglesia, y con este motivo, tubo ocasion para vér y hablar varias veces con cierto Diacono mozo, de quien hizo mucha confianza. Estas conversaciones, mui sérias al principio, degeneraron poco á poco en familiaridades indecentes, y al fin, el comercio espiritual pasó á amistad ilicita. Finalmente, apretada la viuda de los remordimientos de su conciencia, fue á confesar su pecado, y en la Confesion, por imprudencia, ó por descuido, nombró al cómplice de su delito.

El Penitenciario quiso exâminar la verdad del hecho: comprobóle, informó al Patriarca, y el Diacono fue depuesto. El cuidado que se puso en ocultar el motivo de esta deposicion, excitó mas la curiosi-

dad

dad de algunos para saber el misterio. Supose, al fin, el delito que ya muchos habian sospechado, y se esparció la voz por toda la Ciudad. El Pueblo, cargando sobre todo el Clero la imprudencia de un individuo, estubo en terminos de amotinarse. El Patriarca Nectario por evitar el alboroto, y quitar en lo futuro la ocasion de semejantes escándalos, suprimió el oficio de Penitenciario en su Iglesia, siguiendo el dictamen de uno de sus Capellanes, que se llamaba Eudemón. Esta, ó fuese total abolicion de aquel cargo, ó suspension de la penitencia pública por tiempo determinado, abrió una brecha fatal á la disciplina.

Informado, y condolido Teodosio del desorden que acababa de suceder en Constantinopla; queriendo quitar á los Paganos todo pretexto de satirizar contra las costumbres de los Cristianos, hizo una Ordenanza, por la qual arreglaba la edad, y Testamentos de las Diaconisas. Eran estas ciertas Señoras de conocida piedad, que se empleaban en todo quanto conducia al consuelo, instruccion, y disciplina de las personas de su sexô. Distribuian las limosnas de los Fieles, enseñaban la Doctrina Christiana, y ceremonias del Bautismo, cuida-

daban de que se observase la debida decencia en amortajar á las difuntas, en ungirlas, y sepultarlas; y aunque su cargo no era algun orden en la gerarquía Eclesiástica, sin embargo se veneraba siempre como un ministerio antiguo, y considerable.

Habianse introducido entre ellas dos especies de abusos. Unas en la flor de su edad, con una ansia mugeril de señalarse entre las otras por su especial devocion, se cortaban los cabellos, y se entraban en la Iglesia; por esto sucedió mas de un escándalo, y siempre habia peligro. Otras, con una indiscreta liberalidad, hacian vanidad de dar todos sus bienes á las Iglesias, y Hospitales; con que no pocas veces arruinaban sus familias, por satisfacer á la avaricia de los Eclesiásticos.

Para remediar estos abusos, ordenó que ninguna viuda fuese admitida al cargo de Diaconisa, hasta cumplir los sesenta años de edad, conforme el aviso de *San Pablo*; y prohibió á las que eran admitidas al dar con pretexto de Religion, su oro, plata, y piedras preciosas, dexandolas solamente libre la disposicion del usufructo de sus heredades; pero no permitiendolas disipar, ó enagenar las raíces con perjuicio de sus hijos, y parientes, como

mo ni testar de ellas en favor de los Clerigos, de los pobres, ni de las Iglesias.

La primera parte de esta Ordenanza fue generalmente bien recibida, y aprobada; pero quanto á la segunda, le representaron, que no era bien impedir las últimas piadosas intenciones de las moribundas, ni agotar una de las principales fuentes de la caridad; que parecia ser contra la libertad de la Iglesia, y aun contra el justo derecho de los pobres, el excluirlos de las herencias, y limosnas de los Fieles; que bien debilitada estaba la Religion, y bien fria la caridad, sin limitarlas nuevamente con leyes injuriosas á la una, y á la otra. El Emperador, que nunca miró como desdoro de la Magestad el desdecirse, quando le hacian patente que como hombre era capáz de engañarse, recibió tan bien esta representacion, que dos meses despues publicó en Verona un Edicto revocatorio de la primera lei. Mandó que se borrase de todos los registros; de manera, que ningun Abogado pudiese citarla ni Juez alguno debiese recibirla.

Asi gobernaba el Imperio con religiosa politica en la Ciudad de Milán, quando recibió la noticia de la muerte de la Emperatriz Galla, su segunda muger, que

se habia quedado en Constantinopla. Sintió con vivísimo dolor la falta de esta Princesa, porque la amaba con pasion, y la habia logrado poco tiempo entre las turbaciones de la guerra, y los cuidados de la restauracion del Imperio. Sacóla de los errores en que la Emperatriz Justina la habia imbuido desde su infancia, y la hizo compañera, no menos de su piedad, que de su trono. Murió en la flor de sus años, dexando solo una hija llamada Placidia, aquella Princesa tan celebrada en la fama, por su peregrina belleza, por su extraordinario ingenio, por las raras aventuras de su vida, y por las grandes muestras que dió de su fervorosa fé, y de su ardiente zelo por la Religion.

Celebraronse en su honor magníficos funerales. Poco tiempo despues hizo levantar Arcadio en la Plaza mayor de Constantinopla una hermosa columna, donde mandó colocar la estatua de plata de Teodosio, con inscripciones, y Geroglificos de sus últimas victorias, queriendo que fuese á la posteridad un eterno monumento de la gloria del padre, y de la piedad del hijo.

Tomó, en fin, Teodosio la resolucion de dár la buelta ácia Oriente, para disfrutar

tár entre sus amados Pueblos la dulzura de la paz, que acababa de establecer en todo el Romano Imperio. Habiase detenido casi tres años en Italia; empleando todo este tiempo en poner las Provincias en orden, y en instruir al Joven Valentiniano, á quien amaba como si fuera hijo suyo. Sabiendo el mucho crédito que Simaco tenia en el Senado, le honró con la dignidad de Consul, haciendo quanto pudo para ganar aquel animo inquieto, que podia perturbar los negocios, y era cabeza de un considerable partido. Y al mismo tiempo promulgó severísimos Edictos contra el culto de los falsos Dioses, mostrando con este modo de proceder, sabía prescindir en los sugetos el mérito, y la Religion. Hecho esto salió de Milán, dexando el Imperio de Occidente sosegado, y al Emperador bien instruido en el arte de reinar.

Habia mandado marchar una parte del Egército, para castigar de paso el atrevimiento de los Bárbaros, que habian salido á inquietar el reposo de los Pueblos. Estaban estos refugiados en los bosques de la Macedonia, conducidos á ellos por los desertores, de que ya hablamos arriba, para librarse del castigo que merecia su trai-

cion. Al principio mas parecia vandada de foragidos, que cuerpo de Tropas arregladas; pero aumentado considerablemente el número, con la rota del Egército de Maximo, comenzaron á observar algun orden, y hicieron irrupcion en la Tesalia, y en la Macedonia. Creció su atrevimiento con la falta de resistencia que encontraron, y en poco tiempo talaron impunemente toda la campaña; luego que tubieron noticia de que el Emperador venia á ellos con su Egército, se mantubieron quietos en los bosques que rodeaban las lagunas, y no osando salir al descubierto, se contentaban con hacer algunas correrias durante la noche, y al despertar el dia se retiraban con el butin á la maleza. Mas parecian Fantasmas que Ladrones; quexabanse todos de sus insultos; pero nadie se atrevia á forzarlos en su retirada.

Llegando Teodosio á Tesalonica, hizo abanzar ácia los bosques una parte de su Infanteria conducida por Timaso, y poco despues la siguió tambien él mismo. Hizo buscar á los enemigos; pero tardando mucho en darle noticia de ellos, salió del campo ocultamente, seguido de cinco Oficiales bien montados, para reconocer por su persona los lugares donde podian estár encu-

cubiertos. Descubrió felizmente lo que pretendia saber, porque entrando en una pobre casa para descansar de la penosa fatiga de una larga carrera, halló en ella un hombre, cuya inmutacion de semblante, y modo de andar asustado, le hizo entrar en algunas sospechas. Informóse secretamente de quién era, y de dónde venía; mas no pudiendo averiguar cosa cierta de aquel sugeto desconocido, mandó que le asegurasen. Quiso exâminarle por sí mismo; pero no pudiendo sacarle respuesta alguna positiva, ni por amenazas, ni por promesas, hizo que le aplicasen á qüestion de tormento. Apretado entonces con la fuerza de los dolores confesó, que era espía de los Bárbaros; que corria la campaña por el dia, para enseñarles el butin que habian de recoger ellos por la noche; y sobre todo, que tenia orden de informarlos del tránsito del Emperador, y de la marcha de su Egército. Declaró despues el número, las fuerzas, y el lugar donde estaban refugiados.

El Emperador partió prontamente ácia su Egército, y el dia siguiente marchó con algunas Tropas, las quales embistieron tan valerosamente contra aquel cuerpo de Bárbaros, que sin embargo de la dificultad

del

del sitio, y de su desesperada resistencia, los forzaron en sus mismas emboscadas. Fue mui grande el número de los muertos; hicieronse algunos prisioneros, y otros fueron exemplarmente castigados; siguióse el alcance de los demás desde la mañana hasta la noche. Viendo Timaso que estaban los Soldados fatigados con el alcance, suplicó al Emperador que tomase algun descanso, y le permitiese tambien á los que le seguian. Hizose la señal de recoger; acampóse en unas praderías que estaban alli cercanas; dióse licencia á los Soldados para que celebrasen con regocijos la victoria; y con la demasiada confianza que se tenia, no se puso todo el cuidado que se debiera en la guarda y disciplina del campo.

Entre tanto se rehicieron los Bárbaros; y habiendo sabido por algunos de los suyos que felizmente se escaparon, el estado en que se hallaban las Tropas, vinieron á favor de la noche, echaronse sobre *ellas*, y hicieron un grande estrago, antes que lo percibiesen. Al fin, los que estaban menos dormidos, tocaron al arma en todas partes, y todos se pusieron en estado de defensa. Corrieron todos á la tienda del Emperador, que al primer ruido se habia levantado. Travóse la escaramuza en el mismo

cam-

campo, y hubiera sido mui dudoso su fin y suceso, si aquel Príncipe no animára á los Soldados con su exemplo, y si Promoto, uno de sus Tenientes Generales, que no se hallaba lexos, no hubiera llegado con algunos Esquadrones de Caballería, que acabaron de desordenar, y poner en fuga al enemigo.

Quería Teodosio seguir en persona el alcance, para librar á sus Pueblos de las incomodidades que les ocasionaban estos Bárbaros; pero Promoto le representó, que aquellos no eran enemigos dignos de la fatiga, ni aun del cuidado de un Emperador; que debia su Magestad reservarse para expediciones de mayor decoro, y dexar al cuidado de alguno de sus Tenientes una faccion obscura, donde habia trabajos que vencer, sin gloria que adquirir. Encargóse él mismo de esta comision, y la desempeñó tan fiel y valerosamente, que encerrando á los Bárbaros en sus mismas chozas, hizo en ellos tan gran carnicería, que no escapó ni uno solo.

El Emperador entre tanto continuaba su viage. Todos los Pueblos salian á recibirle con extraordinario afecto, y al entrar en las Ciudades era cada entrada un triunfo. Llegó en fin, á Constantinopla el

dia

dia nueve de Noviembre, mas glorioso con las aclamaciones de sus Vasallos, que con las victorias de sus enemigos. Salióle á recibir su hijo Arcadio, y todos los Estados del Imperio manifestaban á competencia el gozo que tenian por su feliz arribo.

El primer cuidado que ocupó la atencion religiosa de Teodosio, fue el rendir á Dios humildes gracias por todos los buenos sucesos de su Imperio, visitar el magnífico y suntuoso Templo que habia hecho edificar en honor de San Juan Bautista, y hacer trasladar á él desde una Aldea vecina de Calcedonia las reliquias del mismo Santo, con grande solemnidad. Informóse del estado que tenian los negocios de la Iglesia, y habiendo entendido que Eunomio habia celebrado sus asambleas en la Ciudad, y publicado en ella algunos de sus errores, le mandó desterrar de Constantinopla. Lo mismo executó con otros Hereges de las Ciudades circunvecinas, para quitarles la ocasion, y medios de difundir el veneno de su Secta, y corromper los Pueblos con su comunicacion pestilente, y contagiosa.

Regladas asi las cosas que concernian á la Religion, se aplicó á reconocer las necesidades del Estado, y aliviar las Provin-

cias

cias que estaban algo cargadas, levantando en tiempo de paz los tributos, y contribuciones que habia impuesto, precisado de la inevitable necesidad de la guerra. Sobre todo procuró atajar los malos designios, y perniciosas inteligencias que se iban formando en la Corte, asi por los artificios, y negociaciones de Rufino; como por los zelos, y emulacion de los demás Cortesanos contra este favorecido.

Era Rufino Francés de nacimiento y de origen, natural de la Provincia de Aquitania, hombre de calidad moderada; pero de elevado entendimiento, sagáz, insinuativo, bien cultivado, propio para divertir á un Principe, y tambien capáz de servirle. Vinose á la Corte de Constantinopla, ganó amigos, y protectores; dieronle á conocer á Teodosio, y éste se prendó de sus partidas. Supo usar tan diestramente de estos primeros alhagos de la fortuna, que en poco tiempo subió á ocupar los cargos mas apreciables. Hizole el Emperador Mayordomo Mayor de su Palacio, Consejero íntimo de todos los Consejos, y del Gabinete, honróle con su amistad y confianza, finalmente le dió á su hijo Arcadio por compañero en el Consulado.

Mantubose Rufino en el valimiento por

los

los mismos medios que le habian llevado á él; esto es, mas por su artificio, que por su virtud. Crecía la ambicion al paso de la fortuna. Procuraba enriquecerse con los despojos de los que infamaba primero con las calumnias. Miraba con odio irreconciliable á qualquiera sugeto de prendas sobresalientes, bastando para ser su enemigo, el poder ser su competidor. Con todo eso, como temia perder la amistad del Principe si no se conservaba en su estimacion, afectaba siempre una gran modestia, y noble desinterés; cubría sus perniciosos consejos con pretextos de justicia, y de politica; y era tan diestro en manifestar sus prendas, ocultando sus defectos, que el Emperador, con toda su comprehension, y sin embargo de ser tan zeloso de su autoridad, se dexaba muchas veces prevenir, y gobernar sin advertirlo.

Mortificaba, y aun irritaba mucho á los Señores de la Corte la elevacion de este Valído. Timaso y Promoto, que acababan de gobernar los Egércitos, y de hacer al Imperio tan importantes servicios, pretendieron ser preferidos á él en diferentes ocasiones. Taciano, que en ausencia de Teodosio habia sido Governador de todo el Oriente no podia sufrir verse subalterno

de

de un Ministro nuevo, y sin otra prenda, recomendable, que la dicha de haber agradado al Principe. Proculo, hijo de Taciano, y Governador de Constantinopla, mozo ardiente, y animoso, resistía á Rufino en todas las ocasiones que se ofrecian. Conspiraron todos juntos contra él, y resolvieron perderle. Noticioso Rufino de estos designios, previno el animo del Emperador, y componiendo el semblante ácia la modestia y el dolor, le dixo: Señor, los crecidos favores, con que cada dia me honra la generosa dignacion de vuestra Magestad, me hacen odioso á toda la Corte. Pareceme, que me he portado con toda la moderacion, de que he sido capáz por no irritar la emulacion de los embidiosos; sin embargo sé, que cada dia se forman facciones, y se arman lazos contra mi honor, y mi vida. Infaliblemente caeré precipitado, si no me sostiene la poderosa mano que me levantó. Yo, Señor, bien conozco mi ningun mérito, y que me hallo enteramente destituido de todo genero de prendas. Solo me asiste la fortuna de ser favorecido de vuestra Magestad, y la dicha de hallar en mi propio genio quanto necesito para profesar á vuestra Magestad un eterno reconocimiento.

Despues que empeñó al Emperador en protegerle, bolvió la atencion no solo á librarle de sorpresas, sino tambien á perder á sus emulos, y enemigos. Estos odios ocultos y encubiertos hasta entonces, comenzaron á declararse poco tiempo despues; porque hallandose en un Consejo con Promoto, tubieron los dos diversas contestaciones. Luego que salió el Emperador bolvió á encenderse con mas calor la disputa; cada uno pretendia defender su opinion, y parecer; y al fin vinieron insensiblemente á calentarse. Dixole Rufino no sé qué palabras injuriosas; cegóse Promoto con la cólera, y le dió una bofetada. Corrió luego la voz por el Palacio. Hablaban todos segun el afecto, ó inclinacion que dominaba á cada uno; pero el Emperador, á quien fue al punto Rufino á dar sus quexas, se irritó sobre manera. Protestó altamente, que ya estaba cansado de sufrir, y disimular tanta emulacion, tanta contienda, y de aguantar la insolencia de los que fomentaban semejantes disensiones; que tratasen de vivir en paz, y de mirar con respeto á las personas que merecian su cariño; y que tubiesen entendido, si no daban fin á sus emulaciones, que pondria á Rufino en parage

gé tan superior á todos ellos, que se viesen obligados á respetarle, y aun acaso á obedecerle.

Este Principe, que hablaba como soberano, y sabía hacerse temer quando la necesidad lo pedia, pronunció estas palabras con tanta entereza, y magestad, que nadie osó replicarle. Desterró á Promoto de la Corte, y casi al mismo tiempo dió á Rufino el cargo de Prefecto del Pretorio. Esta nueva dignidad, y la proteccion del Emperador, de que estaba recientemente asegurado, le dieron lugar de vengarse mas facilmente de sus enemigos. Promoto no sobrevivió mucho tiempo á su desgracia; porque habiendo recibido orden de conducir el Exercito, y marchar contra los Bastarnos, que arrasaban impunemente todo el País de la Tracia; fue muerto en una emboscada por una partida de los Barbaros. No faltaron algunos que atribuyeron á Rufino esta traicion.

Ni fue menos funesta la muerte de Proculo. Hizole este Ministro acusar de muchos delitos; corrompió los Comisarios que estaban señalados para el conocimiento de su causa, induxolos por debaxo de cuerda á que le condenasen á muerte, y dispuso las cosas de manera, que la

gracia, y perdon de la vida que le embió Teodosio, llegase despues de la execucion. Enredó á Taciano en negocios de su familia, y Timaso no sería mas dichoso que los otros, si no hubiera buscado la amistad de este favorecido, haciendose complice, y confidente de sus mas enormes delitos. Tal era la conducta de Rufino, que abusaba de la bondad, y confianza de su dueño; y que cinco años despues, quando yá no le contenia el temor, y miedo de Teodosio, viviendo con Emperadores cobardes, y poco habiles, fue una de las principales causas de la desolacion del Imperio, por su orgullo, y por su ambicion desmesurada.

En semejante estado se hallaban las cosas de la Corte de Constantinopla, quando llegaron á ella las noticias de la traicion de Arbogasto, y de la muerte de Valentiniano. No obstante lo mucho que trabaxó, y se desveló Teodosio en dexar á este joven Principe un Imperio pacifico, y bien gobernado; apenas dió la buelta á Oriente, quando se formaron contra él varios partidos en Roma, y en las Gaulas. Los Senadores Paganos instaron en sus antiguas pretensiones, y le hicieron una Deputacion solemne, pidiendole la res-

restauracion de sus Templos, y el exercicio libre de su Religion. Exâminóse la peticion en el Consejo, y aunque todos los votos se inclinaban á conceder lo que se pedia, Valentiniano se opuso á esta resolucion, y despidió á los Diputados con una repulsa, que no les dexaba lugar á nuevas esperanzas.

Muchos que se habian hecho Christianos por politica, buscaban modo para renunciar impunemente la Religion. Procuró Teodosio poner algun remedio á este desorden mientras estubo en Occidente; porque habiendo entendido, que no pocas personas de calidad, por acomodarse al tiempo, y hacerse aptas para los cargos politicos, dexaban el culto de los Dioses, y se hacian bautizar; juzgó prudentemente que no se mantendrian constantes en la Fé, los que entraban á ella por una puerta tan falsa, y la abrazaban por motivos tan humanos. Para quitarles, pues, la libertad de mudar facilmente de Religion, mandó promulgàr un severísimo Edicto contra los Apostatas. Declarólos incapaces de ser testigos en instrumentos públicos, inhabiles para succeder en qualquiera herencia, indignos de ser admitidos á la Compañia de los hombres de

 bien,

bien, privados de voz activa, y pasiva; decaídos de todo cargo, nobleza, ó dignidad, sin poder jamás pretender ser restablecidos; queriendo que los que habian profanado los sagrados misterios, fuesen mirados, no solo como personas erradas, sino como hombres perdidos, mereciendo ser abandonados de los hombres, los que primero habian abandonado á Dios.

Muchos, pues, que se hallaban empeñados en una Religion, á la qual solo se habian unido por tiempo determinado, pensaban en hacer un Emperador, que les permitiese dexar la Religion, sin perder las dignidades. Sucedió al mismo tiempo, que Valentiniano, habiendo sabido estaba en Roma una Comedianta de peregrina hermosura, que arruinaba, y corrompia á toda la juventud, mandó que saliese de la Ciudad, y la traxasen á la Corte. El sugeto á quien se dió este orden, se dexó ganar con dinero, y se vino sin efectuar su comision. Despachó luego el Principe otras personas mas fieles, que sacaron aquella Cortesana, y la conduxeron á las Gaulas, donde se hallaba á la sazon. Detubola alli mucho tiempo; mas no quiso verla, temiendo caer él mismo en el desorden, que pretendia corregir en

los

los demás. Los interesados á quienes quitaba la ocasion, dandoles al mismo tiempo exemplo de continencia, se sintieron de uno y de otro, y se conjuraron contra él, porque resistía á sus pasiones, y no podían oponerle otras semejantes.

Flaviano, Prefecto del Pretorio, sugeto habil, y de grande experiencia en los negocios, pero mui entregado á las supersticiones paganas, acaloraba, y mantenia por debaxo de cuerda estos movimientos.

Era digno de temerse este sugeto, asi por la gran reputacion que lograba en la Ciudad, y por ciertas predicciones estudiadas, que esparcia cautelosamente entre sus parciales, como por las ocultas conexîones, é inteligencias que mantenia con el Conde Arbogasto, el qual, estando acostumbrado á mandar en las Gaulas como dueño, tomaba sus medidas para conservarse, á pesar de los zelos del Emperador, en la autoridad que se habia adquirido por todas aquellas Provincias.

Era Arbogasto un Capitan Francés, que desde sus mas juveniles años habia seguido las Vanderas, y Estandartes de los Romanos. Acompañó á Graciano en las guerras de Alemania, y ganó en todas

las funciones gran credito, y reputacion. Quando murió este Principe se negó constantemente á reconocer á Máximo, y en la casi general revolucion de todos los Oficiales del Egército, solo él se mantubo firme por el partido de Valentiniano. Llegó á todos los empleos que se merecia su fidelidad, y la gran opinion que se tenia de su valor, y de su buena conducta. Ganóse el cariño, y veneracion de todos los Soldados, que de su propia autoridad le confirieron el baston de todo el Egército, sin que la Corte osase resistir á esta eleccion. Despues de vencido Máximo, cuya rota se debió principalmente á su valor, fue embiado á las Gaulas para sujetarlas, y mandar las Tropas que se destinaban á mantenerlas. Restableció en ellas los negocios del Imperio; ganó muchas batallas contra los Bárbaros, y aun contra los de su misma nacion; obligandolos á que le pidiesen la paz con rendimiento.

Estos grandes servicios le hicieron tan dominante, y tan absoluto, que tomó por sí mismo la entera administracion de las Guerras del Imperio. El Egército seguia ciegamente todas sus disposiciones; porque fuera de ser hombre de valor, afor-

afortunado en sus empresas, y mui práctico en el arte de la guerra; era enemigo del fausto, tan desinteresado, que solo recibia el sueldo del Emperador para repartirlo entre los Soldados, á los quales cedia enteramente el butin de las victorias, sin reservar para sí mas interés que la gloria de haber vencido, y tenia una vida tan frugal, tan modesta, y tan laboriosa, que parecia compañero de los mismos de quienes era Capitan.

Teodosio que conocia bien sus grandes partidas, estuvo casi resuelto á llevarle consigo; pero despues juzgó sería mas expediente dexarsele á Valentiniano como sugeto de experimentada fidelidad, que con su credito, y exemplo podia contener la Corte; y asistir con su consejo á aquel Joven Emperador, que tenia bellísimas intenciones, pero le faltaba la necesaria experiencia en los negocios. Creyó Arbogasto, que ya no podia hallarse digna recompensa á sus servicios, y se hizo mas insolente, quanto se juzgó mas necesario. Disponia de los cargos del Egército; reglaba las Tropas, y las daba nuevas formas de disciplina; hacia la guerra ó la paz segun su capricho, despreciando, ó reformando las ordenes del Emperador, y no que-

queriendo admitir otros límites á su poder, que los de su orgullo, y ambicion.

Viniendo despues Valentiniano á las Gaulas, no pudo sufrir que Arbogasto mandase en ellas como Soberano; intentó abatirle, pero sin perderle, y si pudiese ser sin mortificarle. Para esto, daba algunas órdenes importantes sin su comunicacion; era muchas veces de contrario sentir á su dictamen; algunas desechaba sus consejos, y preferia los de otros Ministros, esperando por este camino acostumbrar insensiblemente á la dependencia á un sugeto que le sería mui grato si no afectára serle igual. Arbogasto, que no gustaba ser contradecido, ni queria perder un punto de la autoridad que se habia ganado, se ligo secretamente con todos los mal contentos, y resolvió atropellar por todo, si le apuraban demasiado. En el interin iba asegurando los Oficiales del Egército, y hacia resistencia á las disposiciones del Emperador, quando éste no se acomodaba á su sentir.

En este mismo tiempo se recibió la noticia de que un Egército de Bárbaros venía abanzando acia las fronteras de Italia. Valentiniano, que se hallaba á la sazon en Viena de las Gaulas, resolvió pasar

los

los Alpes, y marchar contra los enemigos á la frente de sus Tropas; pero antes de empeñarse en esta guerra, quiso atender á la salvacion de su alma, y al reposo de su Imperio; para lo primero se hizo bautizar, y para lo segundo, declaró á Arbogasto privado de su gracia, y le quitó el bastón del Egército.

En quanto al Bautismo, aunque habia en las Gaulas Prelados de mucha opinion, y santidad, quiso recibirle por mano de San Ambrosio, á quien solía llamar su Padre, y su Maestro. Queria embiar á llamarle por uno de sus Oficiales, quando supo que el mismo Santo estaba ya para ponerse en camino, de lo que mostró gran consuelo, y alegria. Al primer rumor de la marcha de los enemigos, los Gobernadores, y Magistrados de las Ciudades mas expuestas, acudieron al Arzobispo, suplicandole fuese á representar al Emperador el riesgo en que se hallaba la Italia, si no era prontamente socorrida. Aceptó la deputacion, juzgandola necesaria para el reposo, y seguridad de su Pais. Disponiase para salir el dia siguiente, quando se tubieron en Milán noticias fixas de que el Emperador acaloraba su viage, estando ya publicado el dia de su partida, el

equi-

equipage mui abanzado, y dadas todas lás órdenes necesarias para los alojamientos de la Corte, y Quarteles de los Soldados. El Arzobispo, cuya caridad nunca se negaba á lo necesario, y cuya moderacion siempre se resistia á lo superfluo, se juzgó entonces descargado de su comision, y esperó al Emperador en Milán, mientras èl Emperador le esperaba á él en Viena.

Entre tanto Valentiniano cada dia mas zeloso de su autoridad, y mas ofendido de la insoportable arrogancia de Arbogasto, resolvió arruinarle. Aguardó coyuntura, y un dia que estaba en su trono, viendo entrar á este General, le miró con indignacion, y le puso en la mano un billete, en que le mandaba retirarse de la Corte, y dexar el baston de sus Egércitos. Recibió Arbogasto el papel, leyóle, le hizo pedazos en su presencia; y bolviendose al Emperador, le dixo con desacato: Este baston no me le conferisteis vos, y asi tampoco sois vos el que me le habeis de quitar. Valentiniano, consultando á su corage, y arrebatado de la ira, se arrojó á coger la espada de uno de sus Guardias, para atravesar con ella á Arbogasto. Detuvole la Guardia, y aun le obligaron despues á publicar que este Principe, *in*-

dig-

dignado de que no le dexasen executar *todo* lo que se le antojaba, habia intentado quitarse á sí mismo la vida. Arbogasto, despues de este lance, juzgó que ya no estaba seguro, y que asi ya era preciso acabar el delito comenzado, antes de ser prevenido. Con pretexto de que algunas personas poderosas pretendian arruinarle, convocó sus amigos, ganó los Eunucos de la Cámara, y puso muchos Soldados de su devocion en todas las cercanías de Palacio.

El Emperador embió sus órdenes al Campo, y todas eran despreciadas; habló él mismo á los principales Cabos del Egército, y de ninguno era obedecido. Viendose de esta manera, y en un instante casi totalmente abandonado, y cercado en su mismo Palacio, despachó prontamente uno de sus Secretarios á Teodosio para pedirle socorro; y aun dudó si iria él en persona á buscar asilo segunda vez en la Corte de Constantinopla; pero creyó, al fin, que San Ambrosio sería bastante para sacarle del apuro en que se hallaba. Escribióle, pues, al punto, pidiendole que viniese sin dilacion á bautizarle, y á terminar por medio de algun decente ajuste las diferencias que tenia con Arbogasto.

Partió el Santo al momento, confiado en la grande autoridad que tenia sobre el uno, y el otro; y resuelto á reconciliarlos, dando á uno, y á otro una prueba evidente de la sinceridad de sus intenciones, entregandose por prenda á qualquiera de los dos, ó en todo caso arrimandose al Emperador, para defenderle con sus ruegos, y oraciones, si Arbogasto se mantenia inflexible.

Hallabase ya en medio de los Alpes, quando supo con increible dolor la muerte de Valentiniano. Los Historiadores hablan con diversidad del tragico fin de este pobre Emperador. Refieren unos, que estando divirtiendose, despues de comer, á las orillas del Rodano, Arbogasto le sorpreendió, y le quitó la vida. Otros creen que habiendole hecho ahogar por ciertos asesinos, dispuso que le colgasen de un arbol con su mismo pañuelo, para que juzgasen todos que él habia sido el homicida de sí mismo. Lo mas verisimil es, que fue sofocado por los Eunucos de Palacio á solicitacion de Arbogasto, y que asi fue hallado en su cama la noche del Sabado quince de Mayo, Vigilia de Pentecostés. San Ambrosio se bolvió á Milán, llorando inconsolablemente la desgracia de este Prin-

ci-

cipe, á quien amaba con ternurá, y cuyo extraordinario méritó tenia bien conocido.

Porque no bien llegaba á la edad de veinte y cinco años, quando ya poseia todas las qualidades que podian hacerle un grande Emperador. Su disposicion, su garbo, su robustéz, su destreza en toda especie de exercicios, y cierta gracia natural que acompañaba todas sus acciones, le hacian facilmente distinguirse, y señalarse entre todos sus Cortesanos. Lograba un entendimiento vivo, y penetrante, y sus pareceres en el Consejo eran tan justos, y tan graves, que en medio de sus pocos años, parecia un Varon consumado en la experiencia de los negocios. Era casto, liberal, humano, constante en la adversa fortuna, y moderado en la próspera. Aunque halló casi exausto el erario Imperial con la continuada infelicidad de las guerras civiles, nunca quiso cargar mas á los Pueblos, respondiendo á los que le aconsejaban impusiese tributos nuevos, que sería mejor pensar en suprimir los antiguos.

Fueron ácusadas delante de él ciertas personas de calidad, de que conspiraban contra su persona, teniendo designio de quitarle la Diadema; pero él hizo tan poco

caso de semejantes delaciones, por lo comun mui delicadas, que en su Reynado nadie temió la emulacion, ni las calumnias. Quiso, y estimó tanto á sus hermanas, que dilataba el casarse, temiendo no se disminuyese el amor que las tenia, habiendo de repartirse con la esposa que tomase; y quando se sintió embestido de los asesinos, no se le oyó mas quexa que el cuidado de sus pobres hermanas. Pero sin embargo de este tierno amor que las profesaba, nunca pudieron doblar su justicia, y entereza. Gozaban estas Princesas cierta heredad que su madre la Emperatriz Justina las habia dexado, sin mas titulo que el de la posesion. Los dueños de la heredad, á quienes se habia despojado de ella, pretendieron recobrar sus derechos, y confiados en la irrupta Justicia del Emperador, le constituyeron arbitro de esta diferencia. Embió la causa á los Jueces Ordinarios; pero en particular habló á las Princesas, y las reduxo á restituir generosamente la tierra que las disputaban.

Fue Principe mui docil, y pronto siempre á corregir sus defectos. Murmurabanle á los principios, que se entregaba nimiamente á los espectáculos, y á todas las diversiones del Circo. Abstuvose de ellos,

ellos, y aun concedia dificultosamente licencia para que se celebrasen estos juegos públicos en los aniversarios solemnes de los Emperadores, y en las grandes felicidades del Imperio. Notabanle algunos, de que la demasiada inclinacion á la caza le hacia menos aplicado al manejo de los negocios; mandó al punto matar todas las fieras que habia en los bosques, y en el Parque, y se aplicó enteramente á gobernar el Estado por sí mismo. Ya no tenian sus emulos que murmurarle, sino que algunas veces adelantaba la hora de comer por falta de sufrimiento, ó por sobra de intemperancia. Aprovechóse de este aviso, y fue tan abstinente, que ayunaba con mucha frecuencia, comiendo con gran parsimonia, y frugalidad, aun en los magníficos convites que solia hacer á sus Cortesanos.

No perdió ocasion de mostrar su piedad para con Dios, y su ardiente zelo por la verdadera Religion, ya contra los Herejes, ya contra los Paganos. Seguia siempre los consejos, é instrucciones de San Ambrosio, siendo ahora tan ardiente en amarle, y venerarle, como en otro tiempo en aborrecerle, y perseguirle. Mostrando en esto, que sus pasados errores procedian

dian mas de impresiones forasteras, que de malignidad de genio, ó destemplanza de natural. Reinó cerca de diez y siete años, Principe digno de vida mas dilatada, y de muerte mas felíz.

Los complices de su muerte publicaron que él mismo se habia quitado desesperadamente la vida; y que irritado porque sus Ministros resistian á sus pasiones, y no se acomodaban con sus designios injustos, y poco racionales, quiso mas dexar de vivir, que ser Emperador, sin ser dueño de sus acciones. Con este pensamiento dexaron que se sepultase honorificamente su cuerpo, no queriendo hacer alguna violencia que excitase las sospechas, y los hiciese reos de la pública indignacion.

Entre tanto era necesario proveer al Imperio de Emperador. Arbogasto, afectando moderacion, y modestia, reusó este honor, que nadie le hubiera disputado. Puede ser que el fausto, y exterior aparato no fuese de su genio, queriendo ser Emperador sin parecerlo. Puede ser tambien, que temiese ser tenido publicamente por el homicida de Valentiniano, si le veían ser su succesor; ó acaso creyó, que los Romanos no obedecerian de buena ga-

na á un Francès, ni los Christianos á un Gentil. Sea lo que fuere, él puso los ojos en uno de sus amigos, llamado Eugenio, y resolvió darle el titulo de la dignidad, reservandose en sí mismo la autoridad, y el poder. Era Eugenio hombre de humilde nacimiento, que habiendo profesado la Retorica con alguna reputacion, dexó la Escuela, y pasó á seguir la Corte. Recibióle en su familia, y le hizo su Secretario Ricomer, General de los Egércitos de Valentiniano, y partiendose éste á Constantinopla, se le dexó mui encomendado á Arbogasto, como sugeto capáz, habil, docto, y que podia servirle con utilidad. Escogióle, pues, Arbogasto, como á hechura suya, y que no pudiendo aspirar al Trono, ni mantenerse en él sin su asistencia, dependeria enteramente de él, por reconocimiento, y por necesidad.

Flaviano dió su consentimiento á esta eleccion, en nombre de los Paganos, esperando tener mas parte en el gobierno en tiempo de un Emperador de autoridad tan debil; no ignorando por otra parte, que aunque Eugenio era Christiano, tenia mucha inclinacion al Paganismo. Costó alguna dificultad el reducirle á que aceptase el Imperio; porque era de ánimo timi-

do, y cobarde, y gustaba mas de vivir con reposo en el estado de particular, que con inquietud en el de Principe; pero unos le ofrecieron tantos socorros, y otros le profetizaron tantas dichas, que al fin tomó la Púrpura, y la *Diadema*, y se dexó proclamar Emperador.

La noticia de la muerte de Valentiniano alteró sobre manera la Corte de Constantinopla. Teodosio la sintió vivísimamente. Escribió al punto cartas de mucho consuelo á aquellas afligidas Princesas, y pidió á San Ambrosio que tomase por su cuenta el cuidado de su sepultura, y funerales. Tenia ya mandado hacer este Prelado un magnífico sepulcro de pórfido, y luego que recibió el orden le hizo disponer, y celebró solemnísimas exequias á la memoria de aquel piadoso Emperador, pronunciando el mismo Santo la Oracion, ó Elogio fúnebre. Habló de él como de un perfecto Christiano, aunque no era mas que Catecúmeno. Aseguró que Valentiniano no habia faltado al Bautismo, sino el Bautismo á Valentiniano; que le purificó la Fé acompañada de la buena voluntad, y que se le debia imputar una gracia que habia deseado con ardor, que habia pedido con instancia, y á la qual se habia

dis-

dispuesto con una confesion animosa de su Fé, negando resuelta, y eficazmente á los Paganos el restablecimiento de sus inmundos Altares. Protestó con todo eso, que no se le pasaria dia alguno sin hacer memoria de él en sus Sacrificios, ni alguna noche sin darle parte en sus Vigilias.

Todo el Pueblo conmovido con las virtudes, y las desgracias de este Principe, renovó con su llanto el amor, y estimacion que le habia profesado. Las Princesas, á las quales dirigió el Arzobispo una parte de su discurso, se deshacian en lagrimas. Habian pasado mas de dos meses llorando, y haciendo Oracion en la Capilla, donde estaban depositadas las cenizas de su hermano. No podian apartarse de aquel sitio, y salian de él desmayadas, ó medio muertas. Quisieron asistir á sus Funerales, y despues se despidieron del mundo, donde ya no hallaban cosa que las agradase para ir á llorar lo restante de su vida la gran pérdida que acababan de padecer, y para buscar en solo Dios el consuelo que no podian esperar en ninguno de los hombres.

Mientras se rendian estos postreros honores á la feliz memoria de Valentiniano, Eugenio, asistido de los consejos de Ar-

bogasto, y de Flaviano, pensaba en asegurarse en su nueva dignidad. Abanzóse prontamente ácia el Rin con el Egército, y hizo proposiciones tan ventajosas á los Reyes de Francia, y de Alemania, que firmaron un tratado de paz renovando las antiguas alianzas con el Imperio. Reconcilióse tambien Arbogasto con estos Príncipes, á quienes habia tratado con grande orgullo, y soberanía en las guerras pasadas. Refierese que en un convite que les hizo, le preguntaron si habia tenido algun conocimiento con el Obispo Ambrosio, y respondiendoles él, que habia tenido la dicha de ser uno de sus amigos, y de comer varias veces á su mesa; ellos entonces comenzaron á decir, que de esa suerte no se admiraban ya de que hubiese conseguido tantas victorias, pues era amigo de un hombre que hacia detener al Sol en medio de su carrera si se le antojaba. Esta alianza con dos naciones tan belicosas contuvo á los otros Barbaros, y puso al Imperio en seguridad.

Despues de esto, despachó Eugenio sus Embaxadores á Teodosio para saber de él si queria reconocerle por Colega. Rufino Ateniense era el principal de la Embaxada; y á éste se le dió orden que no

hi-

hiciese mencion alguna de Arbogasto; y se contentaron con enviar algunos Clerigos para justificarle de la muerte de Valentiniano, de que le acusaban. Mostró dar gratos oídos á las proposiciones del Embaxador; y como no vió Carta alguna de Arbogasto, y aun se afectaba no hacer memoria de él, comenzó á dar grandes quexas de su mala fé, cargandole la muerte de Valentiniano. Los Clerigos comenzaron á defenderle, y quisieron persuadirle que estaba inocente de semejante delito; pero su estudiado discurso solo sirvió para aumentar las sospechas que se tenian de su traicion.

Aunque el Emperador tenia motivo para tratar con aspereza á los Diputados de un Homicida, y de un Tirano, con todo eso los habló con gran moderacion. Detuvolos algun tiempo en su Corte para deliberar despacio, y con madurez sobre el partido que habia de tomar; pero conociendo despues que procuraban divertirle con proposiciones de paz, y que no era seguro, ni decoroso el tratar con traidores, y rebeldes, despidió á los Embaxadores cargados de magníficos presentes, pero sin darles respuesta positiva.

Eugenio entretanto, despues de dar orden en los negocios del Estado, consintió

en que se arruinasen los que pertenecian á la Religion. Resolvióse en su Consejo, que Flaviano, y Arbogasto pedirian la restauracion de los Sacrificios, y del Altar de la Victoria, y que despues de fingir algunas dificultades se les concederia lo que deseaban, para que los Paganos quedasen satisfechos, y los Christianos no se diesen por ofendidos. Presentaron, pues, su Memorial. Eugenio afectó al principio que no queria empreender cosa alguna contra las leyes de sus Predecesores, y contra su propia conciencia; pero al fin les concedió lo que pretendian, protestando siempre que hacia esta gracia, no en reverencia de los Dioses, sino en obsequio de sus amigos, y que si daba licencia para que se reedificase aquel Altar, y se restableciesen aquellos Sacrificios, no era por honrar á unos troncos insensibles de quienes constantemente se burla, sino por condescender, y gratificar á ciertas personas de mérito, á cuyos ruegos no podia racionalmente resistirse. Parecióle que habia hallado un temperamento plausible con estas vanas precisiones, para jugar seguramente con una Religion que profesaba con poco afecto, y que no podia abandonar sin gran peligro.

Supo San Ambrosio poco tiempo despues que Eugenio venia marchando ácia Milán con buena diligencia, y se salió al punto de la Ciudad sin querer esperarle en ella; no porque temiese su poder, sino porque aborrecia sus sacrilegios. Fue á Bolonia, donde le habian convidado para la translacion de las reliquias de San Agricola Martir. Alargóse hasta Faenza, donde se detuvo algunos dias. De alli baxó á la Toscana para satisfacer á las ardientes ansias de la Ciudad de Florencia que deseaba oírle predicar, y aprovecharse de su celestial doctrina. No ignoraba el Santo Arzobispo quáles eran los designios de Eugenio, y quáles serían las resoluciones de su consejo; ni Eugenio de su parte dudaba tampoco que el Arzobispo tendria valor para oponerse á su impiedad, ó á lo menos para repreendersela. Asi, luego que se vió dueño del Imperio, le escribió Cartas mui respetosas, y obligantes, pretendiendo su amistad con ánimo de aprovecharse de ella en lo por venir. Respondióle el Santo, pero no al asunto; temiendo no autorizar su usurpacion con algunas expresiones, que aunque puramente cortesanas, podian ser siniestramente entendidas; mas no por eso dexó de escri-

birle á favor de algunos infelices que habian recurrido al Santo Prelado; mostrando con esta conducta, que no sabía adular, ni lisongear contra lo que le dictaba su honor, y su conciencia; pero que sabía rogar, y pedir á las personas en quienes Dios permitia que residiese la soberanía, y el poder.

Mas luego que tuvo noticia de que este Emperador habia entrado en Milán, le escribió una Carta llena de zelo, y de piedad, en que sin tocar el punto de su eleccion, ni embarazarse en negocios de Estado, que dexaba enteramente á cargo de Teodosio, le decia entre otras cosas:

El temor de Dios, unica regla de todas mis acciones, y no otro algun respeto político, me obligó á salir de Milán. Porque yo, Señor, suelo poner la mira en solo Jesu-Christo, y hacer mas caso de su gracia que de todo el favor de los hombres, y nadie, á mi ver, puede darse por ofendido de que yo anteponga la gloria de Dios á la suya propia. Con esta confianza, me tomo la libertad de hablar claro á los Grandes del mundo, y decirlos abiertamiente lo que siento. Nunca supe adular á los otros Emperadores, con que tampoco acertaré á hacerlo con Vuestra Magestad.

tad. Oigo decir que Vuestra Magestad ha concedido á los Paganos lo que sus Predecesores constantemente les negaron. Grande es, sin duda, el poder de un Emperador; pero acordaos que aun es mayor el de Dios, el qual está viendo lo mas profundo de vuestro corazon, y penetrando los mas retirados senos de vuestra conciencia. No podeis sufrir vos que os engañen, ¿y quereis ocultar á Dios con apariencias humanas la enormísima injuria que le haceis? ¿No conoceis esto? ¿No haceis reflexîon sobre tamaño absurdo? ¿Pues qué, no habiais vos de tener tanto valor para negar á los Gentiles un sacrilegio, como tuvieron ellos descaro, y osadía para pediroslo? Hacedlos en otras materias quantas gracias, quantos favores quisiereis, que no me embarazaré en contradecirlas. No soi Juez de vuestra bizarría, sino Intérprete de vuestra Fé; y con todo eso tendreis vergüenza para presentar á Jesu-Christo vuestras ofrendas; ¿mas qué importa? Engañarán á uno, ó á otro estas exterioridades; pero estad cierto que los mas atenderán á vuestras intenciones. Dareis cuenta de todos los sacrilegios que se cometieren; porque en vuestra mano está que no se cometa alguno. Si sois Empe-

perador mostradlo en la sumision que debeis á Dios, y á su Iglesia. Yo no puedo negar que profeso á Vuestra Magestad todo el respeto que se debe á las personas de su gerarquía; pero Señor, asi como es mui puesto en razon que yo os respete á vos, asi tambien es justo que vos respeteis á aquel de quien intentais persuadir que dimana vuestro Imperio.

Hizole á Eugenio poca fuerza la eficacia de esta Carta, confiando mas en las grandes esperanzas que le daba Flaviano en nombre de sus Dioses de una proteccion infalible. Disponiase á la guerra, esperanzado en cierta prediccion de una célebre victoria que le habia de conquistar un Imperio, arruinando enteramente la Religion Christiana. Teodosio por su parte no sintió tanto ver á Roma en poder de un Usurpador, como el saber que estaban abiertos los Templos de los Dioses, y humeaban en todas partes los Sacrificios que tan felízmente habia él mismo extinguido.

Para remediar, pues, en algun modo este daño, hizo publicar en todo el Oriente un nuevo edicto por el qual prohibia á todos sus Vasallos sacrificar victimas, consultar las entrañas de los animales, ofrecer inciensos á imagenes insensibles, ó hacer

qual-

qualquiera otro exercicio de Idolatria, sopena de ser tratados como reos de lesa Magestad, mandando que fuesen confiscados los lugares donde se cometiesen semejantes execraciones, y condenando á pagar una multa considerable á los Magistrados que no atendiesen con el mayor cuidado á la egecucion de esta Ordenanza.

Promulgó tambien otra Lei contra los Hereges, prohibiendolos celebrar órdenes, ni tener juntas particulares, y condenando por la primera vez á una multa de diez libras de oro á los Clerigos, y Obispos de cada Secta, que osasen contravenir á esta Ordenanza. Con semejantes acciones procuraba hacerse al Cielo propicio, mientras Eugenio ponia toda su confianza en la fuerza de los hombres.

Despues de esto, se aplicó enteramente á las prevenciones de la guerra Declaró Emperador á su hijo Honorio, y resolvió dexarle en Constantinopla con Arcadió, para que con su presencia mantuviesen la paz de Oriente, mientras iba él en persona á pelear con los enemigos. Hicieronse levas en todas las Provincias. Estaba señalado para mandar en esta Campaña Ricomer, uno de los Generales mas antiguos, pero murió antes de la expedicion.

Quedóse Rufino con los nuevos Emperadores, para asistirlos con sus consejos. Nombraronse todos los Oficiales Generales, y partió cada uno á ponerse á la frente del cuerpo que se le habia señalado.

Teodosio estaba aún en Constantinopla, previniendose para la guerra con ayunos, vigilias, oraciones, y frecuentes visitas de todas las Iglesias. Escribió á Juan el Solitario, el mismo que en otro tiempo le habia profetizado la rota de Máximo, consultandole sobre el suceso de esta guerra. Respondióle Juan, que esta expedicion sería mas dificil, y ardua que la primera; que sería sangrienta la batalla; que Teodosio alcanzaria en fin una célebre victoria; pero que moriria poco tiempo despues en medio de sus mas gloriosos triunfos. Recibió el Emperador estas dos noticias; la primera con mucho gozo, la segunda con generosa constancia.

En lugar de imponer nuevos tributos para ayudar á los gastos de esta guerra, como lo habia executado en otras ocasiones, suprimió enteramente los que Taciano, Mayordomo Mayor de Palacio, habia impuesto dos años antes. Asi estas Provincias tubieron el consuelo de verse aliviadas mientras las del Usurpador gemian

opri-

oprimidas con nuevas, y excesivas contribuciones. Ordenó tambien que todos los bienes proscriptos que se habian confiscado, y reunido al dominio Imperial durante la Mayordomia del dicho Taciano, fuesen restituidos sin oposicion, ó á los mismos que habian sido despojados, ó si estos no existian, á sus parientes, y deudos mas cercanos.

Despues de esto, temiendo que los desordenes de los Soldados no irritasen contra él el odio de los Pueblos, y la venganza de Dios, resolvió reprimir la licencia, de las tropas. Para eso despachó orden á sus Generales, mandandoles que publicasen en el campo expresísimas prohibiciones á todos los Soldados para que no pidiesen cosa alguna á sus Patronos, recibiendo el pan, con que habian de contribuir en especie de pan, sin obligarlos á reducirlo á especie de dinero, vedandolos tambien el ir á otros alojamientos, que á los que les fuesen señalados por los Furrieles del Egército, y encargando á los Oficiales que castigasen severísimamente á qualquiera que hiciese el mas mínimo atentado, ó cometiese la menor violencia, y sobre todo encomendandolos que tubiesen gran cuidado de la quietud, y buen pasage de las

fa-

familias de los pobres Labradores, tratandolos como si fueran las suyas propias.

No contento con haber dado tan grandes muestras de justicia, y de bondad, quiso hacer algun acto heroico de generosidad Christiana, perdonando alguna injuria, como algunos años antes habia perdonado la sedicion de Antioquia. Mandó, pues, formar un Decreto en estos precisos terminos.

Si alguna persona, contra todas las leyes del pundonor, y de la modestia, ha pretendido infamar nuestro Imperial nombre, ó con palabras indignas, ó con acciones sediciosas, desacreditando nuestro gobierno, y conducta; queremos, y es nuestra Imperial voluntad que no esté sujeta á las penas señaladas por las Leyes, ni sea perseguida, ó castigada por nuestros Ministros, y Justicias; porque, ó habló mal de nosotros por ligereza, ó por necedad, ó por desafecto. Si lo primero, debemos despreciarlo; si lo segundo, debemos no sentirlo; y si lo tercero, queremos perdonarlo.

Despues de practicadas estas acciones de piedad, y de clemencia, partió Teodosio de Constantinopla. A siete millas de la Ciudad se detuvo para hacer oracion en un

un Templo que habia mandado labrar en honor de San Juan Bautista. Continuó despues su viage hasta incorporarse con el Egército, y dirigió la marcha ácia el lado de los Alpes. Timaso comandaba las Legiones Romanas, que habian peleado con tanta reputacion en Oriente contra los Barbaros, y en Occidente contra Máxîmo. Stilicón, Principe Vandalo, casado con la Princesa Seréna, sobrina del Emperador, conducia las Tropas que se habian sacado de las fronteras, despues de los ultimos Tratados. Painas gobernaba los Godos que servian al Imperio desde la muerte de Atanarico. Despues de estos marchaban Saulés, y Alarico, con un cuerpo de Barbaros de las riveras del Danuvio, que habian acudido para asistir en esta guerra. Seguianse tras de ellos algunas Compañias de Iberianos Veteranos, comandados por Vacurio, Capitan de su nacion, tan zeloso de la Religion Christiana, como del servicio del Emperador. Gildon, Gobernador del Africa, tenia orden de conducir un poderoso socorro; pero se quedó armado sin tomar partido, observando el suceso de las armas, y pensando mas en rebelarse él mismo, que en castigar la rebelion, y tiranía de Eugenio. Teodosio anima-

maba, el Egército con su presencia; y haciendo caminar delante de sí el glorioso Estandarte de la Cruz, esperaba, con el socorro del Cielo, terminar felizmente aquella guerra, donde no solo se trataba del Imperio, sino tambien de la Religion.

Eugenio por su parte habia juntado un poderoso Egército, compuesto de las Legiones que sirvieron en tiempo de Valentiniano, de una numerosa Milicia que recogió Flaviano en la Italia, excitando á los Paganos al socorro de sus Dioses; y de una casi inmensa muchedumbre de Alemanes, y Franceses, que Arbogasto su compatriota habia traido á su servicio. Todos estos tres Cabos miraban á fines diferentes; Eugenio buscaba su quietud, pareciendole que podria reinar en paz, despues de haber ganado una batalla; Arbogasto andaba en busca de ocasiones para adquirir reputacion, y señalarse en los combates; Flaviano solo queria restablecer el culto de los Idolos, y ganar estimacion, haciendose cabeza de un Partido; pero todos convenian en un punto; es á saber, que era preciso derrotar á Teodosio, y abolir la Religion Christiana. Eugenio, segun algunos Autores, ya la habia renunciado, sentido de la retirada, y libertad de

San Ambrosio; pero mucho mas de la plausible entereza de los Clerigos de Milan, que le trataron de Sacrilego, y no quisieron admitir sus ofertas, y presentes. Salieron, pues, de la Ciudad los tres Tiranos, amenazando exterminar todos los Eclesiásticos, y hacer de las Iglesias caballerizas para sus caballos, despues de la rota de Teodosio.

Arbogasto, que tomó sobre sí todos los cuidados de esta expedicion, se abanzó con todo el Egército, y por no debilitar las fuerzas si las dividia, como hizo Maximo, marchó ácia los Alpes con todo el poder del Occidente, resuelto á esperar á Teodosio, y cerrarle la entrada de la Italia. Puso algunas Tropas en el paso de los Alpes Julianos, cuya guarda dexó á cargo de Fluviano; hizo levantar varios Castillos sobre las colinas, y eminencias; y asentó el campo en una grande llanura, á la orilla del Rio Frigido, que tiene su orígen en aquellas montañas. Fluviano por su parte sacrificaba Víctimas, producia nuevos Oráculos, y hacia conducir delante del Egército, entre los Estandartes, y Vanderas, las estatuas de Hercules, y de Júpiter Tonante. A Eugenio solo se le dexaba el título de Em-

perador, y el cuidado de animar á las Tropas con Arengas.

En el interin llegó Teodosio á los Alpes, fue á reconocer los enemigos, y dió con tanto brio sobre los que guardaban los pasos, que apoderandose de ellos el terror, la turbacion, y el desorden, se hizo dueño de sus trincheras, y se apoderó despues de alguna resistencia de aquellos fuertes que Arbogasto juzgó no solo impenetrables, pero inaccesibles. Fluviano, que se habia prometido detener el Egército enemigo, ó hacerle piezas en los desfiladeros de las montañas, viendose forzado en ellas, quiso mas morir peleando, que sobrevivir á su desgracia, con la ignominia de haber sido falso Profeta, y de haberse engañado en sus vanas predicciones. Pasó prontamente Teodosio con todo su Egército por el camino que se habia abierto con la espada, y fue en derechura á presentar la batalla á los enemigos.

Descubrese al baxar de los Alpes ácia Aquileya una estendida llanura capáz de mantener muchos Egércitos. Cortala por una parte el Rio Frigido, y la cierran por otra las montañas, muros, ó reparos que parece fabricó la misma naturaleza para seguridad de la Italia. Aqui esperaba Arbo-

bogasto al Emperador Teodosio para decidir quién habia de reinar. Supo sin acobardarse que el enemigo habia forzado los pasos, y animó á sus Tropas, algo asustadas con la noticia de tan resuelta como valerosa accion. Estendió por la llanura aquel Egército de Bárbaros, que habia él mismo conducido de las Gaulas, dexando á Eugenio en las Colinas con las Legiones Romanas, para socorrer á donde lo pidiese la necesidad. Despues que dió todas sus ordenes, y representó á las Tropas la confianza que tenia en su valor, la necesidad de vencer, la importancia de la victoria, y el premio que debian esperar, se puso á la frente de algunos Batallones Franceses, observando el movimiento de los enemigos.

No perdió tiempo Teodosio, y guardando el mismo orden de batalla, hizo baxar á la llanura con diligencia increible todas las Tropas estrangeras, y él se reservó con el cuerpo de los Soldados Romanos sobre las eminencias vecinas. Sin embargo del mucho fuego, y corage que se dexaba reparar en los dos Egércitos, se dieron tiempo para ponerse en orden, y ocupar cada uno los puestos ventajosos que le pareció, hasta que Teodosio dió la

señal de acometer. Gainas fue el primero que trabó la escaramuza, dando una furiosa carga con los Godos que comandaba. Opusole Arbogasto algunas Tropas Francesas, que le recibieron con gran valor, y firmeza. Encendióse el combate, las dos naciones asistidas de las mangas que se iban alargando para sostenerlas; disputaron largo tiempo la victoria; mas al fin, flaquearon los Godos, y viendose debilitados con la pérdida de sus principales Oficiales, y de los Soldados mas valientes, casi anegados en la muchedumbre de las Tropas que cada instante se iban echando sobre ellos, comenzaron á retroceder; y embarazandose los unos á los otros, pusieron todo el Egército en desorden.

Aprovechandose Arbogasto de la confusion en que estaban, los siguió con algunos Esquadrones de reserva, y executó en ellos una horrible mortandad. Diez mil Godos quedaron en el campo; los demás huyeron de la batalla, y faltaba poco para que toda aquella multitud de Bárbaros quedase enteramente derrotada. Teodosio, que desde una eminencia estaba viendo la rota de su gente, y reconocia inevitable su pérdida si Eugenio venía á echarse sobre él con las Legiones Romanas; se bol-

vió á Dios en tan apurado lance, y levantando al Cielo las manos, hizo esta piadosa oracion.

Vos sabeis, Dios mio, que yo emprehendí esta guerra en nombre de vuestro Hijo Jesu-Christo. Si mi intencion no es tan pura como pienso, perezca aqui desde luego; pero si Vos aprobais la justicia de mi causa, y la confianza que en Vos tengo, socorredme, Señor, socorredme, y no permitais que digan los Gentiles por escarnio: ¿á dónde está el Dios de los Cristianos?

Dixo, y baxando á la llanura con las Legiones que animaba con su piedad, y ardimiento, se abanzó ácia el enemigo, para arrancarle de las manos una victoria que tenia asegurada. En el ínterin Bacurio estaba dando heroicas pruebas de un valor y de una felicidad extraordinaria, porque despues de haber rehecho, y animado á los fugitivos, poniendose á su frente con los Iberianos, sostenia todo el peso de la batalla, rechazaba los golpes del enemigo, que le cargaba por todos los costados, y detenia su furia, hasta que llegó Teodosio.

Renovóse entonces con mas calor el combate. Cada partido se esforzaba por vencer; unos engreidos con el primer suceso, y otros animados con la presencia del Em-

perador. Peleabase con ardimiento; resistiase sin temor; todos acometian, y nadie se retiraba. Hizo Teodosio quantos esfuerzos cupieron en el valor; mas nunca pudo conseguir alguna ventaja sobre Arbogasto, que se defendia valerosamente con su prudencia, con la multitud, y el corage de sus Tropas. Sobrevino, en fin, la noche, que terminó el combate, y cada Egército se vió precisado á retirarse á su Campo. La pérdida por parte de Eugenio no fue considerable: Teodosio perdió muchos Oficiales, y sobre todo al valeroso Bacurio, que despues de haber desordenado muchas veces á los enemigos, atravesando sus Esquadrones con la espada en la mano, fatigado con el trabajo de aquel dia, y desangrado por las heridas que habia recibido, cayó en fin á vista del Emperador, sobre un monton de Bárbaros, que él mismo habia muerto con sus propias manos.

Pasaron la noche los dos Emperadores; pero con gran diferencia: Eugenio mandó encender hogueras en todo su Campo, distribuyó premios, y recompensas á los que mas se habian señalado en alguna especial accion, y creyó haber conseguido en aquel dia una completísima victoria. Ni

pu-

usó en duda que Teodosio se hubiese es-
apado á favor de la noche, con las Tro-
as que le restaban. Teodosio por su parte,
onsolando á su gente, y bolviendo á asen-
ar el Campo sobre la montaña, juntó
os principales Cabos del Egército, y tubo
onsejo de guerra. Timaso, y Stilicon fue-
on de sentir que se cediese al tiempo, dan-
lose orden para asegurar la retirada. Di-
eron, que despues de la pérdida que aca-
aba de padecerse, se debia dar toda la aten-
ion á los medios de resarcirse; que era
astante el haber sido vencidos, sin querer
exponerse á ser enteramente derrotados;
que tentar segunda vez el riesgo, era lo
mismo que sacrificar las reliquias del Egér-
cito á un evidente peligro; que parecia te-
meridad querer forzar con un puño de Sol-
dados, débiles, y desmayados con su mis-
mo vencimiento, á unos enemigos que con-
fiaban en su número, en su valor, y en
los alientos que les infundia el desmayo de
los nuestros; y que sería mejor retirarse
á las Plazas mas fortificadas del Imperio,
para juntar nuevas Tropas durante el In-
vierno, y salir despues á campaña al prin-
cipio de la Primavera, para restaurar la
guerra con fuerzas iguales.

Deshechó al punto el Emperador es-

te consejo, y mirando á sus autores con alguna indignacion: No permita Dios (dixo) que la Cruz de Jesu Christo, gloriosamente esmaltada en todos mis Estandartes, huya de las estatuas de Hercules, y de Júpiter, que acompañan las insignias de nuestros enemigos. Estas palabras pronunciadas con una santa confianza, inspiraron en sus Capitanes el valor que deseaba. Dió, pues, las ordenes necesarias para el dia siguiente, y se retiró á una Capilla, que estaba cerca del lugar donde se habia acampado, para pasar en oracion lo restante de la noche.

Refierese que estando dormido ácia la mañana, vió en sueños dos Caballeros montados en dos caballos blancos, que le animaban á pelear, ofreciendole el buen suceso de la batalla, y asegurandole que eran Juan Evangelista, y Felipe, Apostoles de Jesu-Christo, embiados de Dios para marchar delante de sus Vanderas, y enseñar á sus Soldados el camino que debia conducirlos á conseguir la victoria. Este sueño, ó fuese efecto natural de la imaginacion, llena aun de las especies del último combate, y de un vehemente deseo de vencer con la asistencia del Cielo, ó fuese en la realidad testimonio visible de la

pro-

'oteccion de Dios; él luego que desper-
, refirió lo que habia visto, y salió de
Capilla, acompañado de muchos Ofi-
les, para ir á poner el Egército en or-
n de batalla; y á este mismo tiempo le
sieron delante un Soldado, que aque-
propia noche habia tenido otro sue-
, ó vision semejante á la suya. Pregun-
selo, hizole repetir varias veces todas
circunstancias; y tomando de aqui oca-
n para animar al Egército, dixo á sus
pitanes: Ya no es lícito dudar del su-
o de la batalla, repitiendose tan ma-
iestos los anuncios de la victoria. Es asi
e resolví pelear contra vuestro parecer;
as qué importa, si Dios me dá orden
reta para hacerlo, y me despacha Ca-
anes invisibles para gobernarlo? Armen-
contra nosotros todas las fuerzas hu-
nas; no hai que temerlas, pues tene-
s al Cielo arrimado á nuestro lado. Pe-
d compañeros animosamente con tan
ces auspicios. Poned la vista en los pro-
tores, y el desprecio en los enemigos.
Esparcida esta voz por todo el Egér-
o, excitó increiblemente el animo, y
or de los Soldados. Y como la mas fuer-
confianza es la que se funda en la Re-
on, ya todos estaban impacientes, cla-
man,

mando á cada instante por la señal de acometer. Parece que veían á todo el Cielo armado para su defensa, y esperaban, no ya una batalla incierta, sino una victoria segura. Aprovechóse Teodosio de este ardor de sus Soldados, y los hizo baxar prontamente á la llanura.

No bien acabada de dar estas òrdenes, quando recibió Cartas de algunos Oficiales del Egército enemigo, que estaban alojados sobre las montañas, los quales ofrecian arrimarse á su partido, con tal que los dexase en los mismos honores, y cargos que tenian en el Egército de Eugenio. Pidió Teodosió papel á un Soldado de los que estaban mas inmediatos á su persona, y firmó en él los empleos que les destinaba, si cumplian fielmente su promesa. Hecho esto, marchó derechamente al enemigo, fortaleciendose con la señal de la Santa Cruz, que fue tambien la señal de arremeter.

En el interin se disponia Arbogasto á recibirle; y no alcanzando de dónde podia nacer aquella especie de animosidad, y confianza en unos hombres que acababan de ser vencidos, destacaba á cada momento muchos Esquadrones para apoderarse de los puestos abanzados, y disponia su Egército, de modo que pudiese

estenderle en la llanura, y cerrar poo das partes al enemigo. Eugenio desde lo o de una Colina donde se le habia le- ntado un magnífico Pavellón, arengaba us Soldados. Decialos que ya no les res- ban mas trabajos que vencer, sino aque- breve fatiga; que no sería dificil ven- aquella gente desesperada, que no tan- venia á pelear como á morir; que los ian bolver confusamente las espaldas primer amago, como quisiesen acabar victoria, que ya estaba bien adelan- a. Ofreciólos crecidas recompensas, y argó á los Oficiales, que en todo ca- :ogiesen á Teodosio, y se le traxesen), y bien cargado de cadenas.

Estaban ya afrontados los Egércitos, ndo reparó Teodosio, que su vanguar- caminaba lentamente á vista de aque- nmensa muchedumbre de enemigos, y iendo que Arbogasto no se aprovecha- de aquel descaimiento, baxó del caba- corrió solo ácia las primeras lineas, y ando con una santa confianza: ¿A dón- está el Dios de Teodosio? Animó á sus pas, y las introduxo él mismo en la alla.

Disparóse de una, y otra parte una ndacion de flechas, que anegaban, ú

obs-

obscurecian el aire. Mezclaronse poco tiempo despues los Esquadrones. El exemplo del Principe, y la esperanza del socorro del Cielo, animaban á unos; la cólera y la indignacion, impelían á otros á esfuerzos extraordinarios. Era igual el ardor en los dos partidos, y no se reconocia aún ventaja considerable. En este estado se hallaban las cosas en el cuerno derecho donde peleaba Teodosio, quando vinieron á decirle que sus Tropas auxîliares, que componian la ala izquierda, eran vigorosamente combatidas por Arbogastō, y comenzaban á flaquear, si no las socorrian prontamente.

Montó luego á caballo, y corrió, seguido de los suyos, ácia los Bárbaros, para ponerse á la frente de ellos, y animarlos con su presencia; pero advirtió un grueso de Caballeria enemiga, que abanzandose por los desfiladeros de los montes, se habia estendido en la llanura, y venia á arrojarse por las espaldas sobre su Egército. Paróse, y se puso en estado de defenderse con la poca gente que le acompañaba.

El Conde Arbetion, que conducia aquellos Esquadrones enemigos, iba á echarse sobre Teodosio, y infaliblemente le hubiera derrotado antes de poder ser

ocorrido; pero, ó sea que la presencia
era, y magestuosa de aquel Principe le
ispiró veneracion, y respeto ácia su per-
ona, ó que en realidad vino con animo
: seguir el mejor partido; apenas vió al
mperador, quando baxó las armas, y se
rimó á su lado para seguirle, y obe-
:cerle,

Viendose Teodosio, no solamente li-
:e de tan gran peligro, sino tambien
forzado con socorro tan considerable,
ó la buelta ácia su ala izquierda, y la
imó con su presencia; pero por mas
fuerzos que hacia en un combate san-
iento, y obstinado, donde el valor de
; dos partidos era tan grande, y el nú-
tan desigual; el corage, y la pruden-
..de Arbogasto, el vigor, y la obstina-
n de sus Tropas, los socorros que ha-
a en tanta muchedumbre de Soldados,
ienazaban inevitablemente próxima rui-
al Egército de Teodosio. Debilitaba-
insensiblemente, y iba á ser, si no ven-
o, á lo menos fatigado con la duracion
la batalla, quando el Cielo se declaró
r este Emperador, con una maravilla
: no pudieron disimular hasta los mis-
s Paganos.

Levantóse de la cumbre de los Alpes
un

un impetuoso viento entre Oriente, y Septentrion, que soplando con vehemencia, y de repente en los Esquadrones de Eugenio, los puso en un estraño desorden. Caían derribados en el suelo por mas esfuerzos que hacian para mantenerse en pie. Arrancabalos de las manos las espadas, y broqueles. Las flechas que disparaban, ó perdian la fuerza en el camino, ó retrocedian contra los mismos que las habian arrojado. Y al contrario, los golpes que los tiraban los Imperiales, recibiendo nuevo impulso en la vehemencia de rápidos torbellinos, imprimian en sus pechos hondas, y mortales heridas. Levantaronse tambien espesas nubes de polvo, que dando en la cara á los Soldados, los embargaban el uso de la vista, y aun el de la respiracion. De esta manera permanecian inmobles, ligados por mano invisible, sin poder, ni pelear, ni defenderse, expuestos á los dardos, y á las lanzas que de todas partes los arrojaban.

Entonces las Tropas de Teodosio, reconociendo el socorro del Cielo que tan manifiestamente se declaraba por ellos, arremeten á los enemigos con espada en mano, y hacen una horrible carniceria en aquellos mismos Bárbaros, que el dia ante-

ecedente los habian maltratado. Arbogas-
), bolviendose rabiosamente contra el
ielo, y contra la tierra, no hallaba mas
guridad, ni otro remedio que la fuga.
os Cabos de las Legiones de Occiden-
pedian Quartel, implorando la clemen-
ı del vencedor, á quien Dios los habia
ietado, y Teodosio se miraba segunda
z domador de los Tiranos, y dueño ab-
luto de dos Imperios.

Mandó al punto que cesase la matan-
Concedió á los Oficiales la gracia que
pedian, y en prueba de su fidelidad los
lenó que le traxesen á Eugenio. Partie-
ı luego los mas principales de ellos á
cutar este orden. Hallaronle mui des-
dado en una Colina; donde, confiado
los primeros sucesos de la batalla, sin
ler discernir despues la rota de sus Tro-
entre el polvo, y torbellinos que las
tian, esperaba por momentos la nue-
le la victoria. Vió venir aquellos Ofi-
:s que corrian ácia él á toda brida, y
ıenzando ya á triunfar para consigo
no, los preguntó, luego que pudo ser
, si le traian á Teodosio maniatado,
ıo se lo habia mandado, y prevenido.
:espuesta que le dieron fue, arreba-
á él mismo, despojarle de las insig-
nias

nias Imperiales, traerle, y arrojarle á los pies del vencedor.

Mirandole Teodosio con un aire de desprecio; pero mezclado de alguna compasion, le dió en cara con la muerte de Valentiniano, con la usurpacion del Imperio, con los desordenes de la guerra civil, y sobre todo, con la ruina de la Religion, y los honores rendidos á las estatuas de Hercules, y Jupiter; y como aquel hombre infeliz y miserable, sin otra justificacion, pidiese cobardemente la vida, el Emperador bolviendo el rostro acia otra parte, le abandonó á los Soldados, que le cortaron la cabeza á los tres años de su tiránico Imperio, el dia seis de Septiembre. El desdichado Arbogasto, despues de andar errante dos dias por las montañas, abandonado de Dios, y de los hombres, no esperando escaparse de los muchos que le buscaban para llevarle á Teodosio, se encargó él mismo de su suplicio, y se atravesó dos espadas, una despues de otra por el cuerpo.

Satisfecho el Emperador con la muerte de estos dos infelices delinqüentes, perdonó á todos los demás que siguieron su partido. No vió el mundo Principe mas modesto, y moderado en sus victorias.

Nun-

unca insultaba á los vencidos, antes bien
pocas veces se lastimaba de su desgra-
, y aun la lloraba generosamente con
rimas de compasion, y de clemencia. Su
lignacion y fiereza, de ordinario se aca-
ba con la guerra. Sabía bien las reglas del
rdon, y casi no acertaba con las del cas-
o; olvidado de que habia tenido ene-
gos desde el punto en que acababa de
ncerlos, casi con una mano los arran-
a las armas, y con otra los colmaba
beneficios.
Supo que los hijos de Eugenio, y de Fla-
io se habian refugiado á las Iglesias de
uileya, y despachó prontamente á un
buno con orden de defenderlos, y asegu-
os la vida. Tubo cuidado de que se cria-
en la Religion Christiana. Dióles opu-
os bienes, y decorosos empleos, tra-
dolos como si fueran de su propia fa-
a. Despues que puso orden en la se-
idad de los enemigos, trató de recom-
sar generosamente á las Tropas, y dis-
uyó entre ellas el butin. Conducianse
orden suya no sé á dónde, las estatuas
Júpiter Tonante, que se habian qui-
o á los Gentiles. Vieronlas unos Sol-
os, y reparando en los rayos de oro
Júpiter empuñaba en una mano, co-

men-

menzaron á decir alegremente, ¡gran cosa sería si nos cogieran debaxo aquellos rayos! Oyólo el Emperador, y sonriendose mandó que al punto se los diesen.

Como esta victoria mas era de Dios, que suya propia, su principal cuidado fue hacer rendir por todo el Imperio solemnes gracias al Cielo. Despachó luego correos á Constantinopla, para dar aviso á los dos Emperadores niños que habia dexado en ella del feliz suceso de sus Armas. Escribió sobre todo á San Ambrosio, y pidiendole le ayudase á agradecer al Cielo la victoria.

Habia buelto á Milán este Santo Arzobispo, luego que salieron de ella Eugenio, y Arbogasto; y aunque ellos llenaban de terror toda la Italia; él confiaba siempre en Dios, que favorecería el buen partido, y tomaria á su cargo la proteccion de Teodosio. Luego que tubo noticia de que este Principe habia ganado la batalla, y recibió su Imperial orden, ofreció en nombre suyo y en accion de gracias el Santo Sacrificio de la Misa, poniendo la Carta de Teodosio sobre el Altar, y presentandola á Dios como segura prenda de la fé de aquel piadoso Emperador. Cumplida esta primera obligacion, le despachó uno de sus Dia-

co-

oños con Cartas, en las quales, despues e gratularse con él de la prosperidad de as armas, le representaba que debia renir á Dios toda la gloria; deciale que mas abia peleado su piedad que su valor, y acordaba que faltaria lo mejor á su victoria, si con generosidad de corazon no erdonaba á los que se hallaban embueltos, mas en la desgracia, que en los delitos y malicia del Tirano. Poco tiempo despues salió el mismo Santo de Milán, para ecibir al Emperador en Aquileya.

Su vista fue verdaderamente llena de religioso gozo, y de christiana ternura. Postróse el Arzobispo en la presencia de aquel rincipe, cuya heroica piedad y visible proteccion con que le amparaba el Cielo, le abian hecho mas venerable que sus triunfos ni coronas. Deseóle que Dios le colmase de todas las prosperidades eternas, como le habia colmado de todas las dichas temporales. El Emperador por su parte se arrojó humildemente á los pies del Arzobispo, atribuyendo á sus santas oraciones la gracia que acababa de recibir de Dios, y suplicandole que pidiese al Cielo por su salvacion, como le habia pedido por su victoria. Trataron despues muy á la larga de los medios de restituir la Religion al

antiguo estado en que se hallaba antes de esta ultima guerra, y no volvieron jamás á separarse.

Llegaron entre tanto á Constantinopla los Correos que se habian despachado; y corriendo la voz de la rota de Eugenio por todas las Provincias del Imperio, se celebró en todas ellas tan importante noticia con públicos regocijos. Algunos Historiadores refieren, que ya se habia anunciado con mucha anticipacion esta noticia por vias extraordinarias. Dicen, que haciendose los Exôrcismos á un Energumeno en la Iglesia de San Juan Bautista, edificada por Teodosio, al mismo tiempo que este Principe estaba forzando los desfiladeros de los Alpes, comenzó el mal espíritu á gritar con una voz lamentable. ¡Desdichado de mí! ¿Con que yo he de ser vencido, y mi Egército derrotado? Pero aun se hizo mas reparable la profecía del Santo Abad Juan. Visitaban entonces los Monasterios de la Tebaida Evagrio, y sus compañeros, y se detubieron algun tiempo en el Monasterio de aquel admirable Solitario. Fueronse á despedir de él, despues de haber recibido sus instrucciones, y admirado su santidad, y él les dixo echandoles la bendicion: Id

paz, amados hijos mios, y sabed que, llegó á Alexandria la noticia de haber derrotado el Emperador Teodosio al tirano Eugenio; pero este Principe no gozará largo tiempo del fruto de su victoria, porque Dios le retirará mui presto de las miserias de este mundo. Reconocióse la verdad de esta profecía al mismo tiempo que aquel Santo hombre habia señalado.

Los Emperadores mozos no perdonaron á demostracion alguna que pudiese hacer mas célebre, y mas plausible la victoria. Hicieron garvosas liberalidades con el Pueblo, dieron magníficos espectáculos, y sobre todo, rindieron á Dios humildes gracias, con una pompa solemnísima, autorizada con su presencia, y la de los principales Obispos del Oriente.

Rufino, que gobernaba absolutamente el Imperio en ausencia de Teodosio, habia llamado estos Prelados á Constantinopla para celebrar cierta ceremonia Eclesiástica. Este Ministro cubrió por largo tiempo su vanidad, y ambicion con una modestia afectada; y sea por dar buena opinion de sí al Emperador, que le estimaba, ó por causar menos zelos á los Cortesanos que le aborrecian, se hizo cada dia mas absoluto; pero sin parecer mas or-

gulloso. Buscaba al disimulo los medios de enriquecerse; y aunque su inclinacion le llevaba naturalmente al fausto, y al aparato, su avaricia reprimia su orgullo; mas luego que se vió asegurado del favor de su amo, y colmado de los bienes que habia recibido, ó de los que injustamente él mismo habia usurpado, soltó la rienda á su genio, y descubrió su insolencia luego que pudo hacerlo impunemente. Hizose un gran número de criaturas, salía siempre con un tren soberbio y ostentoso, y mas del que correspondia á un mero particular, y mandó edificar casas mas magníficas que los mismos Palacios de los Emperadores.

Uno de sus primeros cuidados fue hacer labrar cerca de un Burgo de Calcedonia, llamado el Burgo de Chesna, una casa de Campo tan vasta, que podia equivocarse con un lugar entero, y tan adornada de preciosos muebles, que no era facil concebir cómo un particular habia podido concurrir con gastos tan excesivos. Elevabase por un costado un suntuoso Templo, en honor de los Santos Apostoles San Pedro, y San Pablo; ácia el otro costado se dexaba vér como en perspectiva sobre una cercana eminencia, un Monas-

misterio mui capáz, que habia de suplir la falta de Clerecía en aquella Iglesia. Luego que se concluyeron estos edificios resolvió Rufino bautizarse, y celebrar al mismo tiempo, con todo el aparato imaginable, la dedicacion de aquel nuevo Templo.

Los Emperadores habian hecho solemnísima esta especie de ceremonia, combidando á ella gran número de Obispos, y despues de estas juntas, que eran al principio asambleas de cortesanía, ó de piedad, solían celebrarse Concilios Generales, y Signodos arreglados y Canónicos. Asi lo executó Constantino el Grande en la Dedicacion del Templo del Santo Sepulcro en Jerusalén, y asi tambien, á imitacion de su Padre, lo executó su hijo Constancio, en la Consagracion del Templo de oro que mandó edificar en Antioquia.

Estos grandes exemplos se propuso Rufino por modelo, y mezclando con un poco de piedad una gran porcion de fausto, y de ostentacion, convocó los Obispos de todas las partes del Oriente, y, sobre todo, á los que ocupaban las primeras Sillas. Instó tambien con repetidas Cartas á los mas famosos Solitarios de Egypto, suplicandolos dexasen por algun tiempo su soledad, para asistir á esta célebre

ceremonia. Como era tan grande el poder, y mando que tenia en todo el Imperio, no pudieron resistirse los Prelados; y asi muchos Obispos partieron al primer aviso, llevando en su compañia á los mas venerables Anacoretas de sus Provincias. Fue numerosisimo el concurso de Prelados. Hallaronse juntos tres Patriarcas, Nectario de Constantinopla, Teofilo de Alexandria, y Flaviano de Antioquia. Gregorio Obispo de Nisa, Anfiloquio de Icognia, Pablo de Heraclea, Dioscoro de Helenopoli, y otros muchos célebres Prelados que habian llegado primero. Acudieron tambien los principales de la Nobleza, y de la Clerecia, con una prodigiosa multitud de pueblo; unos por honrar aquella fiesta, otros por hacer corte al Valido; y los mas por satisfacer á su curiosidad.

Celebróse en el mes de Septiembre esta solemne ceremonia. Estaba adornada la Iglesia con ricas colgaduras, brillaba el Altar con oro, y con pedrerias. Hizose la consagracion con todo el orden, y toda la magnificencia que podia desearse. Acabados los Oficios, se procedió con la misma pompa el bautismo de Rufino. Administrósele el Patriarca Nectario, siendo

u Padrino el famoso Evagrio de Ponto, quien se hizo venir de Egypto con el olitario Ammon. Asi se terminó aque-a solemnidad, que hubiera sin duda sido de as mas sagradas, y mas magníficas que ad-niró la Iglesia de Oriente, á no haberla compañado tan loca profanidad, y si aquel dinistro no hubiera querido sacar de los hueblos con extorsiones, é injusticias las ecesivas sumas que parecia haber gasta-lo por Dios en semejante ocasion.

Los Obispos bolvieron á pasar el mar n su compañia, y se juntaron segunda ez en Constantinopla el dia veinte y ocho le Septiembre, para juzgar y sentenciar l pleito, que pendia, entre Agapio y Ge-adio, sobre las pretensiones que tenian mo y otro al Obispado de Bostres. En es-e mismo Concilio se definió, que para lepbner á un Prelado, no basten uno, ni dos Obispos, sino que era necesario, pa-ra que fuese legitima la deposicion, que se untase Concilio Provincial de todos los Obispos de la Metropoli. Teofilo de Ale-xandria fue el primero de quien salió la especie de este Decreto, y él fue tambien el primero que le violó, deponiendo por propria autoridad á Dioscoro Obispo de Helenopoli.

Es-

Estos Prelados que se hallaban á la sazon en Constantinopla, entraron tambien á la parte en los regocijos públicos, y despues de haber celebrado, en presencia de Arcadio, y de toda su Corte, una Misa mui solemne en accion de gracias por la victoria que el Emperador habia ganado de los Tiranos, se restituyeron á sus Diócesis, para anunciar á sus Pueblos las maravillas de Dios, y la proteccion que acababa de conceder al Imperio.

Entre tanto Teodosio, por consejo de San Ambrosio, se aplicaba á abolir las supersticiones del Paganismo, prohibiendo con penas severísimas el exercicio de todas las Religiones profanas, y mostrando, que si el socorro de Dios habia sido la causa de vencer, la gloria del mismo Dios era el fin de haber vencido. Creó Consules á los dos hijos de Anicio Probo, Prefecto que fue del Pretorio en tiempo de Valentiniano el Grande, y hombre tan celebrado, no solamente en el Imperio Romano, sino tambien en los Países extrangeros, que dos Señores de los mas poderosos de Persia vinieron á Italia para vér como dos milagros del mundo, en Milán á San Ambrosio, famoso entre los Obispos, y en Roma á Anicio Probo, ilustre entre

s Senadores Romanos. Crió este grande
ombre á sus hijos en la pureza de la
, y en todos los exercicios de la chris-
tina piedad; y Teodosio, que en la elec-
on de los Magistrados, atendia siempre
mérito de las personas, y al lustre de
Religion, atropelló por las reglas or-
narias, y puso todo el Consulado en
quella noble, y fervorosa familia.

Despues que dió orden en los nego-
os de mas importancia, y de mayor apu-
, sintiendose algo indispuesto, o hacien-
acaso sérias reflexîones sobre la profe-
a del Santo Abad Juan, en vez de dis-
onerse para el triunfo, comenzó á pre-
enirse para la muerte. Aunque la razon
sus armas estaba tan manifiesta, y era
in justa la guerra emprehendida contra los
nemigos de Dios, y del Estado; sin em-
argo, como se habia vertido en ella tan-
sangre, quiso este Principe abstener-
por algun tiempo del uso de la Euca-
stia, juzgandose indigno, segun el es-
íritu de la Lei de Moisés, y de algunos
ánones penitenciales, de tener parte en
quel misterio de paz, hasta haber puri-
cado su corazon, y sus manos, y bor-
ado con la penitencia aquellas groseras
opresiones, que ocasionan en las gran-
des

des almas, aun las côleras mas justas.

Con estas disposiciones salió de Aquileya, y partió á Milán, para pensar mas tranquilamente en su conciencia con la direccion de San Ambrosio, que habia salido á la misma Ciudad un dia antes, y tambien para recibir mas comodamente á sus hijos Arcadio, y Honorio, á quienes habia mandado venir de Constantinopla á Italia. Apenas entró en la Ciudad, quando se sintió mas débil, y con peor disposicion; mas no por eso se dispensó en sus ocupaciones ordinarias; asistiendo á todos los Consejos, dando audiencia, y oyendo por sí mismo las qüexas de los Pueblos, firmando las gracias que habia concedido á sus enemigos, trabajando en restablecer el orden que Eugenio habia turbado en todo el Occidente, y creyendosê obligado á trabajar infatigable hasta el último aliento, y á sacrificar la poca vida que le restaba en obsequio del bien público, y de la paz, y reposo del Imperio.

En este estado le hallaron los dos Emperadores mozos, quando llegaron á Milán, ahogandosê bien presto el gusto que tubieron de vêr á su padre, con el inconsolable dolor, y sentimiento de verle aco-

me-

etido de una mortal hidropesía. Quiso eodosio recibirlos en la Iglesia, donde : habia hecho conducir, para participar : los Sacramentos, que por respeto, por :vocion, y por delicadeza de conciencia ibia diferido hasta entonces. Alli los abra-) con ternura, y habiendo dado gracias Dios por el consuelo que le concedia en :xarle vér á estos dos Principes, los co- ió por la mano, y los presentó á San Am- tosio, rogandole, en presencia de aque- os Sacrosantos Altares, que tomase á su irgo el cuidado, y la direccion de su con- iencia, conservando en sus animos aque- os piadosos principios de Religion, y : equidad, que él mismo habia procura- o inspirarles, y sirviendoles despues de i muerte de Padre, y de Director.

Luego que salió de la Iglesia se vió recisado á echarse en la cama, y cobran- o nuevas fuerzas la calentura, solo tra- ó de dar la última mano á los negocios e la Iglesia, del Imperio, y de su fami- a. Hizo entrar en su Cámara á los Di- iutados del Senado, y á los Señores de Corte, que vivian aun en los errores lel Paganismo, y teniendolos presentes, os habló en esta substancia. Yo muero, el único dolor que me aflige en esta ho-

ra,

ra, es el veros sepultados en las tinieblas de la Idolatría. Verdaderamente es digno de admiracion, que unos hombres tan prudentes, y tan capaces como sois vosotros, se obstinen en el error, y quieran mas dexarse arrastrar de la costumbre, que permitirse á los eficaces, pero suaves impulsos de la verdad. Bolved los ojos de la consideracion á la rota de Eugenio, y si no los ofusca la pasion, vereis, que aun quando faltáran otros argumentos convincentes, éste solo haria evidencia de la vanidad de otros Oráculos, y de la debilidad, y flaqueza de vuestros Dioses. Esos á quienes vosotros dais el nombre de tales, fueron unos hombres impuros, y desordenados en su vida, tan indignos de la adoracion, que por no manchar la memoria, no debierais acordaros de ellos, ni aun para el desprecio. Si la fuerza de la verdad, si el exemplo de los primeros Magistrados del Imperio, si los últimos sentimientos de un Emperador constituído en esta hora, y que interrumpe el cuidado de su propia salvacion por atender á la vuestra, pueden algo con vosotros, espero que no areis mas resistencia á la luz, y á la razon. Confieso, que mi mayor ansia en esta vida, fue siempre abo-

lir

durante mi reinado todas las falsas Re-
iones. No logré el consuelo de conse-
irlo, porque Dios no me tubo por dig-
.de esta gracia; pero confio en su di-
na piedad, y misericordia, que mis hi-
s serán mas dichosos que yo, y que ellos
abarán lo que yo dexo comenzado.
Luego que despidió á los Senadores
puso su Testamento, por el qual man-
, que se descargase al Pueblo de los au-
entos de tributos que la necesidad, y
uro de los negocios pasados habian he-
o imponer; queriendo que sus Vasallos
asen del fruto de la victoria, á que ha-
ian contribuido con sus oraciones, ó
n sus fatigas, y encomendando á sus
ccesores el alivio de las Provincias, los
cargó que no engrosasen sus rentas, ex-
imiendo la substancia de los pobres, ni
a disipasen vanamente en gastos inuti-
s, y superfluos. Y este orden se execu-
ó puntualmente despues de su muerte.
A este acto de bondad añadió otra ac-
on de generosidad, y de clemencia. Ha-
a concedido perdon general á todos los
beldes que habian buelto á su servicio.
ra su intencion que fuesen restituidos
n sus bienes, y dignidades, y lograsen en
Corte el mismo caracter que gozaban
an-

antes de su rebeldía; pero como no tubo tiempo para executar todos sus intentos, temió que despues de su muerte los nuevos Emperadores, por malos consejos de sus favorecidos, no detubiesen el curso de las reconciliaciones que restaban. Para evitar esto, confirmó por nueva lei, que hizo insertar en el Testamento, la Amnistia, ó perdon general que habia mandado publicar, diciendo, que toda la confianza que tenia en la misericordia de Dios, se fundaba en la misericordia que él usaba con todos sus enemigos. Encargó á sus hijos con todo encarecimiento la puntual, y religiosa observancia de este Orden, y con esto los dexó exemplos, y disposiciones dignas de un Emperador Cristiano.

Repartió el Imperio entre los dos Principes, fiando el Oriente á Arcadio, y dexando el Occidente á Honorio. Encomendóles ante, y sobre todas cosas la piedad con Dios, y el zelo de la Religion. Acordóles lo que muchas veces les habia repetido, que debian distinguirse, y señalarse entre sus Vasallos, mas por la prudencia, y por la virtud, que por la grandeza, y por la autoridad; que era gran necedad pretender dar leyes á todo el mundo,

do, sin saber dárselas á sí, y que no merecia mandar á los hombres, el que no sabía, ó no queria obedecer á Dios; que habian de fundar la felicidad de sus Reinos; no en la prudencia de los consejos, ni en la fuerza de las armas, sino en la fidelidad debida á Dios, y en el vigilante cuidado de su Iglesia; que éste era el verdadero origen de las victorias, reposo, y felicidad de los Soberanos. Y bolviendose á San Ambrosio que estaba presente: Estas son (dixo) las maxîmas que de vos he aprendido, y que yo mismo he experimentado. Imprimidlas tambien en mi familia, é instruid, como acostumbrais á estos dos Emperadores niños, que dexo á vuestra direccion, y cuidado. Respondió el Santo Arzobispo, que él cuidaria de su salvacion, y que confiaba en Dios no negaria á los hijos aquel corazon dócil, y aquel espíritu recto que habia concedido al padre.

Hecho esto, declaró Teodosio á Stilicon por Tutor de su hijo Honorio, y le hizo Teniente General de los Egércitos de los dos Imperios, y aun le encomendó tambien á sus dos hijos. Creyó ser debida esta confianza á un hombre que le habia servido fidelísimamente en los mas importantes negocios de su Imperio, y

que tenia la honra de estár casado con la Princesa Serena su sobrina. Era Stilicon gran Soldado, y gran Politico, prudente en el consejo, animoso en la execucion, diestro en manejar los animos, perspicáz para conocer las coyunturas favorables, y pronto para aprovecharse de ellas yá en Tratados, ya en Batallas, habil para acomodar los intereses de los Grandes del Imperio, y para penetrar los designios de las Cortes Estrangeras, capáz de mantener todo el peso de los negocios, y de instruir á un Emperador de pocos años en todos los exercicios de la paz, y de la guerra, previniendo las turbaciones con su prudencia, ó atajandolas con su valor, y con su animosidad.

Estas grandes partidas le hicieron digno de la eleccion de Teodosio, hasta que empeñado por los zelos de Rufino, y por su propia ambicion, engreído con el credito, y reputacion que le adquirieron los felices sucesos de muchas batallas que ganó, reduciendo todos los negocios públicos á sus designios, é intereses particulares, bolviendo á encender él mismo las guerras que habia apagado, y llamando á los enemigos que habia vencido para servirse de ellos en la ocasion, pareciendole poco ser Tutor, tio, favorecido, y aun due-

dueño del mismo Emperador, emprehendió introducir el Imperio en su casa, y hacerle hereditario en su familia.

Desde que el Emperador entró en Milán, empezó la Ciudad á pensar en prevenirle, y consagrarle un magnifico triunfo, y en celebrar con todo genero de regocijos una victoria que le habia hecho dueño absoluto de dos Imperios. Con su enfermedad se habian retardado los juegos públicos, que componian la principal parte de aquella fiesta; mas al fin, despues de haber dado orden en todos los negocios, se sintió con notable alivio, y mejoria, y asi, compadeciendose de los considerables gastos que habia hecho la Ciudad, ó queriendo dar al Pueblo el consuelo de que le bolviese á vér en público, embió recado á los Magistrados, de que el dia siguiente se hallaria en el Circo, para recibir la honra que pretendian hacerle. Hizose llevar allá por la mañana, y asistió algun tiempo á una pareja de caballos; pero despues se retiró á Palacio, lleno mas de los prenuncios de su muerte, que de las imágenes de su triunfo.

Apenas entró en Palacio, quando se sintió notablemente agravado de la enfermedad. Mandó á su hijo Honorio, que fuese al Circo á asistir en su lugar, y él

 pa-

pasó lo restante del dia, ya tratando con San Ambrosio de la vanidad de las grandezas humanas, y ya dando á su hijo Arcadio las mas importantes instrucciones para la conducta de su persona, y gobierno de su Imperio. La noche de este mismo dia, creciendo notablemente la calentura, reconoció que se le iban disminuyendo las fuerzas, y pocas horas despues rindió dulcemente su espíritu, el dia diez y siete de Enero del año trescientos ochenta y cinco, el sexto de su Imperio, y á los cincuenta de su edad.

Lloraron esta muerte todos los Pueblos del Imperio, y aun las mas Bárbaras Naciones. Arcadio dió prontamente la buelta á Constantinopla, para prevenir los desordenes que podian originarse con esta novedad. Acompañóle Rufino, que á la sazon era Prefecto del Pretorio, lleno de zelos contra Stilicon, porque le habian antepuesto á él, y concibiendo ya en el ánimo el designio de abusar de la flaqueza de su Principe, de atropellar por quanto hiciese resistencia á su poder, de enredar los Imperios, y los Emperadores con los Hunos, los Godos, y los Alanos, y hacerse Soberano por este camino, ó á lo menos, independiente, asi de sus amos, como de sus enemigos.

Ho-

Honorio se quedó junto al cadaver de su padre, para rendirle los ultimos honores de la christiana piedad. Asistió á los magníficos Funerales que se le hicieron en Milán quarenta dias despues de su muerte. Pronunció San Ambrosio la Oracion Fúnebre, y en ella dice á sus oyentes: Acabais de perder á un Emperador; pero habiendole colocado Dios sobre mejor, y mas permanente trono, se puede decir que solo mudó de Imperio. Murió Teodosio; pero aún vive su virtud. Con la inmutable constancia de su Fé arruinó todas las supersticiones del Paganismo. Mucho tiempo antes de morir hizo Emperadores á sus hijos; quando murió ya no tenia mas que darles, y asi todos sus cuidados en aquella hora se los llevaron sus queridos Vasallos, perdonandolos las injurias que ellos le habian hecho á él, ó aliviandolos de los tributos que él los habia impuesto á ellos. Sus ultimas disposiciones fueron reglas de caridad, y de misericordia, y mas se parecieron á leyes de Religion, que á clausulas de Testamento.

Protesta despues, que conservará siempre en su corazon toda la ternura con que habia estimado á este Principe, que en sus guerras habia esperado siempre el socorro del Cielo, y jamás habia presumido en sus

propias fuerzas, que mas habia estimado á los que le repreendian, que á los que le lisonjeaban, y que quando casi estaba agonizando, le afligia mas el cuidado de la Iglesia, que el de su propia familia.

Sobre todo, no pudo menos de alabar, y engrandecer su clemencia. ¡Gran dicha (dixo), gran felicidad es sin duda hallar un Principe piadoso, y fiel que quando el poder le arrebata á la venganza, la virtud le contenga en la clemencia! Teodosio, de augusta, y tierna memoria, juzgaba que le hacian un obsequio, quando le pedian perdon de alguna ofensa. El verle enfurecido, era el mejor prenuncio de que presto le verian aplacado. En otros Principes se teme la cólera, en éste casi se apetecia. Vimos repetidas veces sugetos á quienes él mismo convenció de sus delitos, humillados, atónitos, y confundidos con las repreensiones que les daba, y de repente eran admitidos á su amistad, y á su gracia. Pretendia reducirlos, pero no deseaba castigarlos. Haciase árbitro de la equidad, no Juez del rigor. Jamás negó su gracia á los que no se resistian á la confesion. Si conocia que alguno le ocultaba alguna cosa sepultandola en lo interior de su pecho, solo le decia, que abocaba el conocimiento de su causa el supremo Tribunal de Dios.

Dios. El castigo, no solo no le practicaba en la execucion, pero aun parecia que le ignoraba en el nombre; siendo en todo Principe tan moderado, y tan contenido, que mas queria atraer las voluntades á su servicio por la suavidad de la Religion, que por los rigores del temor.

Buelvese, en fin, el Santo Arzobispo ácia el Joven Emperador, que le escuchaba, y se deshacia en lagrimas. Alabale su ternura, su piedad, y el sensible dolor que tenia de no poder llevar en persona el cadaver de su padre hasta Constantinopla. Consuelale, representandole las magníficas honras que se harian á la memoria de este Principe en todas las Ciudades del Imperio; y dandole despues una viva idea de la gloria que estaba gozando el Gran Teodosio, concluye animandole á la imitacion de sus virtudes, y gloriosa emulacion de sus exemplos.

Este mismo año se trasladó el cadaver del Emperador á Constantinopla; y asi en Italia que acababa de librar de los Tiranos, como en el Oriente, que habia gobernado con tanta equidad, y prudencia, se rindieron á sus cenizas honras, mas parecidas á triunfo, que á pompas Funerales. Arcadio, su hijo primogenito, recibió el cuerpo el dia ocho de Noviembre,

y le hizo colocar con magnificencia digna de tan grande Emperador en el sepulcro de Constantino.

Todos los Autores, asi Eclesiasticos como Paganos, convienen en que Teodosio fue Principe cabal, y perfecto en todo. Los que hubieren leido las Historias, ó visto los retratos de los Emperadores antiguos, sabrán que en el semblante se parecia mucho á Trajano, de quien descendia. Era como él, de mas que mediana estatura, la cabeza hermosa, y los organos exteriores bien dispuestos, grande el garvo, el aire noble, la disposicion del semblante regular, y todo el cuerpo bien proporcionado.

En quanto á las prendas del alma, poseyó todas las perfecciones de este Emperador, sin tener alguno de sus defectos. Era, como él, amigo de hacer bien, justo, magnífico, humano, y pronto siempre á dar la mano á los infelices. Comerciaba tan familiar, y afablemente con sus Cortesanos, que no se distinguia de ellos, sino por la purpura. La cortesia con que trataba á los Grandes de su Corte, y el grande aprecio que hacia de los sugetos de mérito, y de virtud, le grangearon el amor de unos, y de otros. Gustaba naturalmente de los genios francos, y sincéros, y admiraba mucho los hombres eminentes en

las

las ciencias, y en las artes, como no advirtiese en ellos alguna presuncion, orgullo, ó malignidad. Los que merecian tener parte en sus liberalidades, sentian prontamente sus efectos. Sus presentes eran grandes, y executados con grandeza, siendo igualmente magnífico en el modo que en la substancia. Hacia gala, y mostraba especial gusto en publicar hasta los menores obsequios que habia recibido de los particulares en su primera fortuna, y no perdonaba á demostracion alguna para manifestar su reconocimiento. Aunque no emprendió conquistar las Provincias de sus vecinos por ambicion; pero supo refrenar á los que usurpaban las suyas, y las de sus Cólegas. No buscó, ni se hizo enemigos mientras reinó; pero supo vencer á los que le buscaron, ó se hicieron enemigos suyos. Tenia mas que mediano conocimiento de las buenas letras, y se aprovechaba de esta noticia sin afectacion; ni le fue inutil la leccion de varias Historias, porque se aplicaba á formar sus costumbres segun el modelo de los grandes Principes que le habian precedido. Solia muchas veces detestar en público la ambicion, el orgullo, la crueldad, y tiranía de Cynna, de Mario, de Sylla, y de otros semejantes, con el fin de imponerse cierta especie de necesi-

dad

dad de portarse con modo enteramente opuesto al que abominaba en los otros; y sobre todo, era declarado enemigo de los traidores, y de los ingratos.

A esta serie de virtudes solo podia oponersele el defecto de que algunas veces se dexaba llevar facilmente de la cólera; pero era siempre con gravísimos motivos; y aun entonces se apaciguaba con grande facilidad. Su trato, y audiencia era facil, y agradable; y lo que es mui raro entre los Grandes, las prosperidades, y victorias, en vez de engreirle, le hacian mas dulce, mas apacible, y mas atento. Cuidó de que se conduxesen viveres con abundancia á las Provincias asoladas con la guerra, y restituyó de su proprio dinero sumas mui considerables que los Tiranos habian usurpado á varios particulares. En la guerra marchaba siempre á la frente de sus Egércitos, exponiendose al peligro, y entrando á la parte de las fatigas de la Milicia con los menores Soldados.

Fue por extremo casto, y continente, y promulgó leyes severísimas contra las costumbres que mas derechamente se oponian á la decencia, y al pudor. Aunque era de complexion mui delicada, conservaba su salud con la dieta, y con exercicio moderado. Sin embargo, uno de los es-

especiales gustos que tenia era el combidar muchas veces á sus amigos, cultivando la amistad con todo genero de honestos regocijos. En los festines particulares, donde gustaba mas de la propiedad, y de la politica, que del fausto, y de la profusion, gozaba las dulzuras del comercio, y sociabilidad, y se comunicaba con cierta familiaridad razonable, que alentaba á la confianza, pero sin disminuir el respeto. Quando queria respirar algo de la fatiga de los negocios, sus principales diversiones eran la conversacion, y el paseo.

Por lo que toca al porte domestico, y privado con los de su familia, no se hallará Principe que procediese, ni con mas atencion, ni con mayor Christiandad. Respetó á su tio como si fuera su padre. Muerto su hermano, cuidó tanto de sus hijos, como de los propios. Adelantó en los empleos, ó Militares, ó Civiles, á los que le servian; pero segun sus méritos, mostrandose padre de todos sus parientes. Asi, despues de emplear gloriosamente el dia en reglar los negocios del Imperio, y dar Leyes á todo el mundo, se recogia con gozo dentro de su familia, donde con sus desvelos, con sus caricias, y con su bondad, manifestaba á los suyos que sabía ser, y era tan buen amigo, tan buen pa-

rien-

riente, tan buen amo, tan buen marido, y tan buen padre, como prudente, y poderoso Emperador.

Este es el retrato del Gran Teodosio, que nos dexaron los Autores Paganos de su tiempo, aunque prevenidos contra él por intereses de su Religion. El Filosofo Temistio, y aun el mismo Simaco, aquel gran defensor del Paganismo, confiesan ingenuamente que las virtudes de este Principe son superiores á todas las alabanzas que le han dado. Solo el Historiador Zozimo (que con estudiadas falsedades procura desacreditar la memoria de los Emperadores Christianos, que mas se señalaron en arruinar el culto de los Idolos) oculta la verdad, segun su capricho, y su pasion, y se esfuerza á representar como vicios todas las virtudes de este grande Emperador. Llama profusiones á sus liberalidades, necedad á su moderacion, sus festines de amistad disoluciones, y aquella vida dulce y apacible que traia en tiempo de paz, una vida mugeril, y voluptuosa. Sin embargo, obligado por la fuerza de la verdad, se vé precisado á confesar, que en tiempo de guerra se hacia, y experimentaba en él una transformacion extraordinaria de costumbres; que olvidaba de repente sus deleites, y entretenimientos,

y tomando nuevos cuidados, se revestia de las virtudes necesarias á la seguridad del Imperio, y que por una especie de prodigio, de un Principe divertido, y afeminado, se formaba repentinamente un Principe animoso, y varonil.

Mas no por eso dexamos de reconocer algunos defectos de Teodosio. Aquellos ímpetus de colera, aquella facilidad en creer á los que trataba con alguna confianza, y aquella ciega prevencion á favor de los que escogia para sus principales amigos, son defectos que mancharian algo la gloria de este Emperador, si no se vieran ahogados, ó confundidos entre una infinidad de heroicas acciones, ó borrados por la sinceridad de una rigorosa penitencia.

Los Santos Padres que mejor le conocieron, no se cansan en ensalzar su piedad. San Ambrosio, y San Agustin, nos dexaron ilustres elogios de su virtud en muchos lugares de sus escritos. San Paulino, habiendose retirado á Nola, compuso en honor de este Principe una eloqüente, y docta Apología, que San Geronimo llama excelente Panegirico, cuya pérdida nunca acertarémos á llorar dignamente.

FIN.

IN-

INDICE

DE LO QUE CONTIENE el Libro III.

Por-

Per-

LIBRO QUARTO

Ex-

Abu-

FIN.

